

YUCATÁN 1517

EL SEGUNDO DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA
(HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA)

VIAJEROS

COLECCIÓN SEXTANTE

6

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers
Rector

Dr. Domingo Alberto Vital Díaz
Coordinador de Humanidades

Dr. Adrián Curiel Rivera
Director del CEPHCIS

Dra. Carolina Depetris
Coordinadora de la serie

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES
Y CIENCIAS SOCIALES

Fernando Tola de Habich

YUCATÁN 1517
EL SEGUNDO DESCUBRIMIENTO
DE AMÉRICA
(HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Mérida, 2018

Tola de Habich, Fernando, 1941- , autor.

Yucatán 1517 : el segundo descubrimiento de América (Hernández de Córdoba) / Fernando Tola de Habich.

Primera edición. | Mérida, Yucatán : Universidad Nacional Autónoma de México, 2018. | Serie: Viajeros. Colección sextante ; 6.

LIBRUNAM 2019220 | ISBN 978-607-30-1074-0

Yucatán -- Historia -- Conquista, 1519-1540.

LCC F1219.1.Y8.T65 2018 | DDC 972.6201—dc23

Primera edición: 2018

Fecha de término de edición: 14 de noviembre de 2018

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. Del. Coyoacán,
C. P. 04510, Ciudad de México.

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., col. Industrial
Mérida, Yucatán. C. P. 97150
Tels. 01 (999) 9 22 84 46 al 48
<http://www.cephcis.unam.mx>

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio
sin la autorización del titular de los derechos patrimoniales

ISBN 978-607-30-1074-0

Impreso y hecho en México

*Para mi póquer de ases:
Marco Antonio Campos
Fernando Curiel
Francisco Prieto
y Vicente Quirarte*

*Y, claro, para la reina de corazones: Nonoi
Y para el rey de diamantes: Agustín*

Índice

Prólogo	11
-------------------	----

La situación

1. La información	23
2. Los primeros españoles en llegar a Yucatán	29
3. Los españoles esclavizados en Yucatán	35
4. El viaje descubridor de Yucatán	41
5. Repercusión en Cuba	43
6. Significado del descubrimiento de Yucatán	47
7. La decepción en las Indias	51
8. El ejemplo de Diego Velázquez en Cuba	57
9. ¿Por qué se quedaban los españoles en las Indias?.	63
10. La última armada real a las Indias	67

La expedición

La armada de Hernández de Córdoba	77
Yucatán	93
Campeche	105
Champotón	115
Final	131
Cuadro temático de concordancias, variantes y sin registro	139
Miembros de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba	173

Apéndices	179
Apéndice I. Los tres socios.	181
Apéndice II. La finalidad de la expedición	183
Apéndice III. Antón de Alaminos.	187
Apéndice IV. Llegada a Yucatán	189
Apéndice V. El Gran Cairo	197
Apéndice VI. Los muertos en Champotón	201
Bibliografía general	205

Prólogo

Hace poco más de una década, me entretuve en leer sobre historia de México, en especial lo denominado “descubrimiento” y “conquista”.¹ Debido a una congénita inclinación por las *causas perdidas*, me interesaron los viajes de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva hasta las costas mexicanas, los cuales fueron, poco después, el origen de la increíble expedición de Hernán Cortés.

Leyendo por aquí y por allá, comenzó a hacérseme evidente la indiscutida autoridad de Bernal Díaz del Castillo y de Bartolomé de las Casas sobre los otros testimonios, documentos, probanzas e historias referentes, así fuera de forma somera, al viaje que propició la catástrofe del imperio azteca.

De todo lo leído sobre el tema, me resultaba sorprendente la aceptación por los historiadores de la versión de esas dos autoridades cuando eran las más estafalarias sobre el viaje de Hernández de Córdoba.

Ambas fuentes se leen con tal acatamiento que incluso se dio el caso de un historiador muy serio y respetable, quien, en sus primeros trabajos, aceptó la fantasía de Bernal sobre la sociedad de los ciento diez españoles para ir a descubrir nuevas tierras, calificándola como una clásica “empresa de rasgos modestos y de pureza contractual admirable”.

Otro punto controvertible para mí fue saber el lugar en que la expedición tocó tierra por primera vez. El punto aceptado de forma general es Isla Mujeres, pero no existen testimonios para respaldarlo.

¹ Conozco el rechazo a utilizar la palabra “descubrimiento” en lo referente a la historia de América. Sin embargo, la continúo empleando por pensar que fue un *descubrimiento* para Europa y para el mundo el hallazgo de un continente del que se ignoraba su existencia y su población.

En cambio, lo indicado por algunas crónicas es una punta (*Carta de relación*) y la nombran Punta de las Mujeres (Gómara y una de las versiones recogidas por Cervantes de Salazar); designación implícita es la utilizada por el “Itinerario de la armada...” (Díaz 1988) para referirse a un lugar por donde costean las naves del viaje de Grijalva (“una punta que se dice estar habitada por mujeres”). Andrés de Tapia (1939; 1988), en su crónica sobre el viaje con Cortés, afirma que la armada navegó de Cozumel a una “punta que llamó de las mujeres”; y bastantes años más tarde, en sus averiguaciones, Dorantes de Carranza registra que Hernández de Córdoba “dio sin pensar en Punta de Mujeres y costa de Yucatán” (ver “Apéndice IV”).

Un detalle importante sin posibilidad de solución es: ¿cuál era la finalidad de la expedición: capturar indios lucayos o descubrir nuevas tierras? Me inclino por la de cazar indios y por el cambio de ruta a causa de una tormenta. Pero cualquier otra hipótesis tiene el mismo peso de veracidad que la mía, dada la diversidad de versiones sobre este tema, aunque presumo como la más probable y respaldada la que sostengo.

También aventuro la suposición —con un mínimo respaldo documental, pero con alta probabilidad histórica— sobre la pobreza de los ciento diez integrantes de la expedición de Hernández de Córdoba, los cuales habían vivido tres años sin hacer nada destacable desde su llegada a América (la mayoría en la expedición de Pedrarias a Panamá en 1514).

Este “sin hacer nada” significa, además, el desprendimiento de cuanto poseían para vender, en especial, como se acostumbraba en esos casos, ropa y armas (lo cual podría ser una explicación creíble de la matanza hecha por los mayas —la mitad de los viajeros y el resto muy herido—, si, como supongo, la mayoría iba desarmada y casi desnuda).

La base de este trabajo son ocho crónicas, con las cuales he confeccionado un “Cuadro temático de concordancias, variantes y sin registro”, después de compulsarlas entre ellas, y la he incluido al final del texto.

Reproduzco una incompleta relación de los tripulantes, a partir de la confeccionada por Wagner. Aumento la lista de participantes de 31 a 44 miembros, gracias al trabajo de Bernard Grunberg sobre los conquistadores de México, sin descartar a los que pueden plantear dudas. De cualquier manera, si la expedición estuvo compuesta por ciento diez españoles (no sabemos cuántos indígenas viajaban como personal de ser-

vicio), no se logra identificar ni siquiera a la mitad de los viajeros, y dada la escasa atención sobre la expedición de 1517, dudo mucho de la posible aparición de una Alice R. Gould empeñada en buscar y rebuscar a fin de identificarlos en el inacabable océano de documentos existentes en los archivos españoles (¿habrá guardado De Las Casas los documentos que, dice, le envió Hernández de Córdoba para su defensa en la corte?).

El libro está dividido en dos partes. La primera trata de dar una idea general sobre la situación existente en las islas del Caribe y en Tierra Firme al producirse el viaje de Hernández de Córdoba. La segunda es la exposición, según las fuentes, de los pormenores de la llegada a Yucatán y el recorrido de sus costas.

En algunos de los capítulos de la primera parte he considerado necesario agregar una “Adenda”, en la cual expongo algunos puntos de vista sobre las fuentes y también ideas sobre aspectos complementarios a la información. Y al final incluyo unos apéndices donde respaldo con fuentes las partes que pueden resultar más conflictivas de aceptar por los historiadores.

La bibliografía está compuesta por algunos de los libros leídos en su totalidad o sólo en las partes y capítulos que me interesaban. Otros, bastantes, no los he incluido por haber aportado poco o ninguna novedad a la exposición del viaje.

Adenda

Revisando este trabajo para su publicación, me ha parecido conveniente explicar la razón del título —*El segundo descubrimiento de América*—, debido a la edición de un libro, en 2008, en España, con prólogo de mi viejo amigo Julio Ortega, titulado *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos*, de Beatriz Pastor. Mi sorpresa fue idéntica a hallar a otra persona casi con mi mismo nombre y apellidos.

De la autora había leído, con gran gusto, en los meses siguientes a su publicación, *Discurso narrativo de la Conquista de América*, libro ganador en 1983 del premio de ensayo, en el concurso convocado por la Casa de las Américas de Cuba, y teniendo como subtítulo en el colofón, *Mitificación y emergencia*.

Mi curiosidad por conocer el nuevo libro de Beatriz Pastor era grande, pero me detenía el fastidio de tener que pagar mi dejadez para publicar mis escritos. Sospechaba su coincidencia conmigo en el análisis del viaje de Hernández de Córdoba y la apertura, con su llegada a Yucatán, de la verdadera conquista de América o, quizá —me imaginaba—, iba más lejos y trataba también en lo que ambos llamábamos el segundo descubrimiento, la conquista azteca, la incaica y la de los otros pueblos de América del Sur.

Tardé un par de años en comprar el libro. Quizá fue en los últimos meses del 2010 cuando comencé a leerlo y me di con la desagradable sorpresa de encontrarme con el mismo libro, con ligeras correcciones y el título cambiado, del publicado en 1984 tras ganar el premio de ensayo de Casa de las Américas.

En realidad, Beatriz Pastor, española, es especialista en literatura hispanoamericana y ha sido profesora en los Estados Unidos y en España. Su libro no tiene la menor semejanza con el mío, salvo la coincidencia en el nuevo título, pues como se indica con acierto en la contracubierta,

a través de diarios, cartas, crónicas y todo tipo de documentos de primera mano, que analiza no sólo en su aspecto de narraciones de hechos sino en tanto que expresión literaria de la experiencia de sus autores, muestra cómo el contacto con esa la nueva realidad va transformando las ideas preconcebidas y cómo, poco a poco, va desarrollándose una conciencia crítica que cuestiona la validez de los modelos europeos.

En fin, Beatriz Pastor estudia de manera literaria “la evolución en el imaginario colectivo del concepto del Nuevo Mundo”, y yo estudio el viaje de Hernández de Córdoba a Yucatán en 1517, como la verdadera apertura española y europea al Nuevo Mundo, es decir, estudio el inicio del segundo descubrimiento histórico de América.

Hecha esta explicación sobre una coincidencia con el título de mi libro, deberé ahora exponer, en breves rasgos, los fundamentos históricos y los conceptos ideológicos que lo sustentan, a pesar de haber ido ya adelantando ideas parciales a lo largo de los capítulos debido a mi ignorancia de la necesidad de escribir algún día esta adenda para explicarlo.

Rememoraré: concluido este libro en Tlahuapan, México, en 1999, tuve la clara idea, y el buen propósito, de interpretar el viaje de Francisco Her-

nández de Córdoba a Yucatán, en el año de 1517, como el segundo descubrimiento de América y el verdadero inicio de su exploración y conquista.

¿Un disparate? De ninguna manera. Colón descubrió para España y para Europa las islas del Caribe y la costa norte de Sudamérica; también costeó los países de Centroamérica. Se afirma su ignorancia de haber hallado un nuevo continente situado entre Europa y Oriente. Sin embargo, algunos estudiosos defienden la hipótesis de que en sus últimos años de vida ya tenía el convencimiento de haber descubierto algo más que unas islas en medio del Atlántico. De cualquier forma, murió sin haberlo declarado.

De 1492 hasta el viaje de Hernández de Córdoba en 1517, transcurrieron veinticinco años, un cuarto de siglo, en que los españoles estuvieron circunscritos, en términos generales, a lo descubierto por Colón, erigiendo a la isla española como el centro de gobierno y la residencia del gobernador y de las otras autoridades reales.

Se atribuye a Américo Vesputio, e incluso a Pedro Mártir de Anglería, la idea de que lo hallado por Colón era un Nuevo Mundo, un continente, pero lo cierto es que seguía siendo desconocido y nadie se aventuraba a tratar de confirmarlo (lo más importante en esos años era encontrar el paso para continuar el viaje hacia las tierras de las especies y los grandes y riquísimos imperios orientales).

En ese primer cuarto de siglo, las Indias eran para España y para Europa unas islas capaces de dar oro a cuenta gotas; pobladas por unos indígenas que vivían en la edad de piedra, desnudos y habitando casas de paja y barro; incapaces de ofrecer posibilidades verdaderas de enriquecer a los exploradores, conquistadores y colonizadores; y donde las fortunas sólo se alcanzaban si se hacía trabajar a los indígenas en busca de oro o en plantaciones (en especial, azucareras) o en la crianza de ganado, gracias a las encomiendas o repartimientos de indios por las autoridades. Además, cada vez era menor la cantidad de indígenas disponibles para hacerlos trabajar. Como bien dice Sauer, “hacia 1519, el Caribe era una deplorable cáscara vacía” (1984, 438).

Otra posibilidad de enriquecerse, al menos al alcance de quienes poseían alguna fortuna o buenos socios, era armar flotillas para capturar a los indígenas de otras islas cercanas, simulando ser resultado de acciones guerreras, para luego venderlos a los encomenderos y remplazar con

ellos a los indios que morían con una rapidez inusitada por el tipo de trabajo obligado a cumplir de sol a sol (también era fuente de enriquecimiento la venta de esclavos negros cuando era posible traerlos a las Indias gracias a los permisos otorgados por los reyes españoles a fin de favorecer a las personas a quienes debían favores o deseaban ayudar).

Así era América en 1517. Los españoles vivían también en casas de paja y barro, y sólo los pocos enriquecidos en las islas y los funcionarios reales pudieron permitirse construir casas de piedra o un palacete como el de Diego Colón, al ser nombrado gobernador de las Indias por cortesía de Fernando, el Católico.

Pero si enriquecerse se convirtió en una fantasía para la mayoría de los conquistadores y colonos, el número de españoles muertos en las Indias durante estos primeros veinticinco años sumaba varios millares después de las cuatro grandes expediciones reales —la de Colón en su segundo viaje (1493), la de Bobadilla (1500), la de Ovando (1502) y la de Pedrarias (1514)—, agregando a estas muertes las producidas entre las decenas de viajeros individuales o en pequeños grupos venidos a América, oficial o clandestinamente, en las naves que de forma constante salían de puertos españoles con fines claramente comerciales y sin el menor escrúpulo para llevar polizones o dejar que sus marineros se quedaran en alguno de los puertos colonizados.²

La causa de este gran número de muertes se debía a diversos factores: el clima, la alimentación —y, sobre todo, la hambruna por la falta de alimentos nativos o importados ya fuera en los asentamientos o en las expediciones de descubrimiento y conquista—, los eventuales ataques o defensas indígenas o el encuentro con algún animal carnívoro o vene-

² Según los registros oficiales de viajeros a las Indias, se sabe que pasaron algo más de cinco mil españoles antes de 1519, y cerca de cuarenta mil hasta el final del siglo xvi. Sin embargo, los especialistas calculan, sin la menor duda, que estas cifras sólo representan el veinte por ciento de los emigrantes desde el descubrimiento hasta 1600; es decir, se supone que hasta el final del siglo xvi, fueron doscientos mil los españoles que viajaron a las Indias (Boyd 1964, IX), cifra que puede resultar bastante creíble si se considera que la población blanca de México en 1570 era de 63 000 personas —incluyendo a los criollos y a los mestizos blancos—. Rosenblat (1954, I, 245) estima el doble de sus cálculos, aunque, de todas formas, ha de considerarse, desde esas cifras, que cuarenta mil viajeros, en todo el siglo xvi, para toda América, resulta en exceso pobre, y más si se tiene en cuenta que para esa fecha, la resistencia indígena a la conquista prácticamente había concluido.

noso, más las condenas de muerte dictadas por las autoridades oficiales a sus propios compatriotas, y hasta por los pleitos entre ellos.

Se sabe por las crónicas y diversos tipos de testimonios, que de las cuatro grandes expediciones reales ya citadas, la mitad o más de los viajeros murió a poco de desembarcar en las Indias, y que otro alto porcentaje que huyó de regreso a España apenas le fue posible hacerlo, o escapó a tentar suerte en otra isla o zona de tierra firme en proceso de colonización —después de la conquista de Puerto Rico, Cuba y el norte de América del Sur—, donde sólo de forma excepcional alguno logró enriquecerse, y más fueron los muertos en el proceso de cambio.

Y estos desilusionados y tenebrosos conceptos ya se manifestaban públicamente a los pocos años del descubrimiento. Basta recordar como ejemplo, la parrafada que en 1500 le soltó un español indignado a los dos hijos de Colón (Hernando apenas rondaba los once años de edad): “Mirad, ahí tenéis a los hijos del Almirante de los mosquitos, que ha descubierto tierras de vanidad y engaño para sepulcro y miseria de los hidalgos castellanos” (H. Colón 1984, 281).

Así las cosas sobre las Indias, Hernández de Córdoba, con tres naves y ciento diez españoles, arriba de casualidad —lo más probable— o por ansias exploradoras —más dudoso—, a las costas de Yucatán en 1517, en una expedición privada, financiada por tres enriquecidos encomenderos y el controvertible apoyo de un bergantín aportado por el gobernador Diego Velázquez.

El viaje fue una tragedia para el capitán y para toda su gente: después de recorrer la costa de Yucatán, con al menos un par de desembarcos y contacto con los indígenas, al llegar a un poblado maya (Champotón) en busca de agua, la mitad de la hueste fue muerta y el resto, menos uno, resultó herido en un inesperado ataque de guerreros mayas. Y el capitán, nada menos que el capitán de la expedición, recibió más de treinta flechazos y murió al poco tiempo de regresar a Cuba. Esta es la historia sobre la que escribo.

Hernández de Córdoba, con todas sus desgracias a cuestas, fue el primer español en ver en las Indias pueblos habitados por gente vestida, viviendo en casas de piedra, poseedora de templos y con una organización política. Se agregó a las primeras versiones, la abundancia de oro, de joyas, de adornos, de alimentos.

A pesar de la catástrofe humana de la expedición, los españoles lograron capturar en Cabo Catoche, al inicio del viaje, a dos nativos, Melgarejo y Julián, a quienes llevaron a Cuba para enseñarles el castellano y utilizarlos después de lenguas: ellos respaldarán las habladurías sobre la abundante riqueza de los pueblos yucatecos refiriéndose a inexistentes minas de oro.

Sin lugar a dudas, éste es de alguna manera el verdadero descubrimiento de América, al menos el inicio del segundo descubrimiento, pues al año siguiente, 1518, una nueva expedición española al mando de Juan de Grijalva, llega hasta las costas de Veracruz, y al año siguiente, 1519, Hernán Cortés inicia la conquista del poderoso y riquísimo imperio azteca, abriendo la puerta a la ambición de encontrar nuevas riquezas en unos inmensos territorios jamás recorridos por ellos.³

A partir de las consecuencias de estos actos y de los continuos viajes que se realizan, los conceptos sobre América cambian de manera radical y ya, en la segunda década del siglo XVI, se tiene el indudable convencimiento de que las Indias, en realidad, es un Nuevo Mundo, un desconocido continente, y no sólo unas islas próximas al Oriente.

También empieza a saberse que las Indias no es un gran territorio poblado por indígenas desnudos, sin organización política, viviendo en chozas de paja y barro, formando poblados de diez o doce familias, con una agricultura elemental, alimentándose de la caza y la pesca, y además carentes de cualquier riqueza.

Poco después de la conquista de México, los navíos sobrecargados de oro, plata, adornos, obras de arte, pieles y animales exóticos recorren el Océano Atlántico en continuos viajes hacia la corte española. Las historias y las fantasías sobre el Nuevo Mundo se agigantan y muchos son los que viajan con la exclusiva ambición de enriquecerse y regresar a sus pueblos para iniciar una vida muy diferente.

Una década más tarde de la conquista y destrucción del imperio azteca llega el descubrimiento y conquista de otro reino, igual de rico y pode-

³ La proporción de kilómetros ocupados por los españoles en este segundo descubrimiento es bastante elocuente en un dato dado por Pierre Chaunu (1973, 15): de 1492 a 1520, se conquistaron 250 000 kilómetros del Nuevo Mundo; de 1520 a 1540, la cifra subió a dos millones de kilómetros, es decir un aumento, en veinte años, del 700% del territorio ocupado por los españoles. Ya se me dirá si no hubo un segundo descubrimiento y un renacimiento de la voluntad de descubrir, conquistar y ocupar las Indias en los españoles.

roso, el imperio incaico (1532), y desde ahí, deslumbrados y codiciosos, los españoles y otros europeos,⁴ continúan el descubrimiento, la conquista y colonización de todo continente, abarcando los territorios de lo que hoy es Brasil, Argentina, Paraguay, Panamá, Colombia, Ecuador, Chile, Bolivia, Centroamérica, los Estados Unidos, etcétera.

En las tres décadas posteriores al viaje de Hernández de Córdoba hasta Yucatán, América es despojada de sus secretos y es descubierta a Europa en casi todo su colorido: las riquezas que posee en abundancia, sus historias y sus leyendas, la evolución social, la organización política, las costumbres y los sorprendentes conocimientos alcanzados, sobre todo en astrología. El oro y la plata, extraídos de sus montañas o recogidos en sus ríos, enriquecen a los países europeos pero destruyen a España. Las crónicas y la historia dan cuenta con detalle de todos estos acontecimientos tan significativos para la humanidad.

La población indígena continúa esclavizada, y sobre su mortífero trabajo se construye un nuevo mundo, un verdadero Nuevo Mundo, en que prima el mestizaje humano, se disminuye de manera catastrófica la población nativa y desaparecen o se minimizan las costumbres, valores morales y formas políticas halladas por los españoles mientras conquistaban el continente americano desde la parte sur del actual Estados Unidos hasta la Patagonia.

Junto a los descubrimientos y conquistas terrestres, se descubre que cruzando desde el Océano Atlántico el nuevo continente —comenzando a llamarse América en la cartografía—, existe otro océano, al que se denominará Pacífico, descubierto por Vasco Núñez de Balboa (1513), y, además, se ha encontrado un paso al Oriente por el sur del continente, por la Patagonia, gracias a la expedición de Magallanes y Elcano (1520-1522), que logró dar la primera vuelta al mundo, logrando visitar también las islas de las tan codiciadas especies.

Ésta es la base ideológica e histórica para titular mi libro *El segundo descubrimiento de América*. Las razones y los motivos me parecen obvios y fundamentados.

Ahora, a diez años de la nueva edición del libro de Beatriz Pastor y dieciocho desde la terminación del mío, encuentro una buena razón para publicarlo: en 2017 se cumplieron 500 años del desventurado pero tan

⁴ Por ejemplo, alemanes, ingleses, franceses, portugueses, holandeses.

significativo viaje de Hernández de Córdoba, y aunque nadie lo recordará de manera especial, es un buen pretexto para publicar este libro, y más si es con el sello de la Universidad Nacional Autónoma de México.⁵

⁵ Este libro, aunque escrito y terminado en Tlahuapan, fue revisado en Moià, Barcelona, por mi hermana Marta Leticia, encontrando erratas y haciendo sugerencias para tener expresiones más claras. Si algo no está corregido o no es claro de leer, la responsabilidad es mía por haber reescrito bastantes partes. No he querido dejar de agradecerle, como siempre, su inestimable ayuda.

La situación

1. La información

De hecho, la única crónica que contiene un testimonio directo de un participante en el viaje de Francisco Hernández de Córdoba hasta las costas de Yucatán en 1517, pertenece a Bernal Díaz del Castillo, sin embargo, lo escrito por él pertenece más a la mala memoria —o a la fantasía— que a la realidad de lo acontecido. Incluso no han faltado historiadores animados a plantear fundamentadas dudas sobre su participación en el viaje.

Por la poca atención prestada a este viaje, la mayoría de los estudiosos han aceptado a pie juntillas la versión que da en su crónica, aunque algunos pocos historiadores, gracias a nuevas lecturas de otras crónicas, probanzas, juicios e informes de méritos, han comprendido su error, y cuando han tenido oportunidad lo han matizado o han corregido radicalmente lo escrito.

Por tal motivo, para la veracidad de mi trabajo, he recurrido a la lectura y compulsas de las ocho crónicas más tempranas en las que figuran referencias al viaje:

- a) El testimonio de los soldados de Cortés, en la carta de Veracruz del 10 de julio de 1519 (algunos de ellos, sin duda, participantes en el viaje de Hernández de Córdoba).
- b) Las llamadas “crónicas” de historiadores primitivos que estuvieron en América: Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas y Francisco Cervantes de Salazar.
- c) Los trabajos de tres historiadores primitivos que no estuvieron en América, pero recogieron testimonios de participantes en el viaje, y/o testimonios de españoles que tuvieron versiones directas de compañeros de Hernández de Córdoba; además, los tres lograron consultar documentos sobre el viaje para enriquecer sus escritos.

Ellos son: Pedro Mártir de Anglería, Francisco López de Gómara y Juan Ginés de Sepúlveda.

- d) Lógicamente, no he dejado de lado la peculiar versión de la crónica de Bernal Díaz del Castillo sobre este viaje, con la cual compulsé las fuentes enumeradas líneas antes.

También he utilizado —buscando otras o nuevas informaciones sobre el viaje de Hernández de Córdoba—, las historias llamadas “crónicas”, pero tardías sin lugar a dudas (pertenecientes ya al siglo xvii), como son las de Antonio de Herrera y de Antonio de Solís, cronistas oficiales nombrados por el rey de España, quienes trabajaron con cuanto documento tuvieron a su alcance en los archivos del Consejo de Indias y en bibliotecas oficiales y particulares de la Península Ibérica.

No he olvidado, claro está, la historias escritas en México por hijos de conquistadores, a pesar de tener un valor secundario en lo relativo a esta expedición que llegó a Yucatán: Dorantes de Carranza y Juan Suárez de Peralta; o por sacerdotes como Diego Durán, Bernardino de Sahagún y Juan de Torquemada.

Mención aparte merece Diego de Landa con su famosa “crónica” de Yucatán, donde trata ligera y escuetamente el viaje de Hernández de Córdoba, pero destaca por ser el único “cronista” del siglo xvi que señala Isla Mujeres como punto de llegada de la expedición de Hernández de Córdoba (Landa 1985, 44 y 45).

También he de mencionar a Alonso de Zorita, quien al comenzar su breve nota sobre el viaje dice seguir a Fernández de Oviedo, Gómara y De Las Casas, pero cita una vez a Juan Cano para destacar su versión de que la expedición fue enviada por Diego Velázquez, a quien atribuye haber puesto los navíos y ordenar como finalidad del viaje ir a descubrir y rescatar. Él asienta, además, que la expedición llegó a una tierra bautizada como (Punta) de las Mujeres (Zorita 1999, II, 434).

Aparte de estas lecturas, no dejé tampoco de escudriñar en cuanta publicación de juicios, probanzas e informes de méritos me fue posible hallar —e incluso cometí la ingenuidad de pedir copias de documentos del Archivo de Indias y encargar su transcripción, sin saber a ciencia cierta que éste es un trabajo pacientísimo, regido la más de las veces por el azar, y que sólo debe hacerse de forma personal si se desea alcanzar algún éxito.

De cualquier manera, lo encontrado en los textos y documentos ajenos a las ocho crónicas básicas de mi trabajo, han sido datos sueltos, provenientes siempre de algún integrante de la expedición de Hernández de Córdoba o con información directa sobre ella; en fin, todo el aporte “extra” a las ocho crónicas, me sirvió para reafirmar datos o para agregar algún anecdótico detalle, con excepción de la declaración de la presencia de un escribano en la tripulación.

Adenda

Cuando se hace alguna cita o referencia textual precisa, al final de ella figura el nombre del autor, el año de la edición cuando hay varias ediciones, el tomo si lo hubiera, y el número de página de la que se cita o se hace referencia (como, por ejemplo, en Landa y Zorita en este primer apartado).

Por razones de lo que se llama formalmente “diálogo histórico”, y a petición de algunos amigos, he sembrado todo el libro, sin consideraciones, de referencias bibliográficas. Sin embargo, he evitado poner el origen múltiple de las informaciones de muchas citas para no hacer aún más abrumador este “diálogo” con las fuentes y con algunos historiadores. Mi elección siempre es por la referencia histórica más temprana.

Obviamente, todo el texto es producto de lecturas, de análisis e interpretaciones personales sobre los hechos narrados; no debe extrañar hallar parentescos muy próximos a los libros incluidos en la bibliografía, los cuales son la base del sustento de este trabajo, y tampoco hipótesis más deducidas de los acontecimientos que narro.

Con respecto a las adendas incluidas al final del prólogo y de cinco secciones de la primera parte del libro, estas contienen comentarios que he creído necesarios para explicar o ampliar alguna parte de la narración de la historia; es decir, de manera general, las notas tienen un carácter conceptual o aclaratorio referido al texto expositivo, aunque su tema o su procedencia informativa no corresponda a los años que trato.

Las discrepancias y concordancias entre Bernal Díaz del Castillo y los siete historiadores primitivos utilizados como base para la compulsa de información, están indicadas en el “Cuadro temático de concordancias, variantes y sin registro” (página 139). Ahí se podrá discernir lo que se indica sobre ellas.

Sin embargo, en temas precisos, los más controvertidos que he hallado, trabajo esta información, ampliándola en los apéndices, a fin de reforzar y clarificar mis puntos de vista o hipótesis.

He considerado como historiadores primitivos a todos aquellos “cronistas” que no estuvieron presentes en los hechos narrados, pero escribieron cuando aún era posible conversar con testigos presenciales y con personas poseedoras de versiones directas de los participantes del viaje.

Por eso descarto como informadores directos a Antonio de Herrera y a Antonio de Solís pues ellos, como los historiadores contemporáneos, sólo pudieron trabajar con libros o con documentos referentes a sus temas.

También es conveniente indicar que llamo por lo general “españoles” a los viajeros a pesar de saber la presencia de un extranjero, al menos, entre ellos —el Portugués Viejo, capturado vivo en la batalla de Champotón, por ejemplo—, pues lo común era que los conquistadores no tuvieran formación militar y que su experiencia en estas lides la obtuvieran durante su estadía en América o, incluso, que fueran totalmente inexpertos y debutaran en enfrentamientos guerreros, como también es posible suponer a los integrantes de esta expedición.

Por eso, evito llamar “soldados” a estos descubridores de nuevas tierras, pues tampoco se señala en alguna fuente que alguno de los viajeros gozara de la reputación de haber participado en alguna batalla en España o en Europa, como se dice de los licenciados del ejército del Gran Capitán que se alistaron en la armada de Pedrarias en 1514.

En la bibliografía he incluido libros que no tratan directamente del viaje de Hernández de Córdoba, e incluso que ni siquiera lo mencionan. Pero todos ellos me sirvieron para formarme ideas o para extraer datos utilizables en mis referencias o en mis hipótesis. También es verdad que de algunos de ellos sólo he leído los capítulos que me interesaban para este libro.

Quiero también destacar un documento que, para mi sorpresa, no he encontrado citado como referencia para temas relacionados con el viaje de Hernández de Córdoba, de Grijalva y de Cortés,⁶ y que cuenta con las declaraciones de once conquistadores de México. Me refiero a la “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año 1522”, publicada por Edmundo O’Gorman en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, tomo IX, número 2, México, 1938, pp. 181 a 235.

Como se sabe, Cristóbal de Tapia, veedor de las fundaciones de oro de la isla española, llegó en 1521 a Veracruz para asumir la gobernación de la Nueva España y actuar también como juez pesquisidor. Traía consigo un documento con los sellos reales que respaldaba su pretensión de despojar a Cortés de su gobernación y que fuera castigado como la gravedad del delito lo requiere —“les prendáis sus cuerpo y secuestréis sus bienes, y los tengáis así presos y a buen recaudo”—. Los funcionarios del cabildo de Veracruz y los procuradores de Hernán Cortés se colocaron el documento real sobre la cabeza, reconociendo la autoridad real, pero, meses después, en diciembre de 1522, se negaron a cumplir las órdenes reales por considerarlas poco beneficiosas para los intereses del rey. Tapia realizó las alegaciones pertinentes rechazando los argumentos contrarios y se marchó de Nueva España. La probanza de los funcionarios del cabildo y de los procuradores de Cortés se basó sobre todo en sostener que Tapia no poseía ni las cualidades ni la experiencia para asumir el cargo ni contaba con la autoridad entre los indios para mantener el orden.

Evidentemente, los adjetivos que utilizo cuando describo los actos de los conquistadores y los encomenderos tienen un contenido moral. Juzgo, sin duda, desde mi época, pero igual opinión tengo cuando leo de conquistas o guerras narradas en la Biblia o en los historiadores griegos o en las historias de la primera y la segunda guerra mundial, e incluso en el espantoso comportamiento de las sociedades humanas en pleno siglo XXI. Es el acto en sí lo que me escandaliza y es el comportamiento humano lo que me espanta. No creo que los españoles tuvieran durante la conquista de América mayor crueldad que cualquier otro pueblo del mundo viviendo esa circunstancia en cualquier época de nuestra existencia. Toda la his-

⁶ Con excepción de *La conquista de México*, de Hugh Thomas.

toria humana está llena de actos muy parecidos, incluyendo entre ellos los realizados por los pueblos indígenas que se aliaron con los españoles y también los ejércitos y los gobernantes de los imperios nativos contra los que se enfrentaron. Dudo que alguien lo ignore o deje de lamentarlo.

Como bien dicen Matthew Restall y Felipe Fernández-Armesto en el inicio su libro *Los conquistadores*: “por lo general, las conquistas son deplorables, violentas, perjudiciales, explotadoras, subversivas, destructivas, pero también pueden ser creadoras y transformadoras” (2013, 9). Pero éste es un balance final al que no aspira este trabajo, a pesar de resaltar aspectos negativos de esos años.

2. Los primeros españoles en llegar a Yucatán

La primera pregunta a plantearse es: ¿quién fue el primer navegante español o europeo que llegó a las tierras de lo hoy conocido como la península de Yucatán, en el actual México?

¿Fueron sus descubridores los navegantes españoles que la costearon a fines del siglo xv o principios del xvi, o fueron aquellos náufragos a quienes las corrientes marítimas arrojaron en sus costas en los inicios de la primera década del siglo xvi, o, en realidad, fue Francisco Hernández de Córdoba, capitán de la expedición que en 1517 trajo a Cuba, y para España y Europa, las primeras noticias sobre esas tierras e incluso un par de indios nativos para emplear de lenguas?

En la actualidad, y dependiendo de la banderola partidaria que se enarbole, existen diversos nombres de capitanes de expediciones españolas a quienes se atribuye haber llegado por primera vez a las costas de la península de Yucatán.

Por ejemplo, se afirma que en el viaje de Díaz de Solís-Vespucio de 1497, y en el de Hojeda-Vespucio de 1499, se costeó Yucatán y se sobrepasó el punto hasta donde alcanzó a llegar Grijalva en 1518.⁷ Éste es un tema muy polémico, incluso en lo referente a la presencia de Américo Vespucio en los viajes y aún más en la existencia del viaje de 1497.

También se atribuye a Juan Ponce de León haber arribado dos veces a Yucatán, en 1513 y en 1516, aunque no hay pruebas concluyentes para probarlo (*Boletín de la Academia Puertorriqueña* 1972).

⁷ Ramón Ezquerro en su estudio “El viaje de Pinzón y Solís al Yucatán”, sostiene como conclusión la inexistencia de esos viajes en lo referente a Yucatán, y acepta, desde los documentos y la cartografía, que el primer costeo de Yucatán fue en 1508 por Pinzón y Solís, e incluso sugiere que cuando los indígenas le dicen a los españoles en Campeche y Champotón, según cuenta Bernal, “castilan, castilan”, esto parece indicar que “recordaban el viaje de Pinzón y Solís por los mismos lugares” (Ezquerro 1970, 232).

Pero, en cualquiera de los casos, por lo que se sabe, lo más probable es que estas llegadas sólo fueron costeras, sin contacto con los naturales y, seguramente, habiéndose limitado a surtirse de agua y comida en lugares despoblados.

Lo que ninguno de esos viajes hizo, fue dar testimonios y descripciones de indígenas vestidos, construcciones de piedra, y menos aún de los templos y pirámides situados a lo largo de sus costas y visibles desde el mar, que fue la parte en verdad sorprendente y más destacada de las primeras noticias recibidas sobre las nuevas tierras halladas por los españoles a muy escasa distancia de las islas pobladas por ellos en el Caribe (la Española y Cuba, ésta de manera especial).

Esta falta de noticias, esta carencia de informes y descripciones sobre lo que se llamaba “el secreto de la tierra”, es lo que invalida como descubrimiento los costeos realizados antes de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba.

Adenda

Puede agregarse que en 1504, durante su cuarto viaje a las Indias, Cristóbal Colón tuvo contacto con una embarcación que tanto Las Casas como Hernando Colón, bastantes años más tarde, al evocar el encuentro, la suponen proveniente de Yucatán.

En la embarcación viajaban veinticinco personas con mujeres, niños y mercaderías. Sólo aprisionaron al que parecía de mayor autoridad, un anciano llamado Yumbé, quien, se supone, les dio información sobre Nueva España.

Aunque el Almirante, vista dicha canoa, se dio cuenta de las grandes riquezas, policía e industria que había en los pueblos de las partes occidentales de la Nueva España, no quiso ir a ellos; sin embargo, pareciéndole que por estar aquellos países a sotavento, podía navegar a ellos desde Cuba, cuando le fuese conveniente, y siguió su intento de descubrir el estrecho de Tierra Firme (H. Colón 1984, 295).

En un informe enviado en 1514 por Diego Velázquez al rey de España, le dice que:

Ha sido informado de los caciques e indios de la isla, cómo algunas veces han venido a ella en canoas ciertos indios de otras islas, que diz que están debajo de la de Cuba, hacía la parte del Norte, cinco o seis días de navegación de canoas, y que les han dado nuevas de otras islas, que están más debajo de aquellas de donde ellos vienen; y si Vuestra Alteza diese licencia, y habiendo lengua de algún indio y aparejo para ello, él iría, y que enviara a saber el secreto de ello (Torres de Mendoza 1869, XI, 428).

Algunos historiadores consideran que este informe, debido a la situación de las islas y al tiempo de navegación en canoa, contenía referencias sobre Yucatán e incluso sobre el imperio azteca.

Velázquez no investigó sobre esas islas, lo cual resulta bastante comprensible si se tiene en cuenta que en el Caribe se tenía noticia y se habían visitado decenas de islas, algunas de ellas deshabitadas y, sobre todo, pobres, sin oro. El interés en ese entonces, tanto en Cuba como en la Española, era capturar indios taínos a fin de venderlos o utilizarlos en las plantaciones o las minas.

De acuerdo a un trabajo publicado por el historiador español Jesús Varela Marcos, en un mapa incluido en 1514 en nuevas resmas del libro de Pedro Mártir de Anglería, *Opera. Legatio babilonica* (publicado originalmente en 1511), figuran las costas de Florida, del seno mexicano, de Centroamérica y los contornos de las islas principales del Caribe.⁸

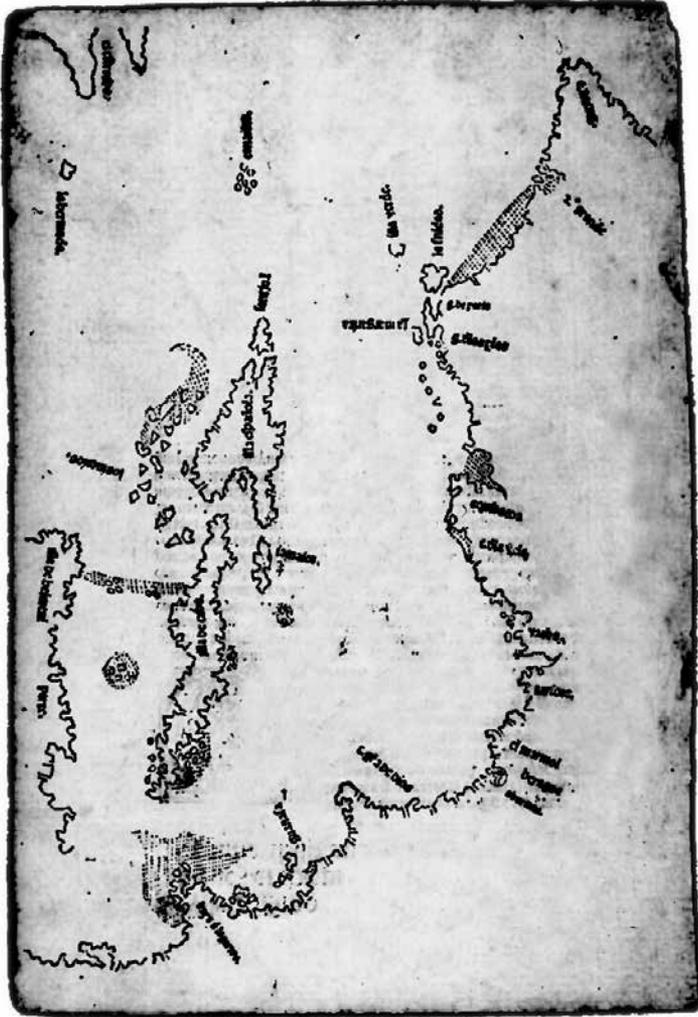
En opinión de Varela Marcos, más que un mapa es la representación cartográfica de una idea política de los descubrimientos y conquistas españolas en América, trazado por Pedro Mártir de Anglería y el obispo Juan Rodríguez de Fonseca el 4 de diciembre de 1514, y entregado a un grabador para ser tallado en madera de boj.

A este dibujo cartográfico se le había adjudicado las fechas de 1513 (Ramos Pérez) y 1511 (Ezquerria), pero Varela Marcos descarta estos años, pues el dibujo, a pesar de no respetar la geografía, refleja tanto los viajes Solís-Pinzón de 1508, como el descubrimiento de Florida en 1513 por Ponce de León (debe también destacarse que hasta la fecha de publicación del artículo de Varela Marcos con los mapas (2005), el dibujo fue estudiado y reproducido sin tener en cuenta que había sido cortado

⁸ El mapa estudiado por Varela Marcos se encuentra en la Biblioteca Capitular de Palencia.

al encuadernarse los pliegos sobrantes de *Opera. Legatio babylonica* donde estaba incluido).

Este mapa, si bien sirve para respaldar los viajes previos por las costas del seno mexicano por navegantes españoles, incluida la costa de Yucatán, no altera, a mi entender, la primacía de Hernández de Córdoba en



Mapa incluido en *Opera. Legatio babylonica* (1511-1514), de Pedro Mártir de Anglería.

el descubrimiento, pues no “se conoció el secreto de la tierra”, ni se tuvo contacto con los habitantes nativos de lo que después sería Nueva España y luego, México.

La importancia de esta cartografía política, literaria, muestra, como señala Valera Marcos, “una idea de unidad, de un todo español en los descubrimientos. Como si estos, geográficamente, fueran el desarrollo lógico de su espacio físico” (2005).

3. Los españoles esclavizados en Yucatán

Se acepte o se dude de los costeos marítimos anteriores a Hernández de Córdoba capitaneados por naves de marinos españoles, la información histórica más temprana e irrefutable sobre la llegada de españoles a la costa de Yucatán es la dada por Jerónimo de Aguilar a Hernán Cortés en 1519. Su historia se inicia con las peripecias de un naufragio.

Según las versiones más comunes, e incluso tal como se refleja en las preguntas de la pesquisa secreta presentada a Cortés en 1529, lo dicho por Aguilar, al llegar a la playa con los indígenas que había enviado Cortés para rescatarlo, fue lo siguiente:

Vino con ellos el uno de los dichos españoles, que se llamaba Gerónimo de Aguilar, el cual venía desnudo, con un arco e unas flechas en la mano y no les acertaba a hablar en nuestra lengua, Y así le trajeron ante el dicho don Hernando Cortés, y de este español se supo como él y otros se había perdido atravesando desde la Tierra Firme a las islas, en unos bajos que se llaman las víboras, cerca a la Isla de Jamaica, en un navío de un Francisco Niño,⁹ piloto, natural de Moguer, y que en la barca se habían metido los que en ella cupieron, y el tiempo les había traído a la Punta de Yucatán; y cuando llegaron, se habían muerto más de la mitad por la Mar, y de sed y de hambre, en la barca; y los que llegaron vivos, que serían hasta ocho o nueve, llegaron tales, que si los indios no los remediaron, no escapará ninguno. Y ahí murieron todos, excepto dos, de los cuales era este, Gerónimo de Aguilar, el uno, y el otro, un Morales, el cual no había querido venir porque tenía ya horadadas las orejas

⁹ Otras versiones dicen que el navío era mandado por Juan de Valdivia —regidor, por Balboa, de Santa María del Darién— que viajaba a Santo Domingo para informar a Diego Colón de los problemas de Vasco Núñez de Balboa con Diego de Nicuesa (Casas 1961, II, 274).

y estaba pintado como indio, y casado con una india, y tenía hijos con ella (Martínez 1991, II, 231-232).

La historia posterior de estos dos personajes sería diametralmente opuesta: Jerónimo de Aguilar, se presentó ante los navíos españoles como un indio maya, en apariencia física y ropas, corriendo desesperado al encuentro de sus compatriotas, pidiendo regresar a la civilización cristiana; por sus declaraciones posteriores se le consideró como un hombre casi cura, casto, virginal y puro.

Resultó de gran ayuda en la conquista del imperio azteca, pues durante un tiempo se desempeñó como intérprete de Cortés para el área maya, pero al entrar al mundo de los aztecas fue remplazado por la célebre Marina, que hablaba el náhuatl, además del maya, y pronto aprendió el castellano.

Veintisiete años después moriría de bubas, “pobre y necesitado”, sin haber realizado alguna hazaña que permitiera recordarlo de manera especial.

De su concubinato con una india de Topoyanco, Elvira Toznenetzin, tuvo un hijo, muerto joven, y una hija, Luisa de Aguilar, que se casaría con el español Cristóbal Doria, llegado a México en 1525; en 1584, Luisa era viuda, y para su mantenimiento y el de sus seis hijos (tres hombres y tres mujeres), recibió una ayuda de trescientos pesos por ser hija de conquistador (Grunberg 2001, 25).

El otro sobreviviente, Gonzalo Guerrero —al que se apellida Morales en el interrogatorio—, el español integrado a un pueblo maya, se convertiría con el tiempo en el prototipo del mestizaje americano: por la voluntad de no abandonar a su familia y por su identificación con las costumbres mayas, prefirió quedarse en su pueblo de Yucatán, por las razones dadas a Aguilar, que ir al encuentro de Cortés para reincorporarse a la civilización española.

La historia registra su muerte casi dieciocho años más tarde, por un disparo de arcabuz, al enfrentarse a los españoles en Honduras, a donde llegó comandando una gran flota de apoyo a los mayas en una batalla contra los españoles.¹⁰

¹⁰ A Gonzalo Guerrero se le culpa también de encabezar las fuerzas guerreras mayas que derrotaron a Hernández de Córdoba y después a Montejo en Yucatán. Al tratar la

Adenda

A pesar de la aceptación generalizada de las historias sobre los dos prisioneros españoles en Yucatán, se pueden plantear muchas dudas sobre la credibilidad de ellas, por ejemplo, resulta difícil de aceptar que los mayas, al encontrarse con los sobrevivientes del naufragio de una de las naves de Nicuesa llegada hasta sus costas, se dedicaran a exterminarlos o a comérselos, como dicen algunos historiadores.¹¹

Puede entenderse que los tomaran prisioneros, incluso que los repartiesen, regalaran o intercambiaran entre los jefes mayas, e incluso, en el peor de los casos, hasta el sacrificio de alguno de ellos, pero si esclavizaron a dos, ¿por qué no a tres o a cinco de los ocho que llegaron?

También debe considerarse como una posibilidad que algunos de los sobrevivientes del naufragio llegaran a las costas de Yucatán moribundos, después de varios días castigados por el sol, el frío nocturno y sin alimentos ni agua para soportar los días de navegación según el ritmo de las corrientes marítimas y sus periodos de calma.

De cualquier manera, hay diversas informaciones respaldando la opinión de que fueron más de dos los sobrevivientes del naufragio viviendo en territorio maya. Uno de estos informes figura en 1520, en una frase de la carta de los soldados de Cortés enviada al rey, pasada por alto al tratar esta parte de la historia, y que cuadra a la perfección con el carácter mezquino demostrado posteriormente por Aguilar:

De este Gerónimo de Aguilar fuimos informados que los otros españoles que con él se perdieron en aquella carabela que dio al través, estaban muy derramados por la tierra, la cual nos dijo que era muy grande y que era imposible poderlos recoger sin estar y gastar mucho tiempo en ello (Cortés 1988, 54).¹²

batalla de Champotón, registro estas referencias sobre la presencia de Guerrero en el ataque a Hernández de Córdoba y su gente.

¹¹ Los mayas realizaban sacrificios humanos pero no hay registro —salvo este de Aguilar— de que comieran carne humana. Ya De las Casas protesta enérgicamente diciendo que “en aquel reino de Yucatán ni hubo sacrificios de hombres, ni se supo qué cosa era comer carne humana” (Casas 1961, II, 456).

¹² Andrés de Tapia también respalda esta versión de que habían más de dos españoles vivos en la tierra firme de la península de Yucatán, tal como les fue informado por los

Igual de inverosímil resulta la versión tan aceptada del aviso de Aguilar a Guerrero sobre la llegada de las naves españolas y de la voluntad de rescatarlos.

Tenemos en contra, en primer lugar, el testimonio de Andrés de Tapia en su crónica —y él fue de los primeros, sino el primero, en encontrarse con Aguilar y escuchar su historia—. Después de contarle sobre los otros españoles muertos por los indios, Aguilar le dice que:

*él sintió del otro su compañero que no quería venir por otras veces que le había hablado diciendo que tenía horadadas las narices y las orejas y pintado el rostro y las manos; y por esto no lo llamó cuando se vino*¹³ (Tapia 1988, 71).

Para creer esta versión del aviso de Aguilar a Guerrero, se debe aceptar que los dos españoles, viviendo en pueblos distantes, en situaciones sociales dispares, bajo la autoridad de distintos caciques, se reunían con frecuencia y hablaban de sus asuntos personales y del deseo de reintegrarse a la civilización española.

Descartando por poco creíble esta posibilidad, lo concluyente es que ante el hecho consumado de la presencia de las naves de Cortés y del mensaje de la voluntad de rescatarlos, Aguilar no le aviso en esos días a Guerrero porque “sintió” —como le dijo a Tapia— que su compañero se negaría a ir donde los esperaban los españoles.

A este rechazo del supuesto aviso de Aguilar a Guerrero, es posible agregar otra realidad evidente: dado su carácter de cautivo entre los mayas, Jerónimo de Aguilar estaba incapacitado ya no digamos para ir él mismo donde Guerrero y avisarle de la llegada de Cortés, sino incluso de la posibilidad de disponer de un mensajero a quien enviar para darle la noticia de la llegada de las naves españolas para rescatarlos; además de esto, debe también tenerse en cuenta la imposibilidad temporal para que el inexistente mensajero tuviera tiempo para ir y volver con la respuesta, pues Guerrero se hallaba en el extremo opuesto a donde se encontraba Aguilar.

nativos. Su registro fue el siguiente: “En esta isla se entendió por señas, o como mejor se pudo entender, que en la Tierra Firme que estaba frontero de esta isla, había hombres con barbas como nosotros, hasta tres o cuatro” (Tapia 1988, 70).

¹³ Las cursivas son mías.

De la misma manera se deberían registrar las dudas sobre la muerte de Guerrero en Honduras, en las proximidades de Puerto de Caballos, el 13 de agosto de 1536, durante un enfrentamiento entre españoles y guerreros mayas venidos en cincuenta canoas desde Yucatán para apoyar a los indígenas en sus batallas contra los invasores.

Lo primero a tener en cuenta es que nadie vio el cadáver de Gonzalo Guerrero, pues se dice que fue escondido por sus compañeros mayas.

Aquí es de destacar un hecho registrado por los primeros en verlo: a Jerónimo de Aguilar, al correr hacia los españoles de Cortés, no se le reconoció como compatriota por el color de su piel, debido a los ocho años de vivir en Yucatán, ¿cómo podía resultar posible reconocer a Gonzalo Guerrero, muerto o vivo, veinticinco años más tarde de su llegada a las costas de Yucatán, y con el agravante, además, de tener la piel horadada de marcas y de pinturas nativas?

Además, y esto también merece tenerse en cuenta, salvo Aguilar, ningún otro español conocía a Guerrero como para poder identificarlo mientras luchaba y moría en Honduras.

El único testimonio sobre la muerte de Gonzalo Guerrero fue dado por el cacique derrotado en Honduras, de nombre Cicimba, quien dijo a los españoles —y así lo contó Andrés de Cerezeda en su carta informativa al gobernador de Honduras— que un tiro de arcabuz había matado a un cristiano español quien desde hacía más de veinte años vivía entre los indios, llamado Gonzalo Aroza [*sic*], responsable de la gran derrota de Montejón muchos años antes. Testimonio muy débil para aceptarlo a pie juntillas y repetirlo como una certeza histórica (texto citado dando como referencia: Archivo General de Indias, Sevilla, Sección Gobierno, Audiencia de Guatemala, legajo núm. 39).

En las instrucciones que dio el Adelantado Diego Velázquez a Hernán Cortés el 23 de octubre de 1518, se menciona varias veces la necesidad de rescatar a los españoles presos en Yucatán. La más explícita es la que se detalla en la entrada 18 del documento:

iréis por costa de la dicha isla de Yucatán, Santa María de los Remedios, en la cual están en poder de ciertos caciques principales della seis cristianos, según y corno Melchor, indio natural de la dicha isla que con vos lleváis, dice y os dirá, e trabajaréis por todas las vías e maneras e mañas que ser pudiere por

haber a los dichos cristianos por rescate o por amor o por otra cualquier vía donde no intervenga detrimento dellos ni de los españoles que lleváis ni de los indios, e porque el dicho Melchor, indio natural de la dicha isla que con vos lleváis, conoce a los caciques que los tienen cautivos (Martínez 1991, I, 53).

Es posible agregar que Fernández de Oviedo escribe en su *Historia de las Indias* que Cortés llevaba información dada por Velázquez —originada por los indios capturados durante el viaje de Hernández de Córdoba—, de la existencia de siete cristianos en poder de los indios tal como había contado Aguilar:

Habiendo siete años que estaba allá [Aguilar]; pero los otros seis, como estaban casados con indias, y con sus vicios, y tenían hijos en ellas, apartados de la fe católica, vivían ya como indios, y no quisieron reducirse a la fe ni venir a la compañía de los españoles. Bien es de creer que los tales no podían ser sino de vil casta y viles heréticos (Fernández de Oviedo 1992, IV, 9).

En una carta dirigida a Juan de la Peña en 1520, publicada en alemán antiguo, alemán moderno y francés en 1871, por el librero Frederik Muller, a partir de un manuscrito de una biblioteca de Austria, se dice lo siguiente:

Hace dos días que una carabela de 70 a 80 toneladas llegó (procedente) de una tierra nueva llamada Yucatán: ha traído 5 indios de ese país llamado Yucatán. Dicen que hace 15 o 20 años unos 8 castellanos de esta ciudad de Sevilla viven entre ellos, que se han casado y deben ser muy ricos. Estos 8 hombres se salvaron de una carabela que yendo a descubrir fue batida por una tempestad y naufragó (Landa 1938, 367).

Se suele considerar que Hernández de Córdoba fue quien dio la noticia sobre los españoles prisioneros o viviendo en Yucatán con los mayas. También se considera —y me parece más probable— que esta información procediera de los dos mayas capturados en 1517 cuando ya estaban en Cuba. Este tema, que ha dado tanto que escribir, halla su culminación y su máximo clímax en el viaje de Hernán Cortés en 1519.

4. El viaje descubridor de Yucatán

Después de revisar las posibles, probables o ciertas llegadas de españoles a las tierras de Yucatán, debe concluirse que, para la historia, tal como debe ser entendida, corresponde a Francisco Hernández de Córdoba, capitán de una expedición salida de la isla de Cuba en 1517, ser el descubridor de esas tierras desconocidas para el resto del mundo, a las que se llamaría Yucatán y se consideraría isla durante bastantes años.

El viaje de Francisco Hernández de Córdoba se reconoce como pionero por regresar a su punto de salida e informar a su gente lo que hizo, vio y padeció: desembarcar en tierras no “sabidas” aún por españoles, capturar indios para que sirvieran de “lenguas”, testimoniar sobre casas y templos de piedra, sobre gente vestida; y, además, contar sobre su recibimiento en Campeche por un jefe maya al que bautizó Lázaro; y, al final, cómo fueron masacrados en Champotón, donde se encontraron con un cacique y sus guerreros, decididos a no darles agua y empeñados a matarlos cuando persistieron en el intento de llenar sus pipas o barriles en sus pozos.

Hernández de Córdoba murió —a los diez días señalan algunos historiadores, o a las pocas semanas de regresar a Cuba, dicen otros— como consecuencia de las heridas sufridas en Champotón —más de treinta flechazos dicen algunos; diez afirman otros—, dejando para la posteridad el sorprendente y excepcional suceso del inmediato rechazo y el consiguiente ataque de los indígenas a los recién llegados españoles. (Por lo general, hasta entonces, los primeros encuentros en las Indias entre los nativos y los españoles fueron de respeto, generosidad y amabilidad de parte de los indígenas, sin descartar en ellos una gran curiosidad y mucho temor ante los extraños viajeros.)¹⁴

¹⁴ Friederici realiza un atinado estudio sobre estos recibimientos en que si bien es cierto que se produjeron ataques y matanzas de españoles por los nativos, la pauta de recepción pacífica marcada por los indígenas del Caribe fue la mayoritaria (1973, 167-171).

Adenda

Prácticamente se carece de datos sobre la vida de Francisco Hernández de Córdoba. Se le considera entre los primeros descubridores de Cuba bajo las órdenes de Diego Velázquez y se agrega que recibió una encomienda en Espíritu Santo y que en 1517 era uno de los hombres más ricos de la isla.

Si se le recuerda —cuando se le recuerda—, es sólo por tres meses de su vida: de febrero a abril de 1517, gracias a la expedición que armó para ir a cazar lucayos, aunque se dice que también tenía interés en encontrar tierras para conquistar.

Su muerte ocurrió a los pocos días o semanas de regresar de Yucatán a su encomienda, debido a las tres decenas de flechazos que recibió en el ataque maya de Champotón, donde perdió más de la mitad de su compañía y en donde uno solo de los expedicionarios se libró de morir o resultar herido.

Por lo que se dice a partir de lo afirmado por De las Casas, consideró una gran injusticia y agravio el que Diego Velázquez nombrara a Juan de Grijalva para encabezar una nueva expedición a las tierras descubiertas por él. Las Casas cuenta también que debido a esta ofensa:

determinó irse a quejar al rey de Diego Velázquez, y así lo escribió a mí, estando yo, como dije, en Zaragoza, porque me tenía por amigo, diciendo que Diego Velázquez se le había tiránicamente alzado con sus trabajos, y que no tardaría más de cuanto estuviese bien sano de sus heridas y allegase algunos dineros para gastar, rogándome que yo informase al rey, entretanto, de su agravio. Pero él puso de ir a España, y Dios dispuso de llevarlo al otro mundo, a que le diese cuenta de otros mayores agravios que él hizo a los indios de Cuba, de quienes se servía y chupaba la sangre (Casas 1961, II, 408).

5. Repercusión en Cuba

La información dada en Cuba por Francisco Hernández de Córdoba y por los españoles que viajaron con él, sobre la mayor riqueza, organización y desarrollo social y material de los nativos de las tierras recién descubiertas —bautizadas originalmente Santa María de los Remedios, aunque siempre fuera llamada Yucatán—, más las pequeñas muestras de oro y las invenciones contadas por los dos indígenas capturados (Melchor y Julián) sobre minas de oro, entusiasmaron a Diego Velázquez, el gobernador de Cuba.

De inmediato, sin esperar la recuperación física de Hernández de Córdoba ni de sus maltrechos acompañantes, armó una nueva expedición, compuesta por cuatro naves y cerca de doscientos hombres, entre los que también estaban unos pocos viajeros ya recuperados de las heridas de Champotón (sin contar los indígenas que siempre llevaban, incluido esta vez Julián, uno de los mayas capturados).

Como capitán general de la expedición, Velázquez nombró a Juan de Grijalva, tal vez pariente suyo, también nacido en Cuellar, que llegó a la Española en 1508 y participó con él en la conquista de Cuba.

Se supone que la finalidad del viaje no era poblar, sino sólo conseguir mayor información sobre los pueblos de las nuevas tierras, buscar muestras de oro y realizar “rescates” con los nativos (los sabidos cambios de piezas de oro, joyas o tejidos valiosos, por cosas sin valor: espejos, pedazos de loza, cascabeles, tijeras o cuchillos de ínfima categoría).

Sin embargo, existen también versiones de que hubo la posibilidad de poblar, y que así se lo reclamaron sus capitanes, pero Grijalva se negó para no ir no ir contra las instrucciones de Diego Velázquez.¹⁵

¹⁵ “La indignación que toda la gente que llevó, contra él tuvo por no poblar” (Casas 1961, II, 447). Bernal, en cambio, dice que la orden era que “sí vieses que convenía

Pero si el gobernador se entusiasmó con las noticias recibidas, los españoles con tierras e indios, así como los pobres de solemnidad que no tenían encomiendas, también se entusiasmaron ante las posibilidades de obtener riqueza y mejoras materiales como parecían ofrecer las nuevas tierras halladas, además de la siempre abierta opción de la caza de indígenas para remplazar a los nativos muertos.

Es fácil representarse la fantasiosa imagen de Yucatán que los españoles se formaron en Cuba con las noticias recibidas: una tierra rica en oro (lo cual no era verdad), con construcciones de piedra, poblada por gente vestida, más civilizada que la del Caribe (cierto), y capaz de imponerse con facilidad a los españoles en un enfrentamiento guerrero (lo cual resultó ser más excepcional que cierto). La ambigüedad de los dos recibimientos —pacífico en Campeche y agresivo en Champotón—, dejaba pendiente de confirmación el trato que recibirían.

Digamos como correlato para resaltar el significado del viaje de Hernández de Córdoba y el entusiasmo originado en Cuba, que la ambición de Velázquez no se quedó en proyectar una nueva expedición más poderosa y preparada que la de Hernández de Córdoba y la que él fletó al mando de Juan de Grijalva.

Tan grande era su convencimiento de las posibilidades económicas de las tierras descubiertas, que envió representantes a la Española para conseguir autorización de rescate por los padres jerónimos, ese año gobernadores de las Indias, y también a la corte española para lograr que el rey lo nombrara gobernador y le autorizara comerciar, conquistar y poblar las nuevas tierras que se atribuía haber descubierto (Yucatán y lo que sería Nueva España) (Casas 1961, II, 448).

Y no se puede dejar de resaltar que, aún antes del regreso de la expedición, Velázquez —informado por los tripulantes de la nave que con los heridos y enfermos envió Grijalva a Cuba, al mando de Pedro de Alvarado—, ya estaba en negociaciones para nombrar un capitán para una nueva flota, aún más poderosa que las dos anteriores, eligiendo finalmente a Hernán Cortés, a quien dio por escrito instrucciones precisas

poblar que poblasen”, y, más adelante agrega que Grijalva quiso poblar, pero los capitanes se negaron porque en la tierra habían muchos guerreros, y “todos” dijeron también de regresar porque ya estaban hartos de andar por la mar (Díaz del Castillo 1984b, 86-103).

sobre su comportamiento y la finalidad del viaje, lo cual, por lo que se conoce, no sucedió en los dos viajes anteriores.¹⁶

Todo esto, más el alistamiento de doscientos españoles para participar en el viaje, es buena muestra del significado del viaje de Hernández de Córdoba y de la renovación del deseo para ir a descubrir, conquistar y enriquecerse en las Indias.

¹⁶ Las instrucciones a Cortés fueron dadas ante notario y de ahí que se conservaran. Seguramente Grijalva también las recibió, pero oralmente, de ahí que no exista ningún documento sobre ellas ni Grijalva tuviera en su poder algún escrito que lo justificara ante la historia por su negativa a poblar, como le reprocharon sus acompañantes, y él, cuando en 1523 lo entrevistó De las Casas, no pudiera alegar mayor defensa que su buena fe para justificarse (Casas 1961, II, 442).

6. Significado del descubrimiento de Yucatán

A cinco siglos de haberse realizado la llegada de Francisco Hernández de Córdoba a las costas de Yucatán, su viaje continúa siendo una verdadera confusión histórica, y la fantásica versión de Bernal Díaz del Castillo persiste predominando en los preámbulos de las historias de la conquista de México, en las biografías de Hernán Cortés y en los análisis de la conquista de México.

Es fácil entender que las expediciones de Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva fueran opacadas por la excepcionalidad de la de Hernán Cortés y la conquista del imperio azteca.

Sin embargo, es a Francisco Hernández de Córdoba a quien se debe atribuir la apertura de las puertas de este segundo impulso para el descubrimiento de las Indias, apertura significativa pues representó la nueva y aún más cruel oleada invasora española, la que destruyó imperios, exterminó a millones de indígenas, deshizo culturas, exportó a Europa toneladas de oro, plata, piedras preciosas, objetos artísticos, y permitió a una pequeña cantidad de españoles enriquecerse individualmente ocupando territorios, matando y esclavizando a los nativos, y trayendo, además, esclavos africanos para aumentar el saqueo de las riquezas de América.¹⁷

¹⁷ Esta retahíla de lugares comunes forma parte de lo que se llama “la leyenda negra” de la conquista de América, ya denunciada en esos términos por el padre De las Casas simultáneamente al descubrimiento y conquista. Lamentablemente son hechos que no pueden negarse. Algo de “la leyenda rosa” es lo que expongo a continuación como contrapeso, también haciendo acopio de lugares comunes. El equilibrio entre estas dos leyendas es, sentimentalmente, muy difícil de conciliar intelectualmente. De alguna manera, mi posición al respecto la he expuesto al final del capítulo referente a la información que he utilizado en este trabajo.

Sin embargo, ha de reconocerse que esta terrible invasión de conquistadores y colonizadores españoles logró imponer un nuevo sistema productivo, trabajando las tierras, las minas, las aguas de América, de forma más eficiente para los intereses industriales empezados a desarrollar en Europa.

También trajo a las Indias animales domésticos (vacas, caballos, cerdos, carneros, aves domésticas), de rendimientos más provechosos para la alimentación humana y para el comercio; sembró y plantó árboles y verduras desconocidas hasta entonces en las tierras del continente; incorporó la rueda al trabajo y la movilidad humana: y preñó a indias, negras y mujeres variopintas, originando un mestizaje de dimensión desconocida en la historia de la humanidad, y que persiste y pervive hasta el día de hoy.¹⁸

Además, estos invasores, fueran conquistadores o colonizadores, convivieron durante un tiempo, a veces largo e incluso hasta su muerte, con sus concubinas nativas y sus bastardos, imponiendo de ese modo, aún con mayor solidez, un idioma, una religión, una moral, unas costumbres y una estructura familiar todavía vigentes en todo el continente subyugado.

Al margen de la enumeración de las evidentes barbaridades, exterminios y aportes positivos españoles, transformadores absolutos de la realidad indiana, debe aceptarse que cualquier elucubración sobre lo positivo o negativo de la conquista y explotación de América es un tema que nos sobrepasa.

Nunca sabremos cuál habría sido la evolución de los imperios y los cacicazgos americanos; tampoco el desarrollo de Europa y del resto del mundo sin la incorporación de la riqueza americana a su desarrollo, fruto de la cruel explotación indígena para generarla.

¹⁸ Aquí debo agregar como otro de los aportes positivos de los conquistadores, la desaparición de la religión que exigía “guerras floridas”, donde se capturaban rivales para ofrendarlos a los dioses, sobre todo en tiempos de sequía, hambruna, malos augurios o simples rivalidades territoriales o étnicas. También se combatió y se exterminaron las costumbres caníbales de algunas tribus primitivas. Y, en el Perú, por lo que cuenta Cieza, también se terminó con los sacrificios humanos y con el entierro, vivas, de las mujeres más hermosas del Inca, o del indígena importante, para que lo acompañen en la otra vida, incluyendo también en esos entierros, a familiares y servidores que elegían o los forzaban a sepultarse con él.

Ningún hecho y consecuencia del descubrimiento y conquista de América es posible modificar en sus orígenes, y poco o casi nada se ha logrado a lo largo de cinco penosos siglos para mejorar la situación de los indígenas y de la gente que vivió y vive en la miseria. Lo que sucedió, sucedió; ahora sólo nos queda analizarlo para tratar de conocer los hechos en su verdadero significado y mejorar sus consecuencias. Es una forma de entender la historia, nuestra historia.

7. La decepción en las Indias

Tal como he indicado en el prólogo y repetiré ahora, la frase el “segundo descubrimiento de las Indias” no ha sido casual. Para aceptarla basta recordar cómo era América, las Indias, el Nuevo Mundo, en 1516, a un cuarto de siglo de la llegada de Cristóbal Colón: los españoles se habían limitado a poblar sólo algunas islas del Caribe y mínimas tierras de las costas continentales visitadas por el descubridor.

Cuando se realizaban viajes aventurados, era en barcos fletados por comerciantes, ansiosos de tocar tierra, cualquier tierra sin poblar por españoles, para buscar oro, perlas, especies o para capturar indios y venderlos como esclavos. Se obtenían pingües ganancias con estas expediciones depredadoras. Esa era toda su aspiración.

La inquietud de Colón por buscar, conocer, ver, descubrir, saber dónde estaba y tratar de pasar al Oriente, había desaparecido de la ambición de los colonos españoles desde antes de su muerte. “El almirante de todos los mares” se había transformado en el “almirante de los mosquitos”, el hazmerreír de la corte española.

Hasta ese año de 1517, nada de lo buscado en el Nuevo Mundo había sido encontrado. Oro había poco, era muy trabajoso obtenerlo y alcanzaba para muy pocos. El ambicionado estrecho para pasar al Oriente, que era en el fondo la finalidad de todas las expediciones apoyadas por el rey de España, no aparecía ni por norte ni por el sur a pesar de la intensa búsqueda que se realizó hasta 1522 en que lo encontró Magallanes y Elcano.

En España se ofrecían a los colonizadores tierras e indios; pero la realidad no daba para tanto reparto. Además, los indios no soportaban el trabajo de sol a sol: morían agotados al poco tiempo de ser esclavizados-encomendados. Incluso se suicidaban, mataban a sus hijos y a sus mujeres.

Por otro lado, sembrar no era tan fácil, las semillas españolas debían aclimatarse; se criaba ganado, pero sólo podían exportarse las pieles; las minas eran pobres; la extracción del metal lenta y ardua; los ríos no arrasaban pepitas de oro como para recogerlas con baldes. Cada día resultaba más evidente la total imposibilidad de dar a los colonos lo ofrecido por la corte española, los funcionarios reales y los capitanes. Una minoritaria parte de los conquistadores y de los colonos lograba obtener encomiendas o repartimientos de indios que les dieran alguna riqueza y, sobre todo, ese ansiado poder sobre la gente que tenían bajo su custodia. Sólo la cría de ganado y la explotación azucarera daba frutos gracias al trabajo de los indígenas y a la administración adecuada.

Esto repercutía en posiciones sociales e influencias políticas en la isla, en cualquiera de ellas, lo cual era imposible de alcanzar en sus pueblos originarios, de donde huían para buscar riqueza y mejorar sus elementales formas de vida.

Tener bajo su poder a decenas de indígenas, hombres, mujeres, niños, ancianos, pendientes de sus humores y sabiendo que su vida y muerte dependían de su capricho, era una autoritaria experiencia también imposible de repetir en España.

Pero esas riquezas, ese poder, esa posición social, esos súbditos esclavizados, estaban anclados en la isla donde residían. Era totalmente inverosímil pensar en abandonar sus propiedades llevándose su riqueza con ellos. Todo lo que poseían no era transportable ni tan palpable para, convertido en oro (si lograban vender sus bienes a buen precio), permitirles alcanzar una situación similar al regresar a sus pueblos.

Cientos de vacas o cerdos eran materia evaporable al abandonar las Indias e imposible de comerciar en su totalidad. De ahí que la pasividad existencial de los españoles en América fuera cada vez más evidente y limitada a sobrevivir en el lugar donde les había tocado ver transcurrir sus días, sea en la relativa riqueza o en la absoluta pobreza que la suerte les había brindado.

Además, ellos mismos se creaban mentalmente un círculo vicioso que los encerraba aún más en sus condiciones de vida: apenas lograban materializar sus bienes y obtener oro, invertían lo logrado en fletar naves, solos o en sociedad con otros encomenderos, para enviarlas a cazar indios lucayos en las islas próximas y remplazar así la mano de obra que tenían

esclavizada y que se les iba muriendo cada vez con mayor rapidez a causa del trabajo continuo y extenuante al que estaban sometidos.

Recordemos que cuando Diego Colón llegó de gobernador a la Española en julio de 1509, con María de Toledo y una corte de mujeres y hombres de la hidalguía española, en la isla sólo existía una casa construida con piedra, las demás eran de paja y barro, y antes de terminar el mes, un huracán destruyó todas las viviendas de la que se podía considerar la capital del imperio español.

En pocas palabras: para los conquistadores y colonos radicados en las islas del Caribe o en Tierra Firme, regresar ricos a España ya era un proyecto esfumado de sus sueños. No se conoce históricamente un solo caso posible de citar durante el primer cuarto de siglo del descubrimiento y conquista de las Indias. Sin duda hubo gente enriquecida que regresó con algo de fortuna a vivir a España, pero no en la dimensión posterior, cuando, por ejemplo, Hernán Cortés regresaba ostentosamente a España, o, igual, cuando lo hacían los conquistadores del Perú (pienso en Hernando Pizarro, casado con la hija de su hermano, el conquistador del Perú, Francisco Pizarro, pero sin olvidar a cualquiera de los españoles presentes en el reparto del rescate de Atahualpa y en el saqueo de los templos y palacios de los incas). Esa sí fue demostración de riqueza, fama, poder, deslumbramiento de la nobleza europea y nerviosismo en las jóvenes casaderas de la corte española.

Es un hecho histórico: después de 1517, el mundo comenzó a cambiar, en Europa, en España y en las Indias, y se modificó radicalmente, de forma evidente, para los conquistadores de América. No para los indígenas, sin duda alguna, pero sí para ese Nuevo Mundo que España e Inglaterra, de forma destacada, se empeñaron en crear, a sangre y fuego, sobre los imperios y los pueblos nativos bajo el pretexto de evangelizarlos o por simple deseo de posesión territorial y rapiña.

Adenda

Nadie podrá negar la realidad de este cambio, ni tampoco los viajes salidos desde España antes de 1517, en busca del estrecho que permitiera llegar hasta el Oriente, así como las expediciones comerciales de saqueo por

todas las costas visitadas ya por Colón en el Caribe, en lo que se llamaba Tierra Firme, los países atlánticos de lo que conforman Centroamérica, y en las recién halladas costas del actual Brasil y de la Argentina (hasta el Río de la Plata).

En España, la corte dio en 1512 las famosas Leyes de Burgos, texto que todos los funcionarios reales, los conquistadores y los colonos se pusieron sobre la cabeza, como era costumbre en esos años, y juraron acatar lo que se ordenaba en ellas. La famosa frase “se acata pero no se cumple”, fue la respuesta privada, durante décadas, a ese marco teórico que pretendía proteger a los indígenas y limitar el poder, las aspiraciones y las crueldades de los habitantes españoles de las Indias.

Si se revisa la actividad colonial durante el periodo que va de 1492 a 1517, es obvio constatar que prácticamente todos los viajeros que habían llegado de España a las Indias, tenían por única finalidad explotar la tierra donde vivían sin ninguna consideración por el futuro. Nadie pensaba instalarse definitivamente en las nuevas posesiones españolas. La cuestión era enriquecerse.

En todas las islas del Caribe, en Tierra Firme y en las islas próximas a ella, lo que se buscaba era obtener oro, piedras preciosas, perlas, maderas y esclavos de las islas no pobladas por españoles a fin de remplazar a la población nativa que en un cuarto de siglo estaba prácticamente exterminada, viéndose obligados a obtener autorizaciones reales para traer, de manera mayoritaria, esclavos africanos para que continuaran trabajando las minas, las tierras, los ríos y el ganado de sus propietarios españoles (vivieran o no en las Indias).

Como bien dice Sauer (1984, 455), “la región del Caribe fue el escenario y el tema de una tragedia”. Y agrega:

Hacia 1519, el Caribe era una deplorable cáscara vacía. Los aborígenes, que Colón tardíamente reconoció como la riqueza de la tierra, habían sido destruidos. Los placeres de oro de las islas estaban agotados. Los tesoros de oro que los indios de Castilla del Oro guardaban, habían sido saqueados. La mayoría de los españoles no quería otra cosa que salir de allí y buscar fortuna en regiones aún inexploradas y desconocidas (Sauer 1984, 438).

Esta era una cruel realidad para las esperanzas que se habían creado. El grito contra los hijos de Colón, nombrando al padre como el almi-

rante de los mosquitos y calificaba a América como “tierras de vanidad y engaño para sepulcro y miseria de los hidalgos castellanos” (H. Colón 1984, 281).

Como también señala Sauer: “Criados de Fonseca y el Rey (en ese orden inverso es preferible) controlaban las operaciones en las Indias. La rapacidad humana llegó a extremos tanto en las islas como en el continente” (1984, 436).

Y tampoco se puede dejar de mencionar al gobernador de Castilla del Oro, Pedrarias Dávila, elegido por Carlos I, quien desde 1514 se dedicó con sus capitanes a enriquecerse, esclavizar indios, matarlos en frecuentes cabalgadas y asolar la zona cual un verdadero demonio desatado. No es un panorama que se pudiera calificar de ilusionante.

8. El ejemplo de Diego Velázquez en Cuba

El caso de los gobernadores en las islas del Caribe es también sintomático. En principio, existieron de dos clases: los llegados a las islas enviados por el rey como representantes o funcionarios suyos, y quienes asumieron la gobernación desde su posición original de conquistador de la tierra.

En la isla Española, con la clara excepción de Cristóbal Colón —algo más que un gobernador— sólo actuaron como máximas autoridades los enviados por el rey (Bobadilla, Ovando, Diego Colón, los padres jerónimos); en Cuba, durante este primer cuarto de siglo, sólo actuó como gobernador Diego Velázquez, y más por imposición propia que por designación de Diego Colón o del rey de España; y en Puerto Rico, Ponce de León fue un conquistador y titubeante gobernador nombrado por Diego Colón y luego por el rey de España, y poco después sustituido por dudosos personajes elegidos por las mismas autoridades reales que nombraron a Ponce de León.

De estos gobernadores, es el conquistador Diego Velázquez el más adecuado para ejemplificar la empecinada necesidad de quedarse en las Indias, dada su permanencia en el cargo desde la conquista de Cuba en 1510 hasta su muerte en 1524.

Llegó a la Española en 1493 en el segundo viaje de Cristóbal Colón, a los 28 años (había nacido en Cuellar en 1465). Se ha supuesto, sin respaldo documental, que en su vida tuvo experiencia militar en las guerras contra Italia y en la reconquista de Granada, aunque esto es dudoso.¹⁹

¹⁹ Acepto las dudas de Hugh sobre la participación guerrera de Velázquez en Europa según el genealogista de la familia. Thomas incluso duda —“se cree”— que haya tomado parte en el segundo viaje de Colón y sólo supone “probable” su participación en la campaña contra Granada (1995, 105; 2001, 427).

Lo cierto es que rápidamente se distinguió en la Española, alcanzando una ventajosa posición social, económica y militar.

Quizá por estos antecedentes, Diego Colón, en 1510, lo nombró capitán general de la expedición militar de más de trescientos hombres enviada a conquistar la isla de Cuba, lo cual realizó con facilidad, rapidez y gran eficacia.



Diego Velázquez de Cuéllar.

Una vez alcanzado su objetivo, ignoró, sin especial rebeldía, la autoridad de Diego Colón, logrando que ni éste se preocupara en hacerle sentir su autoridad ni Velázquez tuviera la necesidad de resaltar su independen-

cia del gobernador de las Indias; sin embargo, estuvo atento de mantener continuamente informado al rey y de enviar puntualmente las remesas de oro correspondientes al quinto real, obligado por ley.²⁰

Velázquez, conceptuado un conquistador impetuoso, valiente, táctico y carismático, al ser enviado a conquistar Cuba, olvidó en muy poco tiempo todas estas virtudes militares para convertirse en una persona gordinflona, fofa, instalada en el relativo lujo de esos tiempos y de esos lugares, rodeado de una pequeña corte de secretarios, favoritos, e incluso con un bufón deslenguado llamado Francisquillo quien, se dice, le hizo una broma pesada sobre el nombramiento de Cortés para comandar la expedición a las nuevas tierras encontradas por Hernández de Córdoba (Casas 1961, II, 450).

A nivel personal, Velázquez tuvo un trágico matrimonio en 1512, contado con detalle por De las Casas, subordinado suyo en la conquista de Cuba, pero en ese entonces ya sacerdote:

Vinieron a Diego Velázquez nuevas como había llegado al pueblo y puerto de Baracoa, Cristóbal de Cuellar, tesorero de aquella isla, y que había sido contador de esta, con su hija, doña María de Cuellar, que había traído consigo por doncella suya doña María de Toledo, mujer del almirante don Diego; tenía ya concertado con Diego Velázquez por carta de dársela por mujer...

Llegado Diego Velázquez a la villa de Baracoa, y un domingo celebró sus bodas con grande regocijo y aparato, y el sábado siguiente se halló viudo, porque se le murió la mujer, y fue la tristeza y luto, más que la alegría había sido, doblada. Pareció que Dios quiso para sí aquella señora, porque dicen que era muy virtuosa, y quiso prevenirla con la intempestiva muerte, porque quizá con el tiempo y prosperidad no se trastornara (Casas 1961, II, 241).

A partir de entonces, cuenta Hugh Thomas, se decía que Velázquez aspiró a casarse con las hijas de su protector, el poderoso obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca. “Se trataba, de hecho, de una broma tropical, con la que Velázquez entretenía a sus amigos en su palacio

²⁰ El quinto real (un veinte por ciento) era la parte correspondiente al rey sobre cualquier cosa de valor que se obtuviera durante la conquista, fuera oro, perlas, esmeraldas, plata y hasta indígenas vendidos en las islas del Caribe. Era una costumbre, convertida en ley, que suele encontrar su origen en el Génesis, referido a la agricultura, y entre las costumbres de los musulmanes en España durante la Edad Media. Con el tiempo, el quinto fue reduciéndose hasta convertirse en un impuesto sobre los bienes obtenidos.

improvisado, comentando lo que haría si volvía a Castilla, y todos sabían que no volvería”.²¹

En 1514, Velázquez le envió un memorial al rey dándole noticias de Cuba, de su conquista y de los avances alcanzados. Además le informaba tener noticias, de indígenas comerciantes, llegados en sus canoas a las costas cubanas, de otras islas, y expresaba al rey sus intenciones de enviar españoles a descubrir el secreto de esas tierras. No lo hizo.

Sin embargo, Velázquez siempre se consideró el descubridor y conquistador traicionado de México, de la Nueva España, y así lo manifestó en escritos a la corte española, en demandas judiciales y en testimonios personales que se inician en mayo de 1519 (Real Academia de la Historia, 1885, II, I, 92; 1869, I, XII, 151-246, etcétera) a raíz de la llegada a Cuba de un barco con Alaminos, Portocarrero y Montejo llevando oro al rey, y alcanzan su cenit en la información de testigos que convoca el 28 de junio de 1521 a fin de demostrar, a través de 97 o 98 preguntas, que a él le pertenece por derecho el descubrimiento de Yucatán y San Juan de Ulúa gracias a las expediciones que fletó y envió con Grijalva y Cortés²² (Torres de Mendoza 1869, I, 35, 257-500).

No se sabe a ciencia cierta cuál fue su participación en la expedición de Hernández de Córdoba, pues no existe algún convenio escrito, pero se acepta que otorgó los permisos para realizarla y aportó un bergantín.

Se le reconoce como el armador de la segunda expedición a Yucatán, la de 1518, pues financió los cuatro navíos participantes, nombró capitán general a Juan de Grijalva y, a sus órdenes, eligió a tres famosos conquistadores en la posterior conquista de México: Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila y Francisco de Montejo. Sin embargo, se atribuye a estos cuatro capitanes ocuparse de aprovisionar la flota y del alimento de los cerca de doscientos tripulantes. A Velázquez también le correspondió fletar el navío enviado a socorrer a Grijalva, suponiéndolo en problemas, bajo el mando de Cristóbal de Olid, quien volvió con la nave maltrecha y sin hallar los navíos españoles (Fernández de Oviedo 1992, II, 147).

²¹ En realidad este chisme está registrado por De las Casas diciendo que en Cuba se comentaba que el obispo de Burgos quería casar a Velázquez con una sobrina suya (Casas 1961, II, 412).

²² El interrogatorio se suspendió por orden de Alonso de Zuazo y sólo se copiaron las declaraciones de tres testigos porque los demás decían lo mismo. Zuazo era juez de la residencia que se le tomaba a Velázquez en Cuba.

Aún antes del regreso de Grijalva a Cuba, Velázquez ya estaba organizando otra expedición, y de entre los varios posibles capitanes, eligió a su protegido Hernán Cortés, con la condición de que compartiera con él los gastos de armar una flota de por lo menos seis navíos.

La evolución del proyecto, gracias a la riqueza de Cortés y a su buena relación con los españoles de Cuba, se transformó en una armada de once navíos (cuatro grandes y el resto bergantines o naves pequeñas) y más de quinientos viajeros —sin contar a los indígenas reclutados (incluso mujeres) y a algunos esclavos negros—, además de caballos y bastante armamento de guerra. Esta historia ha sido muy contada. Cortés desconoció la autoridad de Velázquez desde antes de salir de Cuba y al llegar a las costas mexicanas se produjo la ruptura definitiva y el inicio de la conquista del imperio azteca.

Este hecho amargó el resto de la vida de Diego Velázquez, y aún con esos terribles pesares, ni siquiera le pasó por la cabeza la idea de viajar a España a presentar sus quejas al rey y obtener su reconocimiento como descubridor y conquistador de las nuevas tierras.

Su respuesta ante la traición de Cortés fue fletar una armada aun más grande y poderosa, al mando de Pánfilo de Narváez, compuesta por once naves, siete bergantines y novecientos españoles, con la misión de asumir la conquista de la nueva tierra (Fernández de Oviedo 1992, IV, 52-53).

Arribados a la costa mexicana, Cortés los enfrentó, los sobornó, los manipuló y los derrotó; hizo prisionero a Narváez, quien perdió un ojo en su captura, e incorporó a su hueste a la gran mayoría de los españoles venidos de Cuba con la orden de matarlo o enviarlo prisionero a Velázquez. Fue un espantoso fracaso que le hizo aún más desdichada la existencia.

Sus últimos cuatro años de vida los pasó decepcionado, resentido con los reyes por haber aceptado la traición de Cortés gracias al oro que les enviaba, y no cejó en su afán de hallar la manera de despojar a Cortés de lo que fue un proyecto suyo.

Además, tenía la necesidad de reorganizar su fortuna, bastante mermada a causa de las expediciones enviadas a lo que ya era Nueva España.

En la noche del 11 al 12 de junio de 1524, a los 59 años de edad, Diego Velázquez, adelantado y gobernador de hecho de la isla de Cuba, murió en su casona de Santiago.

Mártir de Anglería escribió sobre él: “Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba o Fernandina, caído desde la altura de su opulencia en la pobreza y fallecido al presente, a quien separaron de Cortés discusiones y odio mortal”²³ (Mártir 1964, II, 610).

Pero, según su testamento, la pobreza de Velázquez representaba “seis hatos y quince estancias, y comprendía más de mil cabezas de ganado vacuno, tres mil cerdos, mil ovejas y 205 mil ‘montones’ de yuca, sin contar las ganancias obtenidas con el oro” (Torres de Mendoza 1880, I, 35, 500-547). Una importante riqueza. Sus herederos calcularon en doscientos mil ducados los gastos realizados para fletar las expediciones a Yucatán y al imperio azteca (Torres de Mendoza 1869, I, 10, 82).

Velázquez no hubiera regresado a España, o no hubiera abandonado las Indias, bajo ninguna circunstancia. Diecisiete años vivió en la Española (1493-1510) y catorce en Cuba (1511-1524).

Hugh Thomas aventura una explicación: “Velázquez se sentía como en su casa en el trópico. Se acostumbró a los alimentos locales: tortuga verde, pan cazabe e iguanas” (1995, 107). Pero lo más probable, en verdad, es que se acostumbrara al disfrute del poder, de saberse rico, obedecido, festejado, y capaz de enriquecer a una persona o dejarla en la pobreza, y hasta matarla si le resultaba conveniente.

²³ Fernández de Oviedo también registra que Velázquez murió “pobre y descontento” pues “en opinión de muchos gastó más de cien mil castellanos” en las expediciones a lo que hoy es México (1992, II, 148).

9. ¿Por qué se quedaban los españoles en las Indias?

Cualquier lector de libros de historia sobre el descubrimiento y la conquista de América debería tener la obligación de preguntarse la razón por la cual se quedaban tantos españoles, más o menos enriquecidos o mayormente empobrecidos, en las islas del Caribe o en las costas de Tierra Firme del norte de Sudamérica. ¿Por qué continuaban vegetando en las Indias, sabiendo la inexistencia del oro en la abundancia anunciada en España, y aceptando como única alternativa continuar viviendo esa extraña vida en la que estaban instalados?

El clima tropical era fuerte, agresivo, diferente al de sus pueblos de origen; estaban rodeados de selvas a veces impenetrables; los indígenas se sublevaban o se vengaban y mataban a algún español distraído; a veces aparecían tribus nativas que se enfrentaban a las cabalgadas y lograban exterminarlos o matar una alta cantidad de españoles. Y no deben olvidar los mosquitos, las alimañas, los animales capaces de matar y comérselos, las diarreas, las bubas, las fiebres, los tifus, las pestes.

Vivir en Cuba o en Tierra Firme como si fuera en sus pueblos de España era imposible: la comida era distinta, las viviendas por lo general improvisadas y deplorables; la ropa y los zapatos se pudrían, se caían a pedazos y no era fácil remplazarlos; los compañeros tenían sus propios planes y sus naturales envidias; no había lazos familiares en torno a ellos, salvo algún conocido con el cual recordar de pasada algún débil antecedente común. Y cuánta decepción, cuánto desengaño, cuánto sentimiento de fracaso, cuánta impotencia, cuánto peligro vital, quizá hasta cuánta imposibilidad de poder regresar a España, a la provincia, al pueblo, a la aldea nativa.

La historia nos habla en general de guerras y de la vida de los conquistadores y encomenderos destacados, pero no nos narra en detalle la sobrevivencia de los millares de españoles que no tenían indios que trabajaran por ellos. Poco se nos ha dicho de la delincuencia, los vicios y la vagabundez de una gran mayoría.

En esos tiempos nadie amaba tanto la naturaleza, las puestas de sol o el mar del Caribe como para renunciar a lo conocido del mundo europeo. Además ellos no habían viajado a América a disfrutar del ambiente. Sabían a lo que debían enfrentarse, por lo menos en términos generales. Cualquier español decidido a enrolarse a una expedición o a realizar a su costa el viaje a América, emigraba en busca de oro y con la esperanza de poder regresar a su tierra enriquecido.

Como he anotado, se tiene información del viaje a las Indias de cerca de dos mil quinientos españoles entre 1509 a 1516, pero calculando los viajeros cuyos registros se han perdido o que no fueron registrados, más los cientos de viajeros clandestinos, se suele calcular una población española cuatro veces más grande viviendo en las islas del Caribe y en las costas de la Tierra Firme de Sudamérica.

Quitando a los enviados con algún cargo por la corona real y que regresaron a España una vez cumplida su misión, ni uno solo de esos españoles que vino a “hacer la América” logró volver rico a su pueblo natal. Seguramente algunos pocos regresaron fracasados y con mucha amargura a España, pero el resto, la inmensa mayoría, se quedó vagando en las Indias sin haber obtenido la más mínima riqueza.

Adenda

Obliguémonos a hacer más preguntas sobre este tan extraño fenómeno humano: ¿los retenía el orgullo o esa patraña del amor a las nuevas tierras? ¿La vergüenza del fracaso? ¿La persistencia de los motivos personales que los llevaron a escaparse de España hacia el Nuevo Mundo? ¿El disfrute de sus muy pequeños poderes y de las aún más pequeñas subordinaciones indígenas? ¿La facilidad para disfrutar, violar o aprovecharse de varias mujeres nativas a la vez? ¿El amor por los hijos mestizos y quizá hasta por la mujer de la tierra?

¿Cuál era en verdad la motivación para quedarse en América luego de enfrentarse a la tan diferente realidad ofrecida?

Si seguimos los trabajos y la teoría de Boyd-Bowman sobre los pobladores españoles de América durante el siglo XVI, hemos de considerar que hasta 1519, en las vísperas de la conquista de México, pasaron de España a América 5 481 personas, de las cuales 308 eran mujeres, 336 marineros que desertaron o consiguieron permiso para quedarse en un puerto, 78 religiosos y 125 funcionarios reales que viajaron a ocupar el cargo de gobernador (32) o capitán general (93).

Y si también aceptamos sus pautas teóricas sobre los registros oficiales, la pérdida de documentación, los viajeros clandestinos y llegamos a suposiciones como las que maneja en su trabajo, no nos queda otra alternativa que considerar que este total de viajeros sólo representa el 0% de los que en realidad llegaron a las Indias, y habría que aceptar subir esta cifra oficial a 27 405 como la real de los españoles que estaban instalados en las Indias (hombres, mujeres y niños).²⁴

Como resulta fácil de suponer, es imposible acertar en la elección de alguna motivación prioritaria para querer atribuirle al deseo de viajar a las Indias y quedarse a vivir ahí. Los viajeros, sin duda alguna, poseían un sinnúmero de motivaciones subjetivas, que muy bien podían ir desde enriquecerse hasta huir de España por razones religiosas (judíos, conversos), pasando por escapar de acreedores, obtener algún trabajo, problemas familiares, superar una hidalguía secundaria y sin bienes, estar licenciado del ejército, lío de faldas, ansia de aventuras, fantasías descabelladas, cambiar costumbres, hambre, miseria, y cuantas más situaciones imaginemos, incluyendo hasta el temor de volver a cruzar el océano luego de traumática experiencia sufrida. De todo esto, lo único cierto es que permanecían en las Indias, algunos pasaban de una colonia a otra

²⁴ Creo que sí se pueden aceptar estos porcentajes de Boyd-Bowman considerando la cantidad de viajeros hasta el año 1600, para estos primeros 28 años, sin la seducción dada por la conquista de los dos grandes imperios americanos y la fabulosa exportación de oro y joyas a la corte española, es muy probable que la cifra resulte excesiva. De todas maneras, no puede olvidarse que en las cuatro grandes expediciones reales a las Indias, hasta 1514, viajó —se calcula, con variantes— un total de cinco mil doscientos pasajeros (mil doscientos con Colón —quinientos con Bobadilla— mil quinientos con Ovando —dos mil con Pedrarias—), casi la misma cantidad de la registrada oficialmente en todas las naves no reales que viajaron a las Indias de 1492 hasta 1519.

en busca de oportunidades, otros se alistaban en una expedición conquistadora sin alcanzar algún éxito, y así se les iban pasando los días, las semanas, los meses, los años, y malvivían y morían en el Nuevo Mundo, seguramente conviviendo con una o varias indígenas, quizá con hijos e hijas, y sin haber logrado nada de lo que imaginaron encontrar en las Indias para mejorar sus vidas. Y quizá así, es como se fueron quedando.

Pero pensemos también, en su provecho, que muchos de ellos, más de quinientos de la isla de Cuba, corrieron a enrolarse en la expedición de Cortés cuando les dijo que iba a buscar nuevas tierras y riquezas. Y es posible creer que quizás muchos de ellos fueron los que se enrolaron en las nuevas expediciones, y estuvieron entre los viajeros que fueron del Caribe a Tierra Firme, a Nueva Granada, al Perú, a Chile, Bolivia, Argentina, Paraguay, el Amazonas, y lo que les pusieran como meta para ser ricos, encomenderos, con muchos indios bajo su cuidado, y entender así las razones por las que se quedaron a vivir en las Indias.

10. La última armada real a las Indias

A partir de estas realidades, aventuro que sin la llegada de Francisco Hernández de Córdoba a las costas de Yucatán en 1517, la gran armada comandada por Pedrarias Dávila a Tierra Firme en 1514 hubiera sido el canto del cisne de la Corona española en América. Todos los hechos se conjugan para sugerirlo. Recordémoslo.

Al llegar a la Corte, en 1511, la noticia de la muerte de Diego de Nicuesa, tanto el rey como la Casa de Contratación de Sevilla decidieron enviar a una persona encumbrada para someter a juicio de residencia a Vasco Núñez de Balboa, quien actuaba como gobernador de las costas llamadas Tierra Firme, y después Castilla del Oro y finalmente Panamá.

Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico, en un acto de soberbia, metió a la fuerza a Nicuesa en una barcaza y luego la soltó a la deriva sin darle víveres: nunca más se supo de él y sus acompañantes.

Para realizar tal misión se eligió al hidalgo Diego de Águila, quien después de pensárselo, declinó el nombramiento.

Por consejo del obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca —también presidente del Consejo de Indias—, el rey nombró a Pedro Arias de Ávila —mejor conocido como Pedrarias Dávila— capitán general y gobernador de Castilla del Oro.

Pedrarias, también llamado el Galán, el Gran Justador, el Bravo, el Resucitado, contaba al ser nombrado, 73 años de edad; su piel era de un color muy blanco, ojos verdes, pelirrojo, buena estatura; estaba casado con una influyente dama de la nobleza, Isabel de Bobadilla, con quien tenía nueve hijos, siete menores de quince años; había luchado contra los moros en Granada, participado en las campañas de África y dirigido la defensa del castillo de Bujía, por lo cual obtuvo un escudo de armas, honores, más un sólido prestigio en la corte. Tenía, también, fama de ser cruel, soberbio y ambicioso.

La expedición capitaneada por él era tan importante que el rey en persona intervino en la organización, en el nombramiento de los cargos y hasta en supervisar los más mínimos detalles de lo considerado como imprescindible de llevar. Por primera vez partía de España una gran armada con un claro plan colonizador y con el máximo apoyo real.

El mejor incentivo para enrolarse fue la seductora versión de que en Tierra Firme se extraía el oro con bateas. Más de tres mil personas se inscribieron para el viaje. Curas, artesanos, comerciantes, campesinos, nobles e hidalgos arruinados buscaron incorporarse a la expedición.²⁵

Incluso coincidió la fecha de reclutamiento con la cancelación del ejército español destinado a Italia bajo el mando del gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, dejando desocupados a soldados experimentados, militares de rango y nobles ambiciosos o en situaciones riesgosas en la Corte.

De esta manera, Pedrarias tuvo a su alcance un personal de primera categoría para elegir los mil quinientos expedicionarios autorizados de llevar por la Corona (en realidad algunas fuentes dicen que viajaron dos mil).

Las semillas, animales, armas, instrumentos de trabajo, ropa, medicamentos, y hasta las setecientas bateas para recoger oro, se escogieron uno a uno.

Cuando el rey dio la orden de salida, una tormenta causó graves destrozos en la armada, obligándola a regresar, para gran molestia del monarca: finalmente, con un retraso de varios meses, la escuadra se hizo a la mar el 11 de abril de 1514.

Acompañado por su esposa y sus dos hijos mayores, Pedrarias comandaba un viaje compuesto por veintidós barcos de diverso tipo y tonelaje, una tripulación de ciento diecisiete marinos (nueve maestres; nueve contramaestres, nueve pilotos, noventa marineros, además de grumetes y pajes), y más de dos mil viajeros.

Aunque en ese tiempo fueran personajes de poca o ninguna importancia, en la armada de Pedrarias viajaron a las Indias: Hernando de Soto, Diego de Almagro, Sebastián de Benalcázar, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco de Montejo, Hernando de Luque, Pascual de

²⁵ La lectura de los libros de María del Carmen Mena García, citados en la bibliografía, cuentan más ampliamente lo relacionado con el viaje de Pedrarias a Castilla del Oro. Mi texto es, de manera principal, una síntesis de esas lecturas.

Andagoya y Bernal Díaz del Castillo, quienes posteriormente alcanzarían nombradía por sus hazañas o por sus testimonios sobre las acciones militares en que participaron o conocieron de primera mano.

El 30 de junio, algo más de dos meses después de la salida de España, la gran armada de Pedrarias fondeó en Santa María la Antigua del Darién, centro desde el cual debería gobernar la provincia, colonizarla, buscar riqueza y ampliar la conquista.

Es conocida la anécdota sobre la primera vez que se encontró el gran justador con Vasco Núñez de Balboa, nada menos que el descubridor del Océano Pacífico, el Adelantado de la Mar de Sur y gobernador de Panamá y Coiba. Esperaba verlo sentado en alguna especie de trono, pero halló a un hombre de unos cuarenta años, alto, fuerte, rubio, vestido con una camisa sencilla de algodón, anchos calzones y alpargatas, subido en lo alto de una cabaña india, ayudando a techarla con paja.²⁶

De inmediato descubriría Pedrarias que el asentamiento más importante de Castilla del Oro era un poblado donde vivían 515 españoles y 1 500 indios e indias, obligados a realizar trabajos domésticos o labores agrícolas o mineras para los conquistadores.

Toda la población, tanto la española como la indígena, habitaba chozas cubiertas con palmas y reforzadas con paja, los tan descritos *bohíos*. Ahora ese reducido poblado debía alojar a más de dos mil viajeros llenos de pretensiones y muchísimas ilusiones.

Pero este enfrentamiento con la realidad, no alteró los planes y las formalidades deseadas de imponer por el nuevo gobernador. Al día siguiente de su llegada, con gran pompa, vestidos de gala, con banderas, retumbar de tambores, con la tropa formada y las armas listas para el combate, los dos mil viajeros hicieron su entrada a Santa María la Antigua, encabezados por Pedrarias Dávila, quien llevaba de la mano a su señora esposa, vestida con sedas y adornada con hermosas joyas, tal como se acostumbraba en la corte española (Mena 1992, 46).

Muy pronto los nobles descubrirán la inutilidad absoluta de las sedas, los brocados y las joyas en su nueva vida, e incluso de las formalidades. Los viejos soldados comprobaron desconcertados cómo los enfren-

²⁶ De las Casas da la variante de que no es Pedrarias sino un criado el que se espantó al ver así vestido y trabajando a la persona “de quien tantas hazañas y riquezas se decían en Castilla” (Casas 1961, II, 317).

tamientos militares con los nativos dejaban inoperantes las reglas de la guerra convencional, tal como se practicaba en Europa, para convertirse en una vulgar cosa llamada *guasábaras* (cabalgadas de conquista, despojo y matanza de indígenas), donde la superioridad de las armas y los caballos resultaba apabullante para enfrentar a unos débiles enemigos.²⁷

Peor aún, los viajeros se dieron cuenta, desengañados, de la ausencia absoluta de oro y de la imposibilidad total de recoger con redes o bateas cualquier tipo de riqueza. También, el ilusionado y recién nombrado obispo de Bética Áurea, descubriría apenado la carecía del más simple templo o de cualquier edificación posible de utilizar como iglesia.

La situación de los viajeros se volvió desesperada en un abrir y cerrar de ojos. Pronto se comprobó que gran parte de los alimentos traídos desde España se había podrido durante la travesía. Pocos días después, se vio cómo la choza destinada a guardar los alimentos aún utilizables, se quemaba sin poder salvarse gran cosa.

Los dos mil viajeros no tuvieron otra alternativa que dedicarse a robar las cosechas de los indios, los alimentos almacenados por los pobladores españoles, y a comer cuanto tuvieran al alcance de la mano. Ropa, joyas, armas se daban a cambio de un pedazo de pan o un plato de comida.

Al poco tiempo una plaga de langosta acabó con los sembríos del poblado y una enfermedad llamada modorra mataba sólo a los recién llegados luego de un desgastante proceso de fiebre con letargo. Además, debían vivir protegiéndose constantemente de los mosquitos, las culebras, los vientos, las diarreas, las lluvias, el frío, los pantanos, la vegetación tropical, el calor insufrible...

Día a día fueron muriendo los españoles recién llegados. Se calcula que en un mes fallecieron más de setecientos hombres, un tercio de los viajeros. La mayoría de ellos sólo encontró en Castilla del Oro, hambre, enfermedades y muerte.²⁸

²⁷ La mayoría de los caciques de Castilla del oro tenían tratos de amistad con Balboa. La primera acción de Pedrarias fue enviar al sanguinario capitán Ayora contra los pueblos de Comogre, Pocosora y Tubanama logrando que los más leales amigos fueran sus primeras víctimas (Sauer 1984, 378). Fernández de Oviedo dice: "no bastaría papel ni tiempo a expresar enteramente lo que los capitanes hicieron para asolar los indios y robarles y destruir la tierra" (1992, III, 241).

²⁸ Años después, en 1519, Pedrarias escribirá al rey diciéndole que cuando se envíe gente a las Indias que sean pocos y no de golpe, porque si no "es destruir la tierra

Según cálculos de Fernández de Oviedo, a los seis meses de la llegada de la armada, los que regresaron a España, o huyeron a islas cercanas pobladas por españoles (en especial a Cuba) o murieron por enfermedad o en las cabalgadas, eran más numerosos que quienes estaban en Castilla del Oro bajo el mandato del gobernador Pedrarias Dávila (Fernández de Oviedo 1992, III, 236).

Se dice que el mismo Pedrarias estuvo en un momento dispuesto a abandonar su gobernación y regresar a España enfermo y derrotado, pero los vecinos se juntaron para impedirlo, por lo menos hasta ser sometido a un juicio de residencia y condenado por su nefasta gestión. Pero con todos sus achaques y depresiones, Pedrarias fue el diablo desatado en Castilla del Oro.

Cada año, en recuerdo de su “resurrección” después de una batalla en África donde lo creyeron muerto, se acostaba en un ataúd y celebraba sus funerales.

Según otros cálculos de Fernández de Oviedo, que vivió directamente el gobierno de Pedrarias desde su arribo a Castilla del Oro en 1514, por lo menos dos millones de indígenas fueron asesinados por complicidad o responsabilidad directa suya.

Todos los capitanes venidos con Pedrarias demostraron una crueldad inaudita en sus relaciones pacíficas o militares con los nativos. De sus cabalgadas o entradas, regresaban semanas, meses, a veces hasta después de un año de campaña, trayendo oro, esclavos herrados, y decenas de anécdotas sobre el número de indios ahorcados, lanceados o entregados a los perros.

De lo obtenido con estos abusos, se separaba el quinto de los reyes, y de lo que quedaba, una parte se repartía entre Pedrarias, los funcionarios de la Corona y los oficiales reales, y el resto, por escalafón, entre los participantes del saqueo, pero reservándose la parte más sustanciosa para el capitán, a quien había correspondido costear la expedición. (Alguno de estos sanguinarios capitanes regresó a España no inmensamente rico pero sí con una apreciable cantidad de oro en su equipaje).

El resultado de la armada enviada por Fernando, el Católico, a conquistar y colonizar Castilla del oro fue un absoluto fracaso. No encontra-

y morir se la mayor parte de los que vinieran como acaeció cuando vine con la armada y ha acaecido todas las otras veces que viene número de gente a estas partes” (Torres de Mendoza 1883, I, 40, 463).

ron el oro que debía recogerse en bateas, murió o huyó a España la mayoría de los dos mil viajeros, los veteranos soldados de las huestes europeas del gran capitán tuvieron que depredar en unas cacerías que recibían el vulgar nombre de *guasábara*, en donde debían enfrentarse a indios semidesnudos, sin formación militar y armados con arcos, flechas, piedras y palos. Y en verdad, además, la tierra era pobre y sin ningún futuro que justificara prestarle especial atención desde España.

De hecho, esta fue la última flota financiada y enviada por la corte española para conquistar y colonizar territorios de las Indias. De ahí en adelante, el aporte real se limitó a que los reyes autorizaran conquistas financiadas por inversores particulares y los propios participantes, recibiendo a cambio el quinto real de lo que obtuvieran y conservando el derecho a nombrar adelantados, gobernadores y burócratas que administraran la tierra. A partir de 1514, la corte española dedicó primordialmente su atención y su dinero a fletar armadas destinadas a encontrar el estrecho que comunicara los dos océanos y le permitiera llegar directamente al Oriente y a donde se producían las especias.

Como bien señala José Durand, “entre el descubrimiento de América y la conquista de México —la primera gran cultura indiana que se conocía— pasaron muchos años en los que España se mostró indiferente por las nuevas colonias” (1953, II, 7). La gran expedición a Castilla del Oro, formada y supervisada personalmente por el rey de España, no aportó nada que mejorara el interés y la posibilidad de provecho a partir de las Islas y la Tierra Firme de las Indias.

Un buen resumen de esta desolada experiencia en Tierra Firme lo proporciona Bernal Díaz del Castillo, quien apenas le fue posible escapó de Castilla del Oro, con permiso de Pedrarias, para buscar refugio en Cuba, donde vivía el gobernador Diego Velázquez:²⁹

En el año de 1514 salí de Castilla en compañía del gobernador Pedro Arias de Ávila, que en aquella sazón le dieron la gobernación de Tierra Firme; y viniendo por la mar con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos a Nombre de Dios; y en aquel tiempo hubo pestilencia, de la que se nos

²⁹ Pedrarias viendo que tanta gente moría de hambre o enfermedad, “dio licencia a algunos principales caballeros para que se volviesen a España, de los cuales vinieron a parar a la isla de Cuba una barcada con harta necesidad, donde les matamos bien el hambre” (Casas 1961, II, 317).

murieron muchos soldados, y además de esto, todos los más adolecimos, y se nos hacían unas malas llagas en las piernas; y también en aquel tiempo tuvo diferencias el mismo gobernador con un hidalgo que en aquella sazón estaba por capitán y había conquistado aquella provincia, que se decía Vasco Núñez de Balboa; hombre rico, con quien Pedro Arias de Ávila casó en aquel tiempo una su hija doncella con el mismo Balboa; y después que la hubo desposado, según pareció, y sobre sospechas que tuvo que el yerno se le quería alzar con copia de soldados por la Mar del Sur, por sentencia le mandó degollar.

Y después que vimos lo que dicho tengo y otras revueltas entre capitanes y soldados, y alcanzamos a saber que era nuevamente ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por gobernador un hidalgo que se decía Diego Velázquez, natural de Cuéllar; acordamos ciertos hidalgos y soldados, personas de calidad de los que habíamos venido con el Pedro Arias de Ávila, de demandarle licencia para irnos a la isla de Cuba, y él nos la dio de buena voluntad, porque no tenía necesidad de tantos soldados como los que trajo de Castilla, para hacer guerra, porque no había qué conquistar; que todo estaba de paz, porque el Vasco Núñez de Balboa, yerno de Pedro Arias de Ávila, lo había conquistado, y la tierra de suyo es muy corta y de poca gente.

Y desde que tuvimos la licencia, nos embarcamos en buen navío; y con buen tiempo, llegamos a la isla de Cuba, y fuimos a besar las manos del gobernador de ella, y nos mostró mucho amor y prometió que nos daría indios de los primeros que vacasen; y como se habían pasado ya tres años, así en lo que estuvimos en Tierra Firme como lo que estuvimos en la isla de Cuba aguardando a que nos depositase algunos indios, como nos había prometido, y no habíamos hecho cosa ninguna que de contar sea, acordamos de juntarnos ciento y diez compañeros de los que habíamos venido de Tierra Firme y de otros que en la isla de Cuba no tenían indios (Díaz del Castillo 1984b, I, 66-67).

Como ya expliqué, y es la tesis de este libro, solamente a partir de la llegada de Hernández de Córdoba a Yucatán en 1517 y de las dos armadas que originó (la de Grijalva y la de Cortés en los dos años siguientes), se revivió el interés de la corte real por las Indias y elevó el entusiasmo de los españoles hasta el punto de motivarlos a realizar lo que llamo “el segundo descubrimiento de América” y que logró, en menos de veinte años, destruir los dos imperios importantes del continente y apropiarse de casi todas las tierras que podían rendir algún beneficio pecuniario a los conquistadores y a la corona real mediante el trabajo esclavizado de los indígenas.

La expedición

La armada de Hernández de Córdoba

La fantasía comunitaria de Bernal Díaz del Castillo

A partir del momento en que Bernal Díaz del Castillo termina de contar su salida de Castilla del Oro y su llegada a Cuba, comienza a desvariar en todo lo referente a la expedición de Hernández de Córdoba, de la cual afirma haber formado parte, agregando, además, haber sido el único español participante en las tres expediciones a las tierras del actual México —la de Hernández de Córdoba, la de Grijalva y la de Cortés—, lo cual no es cierto, por lo menos en la calidad de ser “el único”,³⁰ pues en la lista de miembros de la expedición que registro, hay por lo menos siete viajeros participantes en las tres expediciones a las que se refiere Bernal.

Tres años sin hacer nada

Pero aparte de este infundado mérito, lo más destacable de su narración radica en el hecho que desde su llegada a América, tanto él como más de un centenar de sus compatriotas, estuvieron tres años matando el tiempo, es decir, sin hacer absolutamente nada de tomar en cuenta, mientras vivieron en Castilla del Oro y, luego, desde su traslado a Cuba.

³⁰ Esta pretensión de Bernal figura en el manuscrito llamado “Guatemala” y no en el manuscrito restablecido sobre la edición de 1632, llamado “Remón”. La edición de *Historia 16* (1984b) no lo incluye, sí la de la Real Academia española (2011), y en la edición crítica de Sáenz de Santamaría (1982) figura al lado del texto principal, en letra de cuerpo más pequeño, para poder realizar comparación entre los dos manuscritos.

De acuerdo a esta información, es fácil deducir que ni Díaz del Castillo ni sus más de cien compañeros se alistaron en alguna cabalgada decidida a encontrar oro o cazar y matar indios en Tierra Firme. Y si lo hicieron, quedaron tan escarmentados de la experiencia que ya no volvieron a repetirla.

La información tampoco nos indica en qué se ocuparon en Cuba estos españoles emigrados de Castilla del Oro en busca de una existencia más plácida y más de acuerdo con sus expectativas de lo esperado encontrar en América. Sólo sabemos de su esperanza en la entrega de tierras e indios por Diego Velázquez, tal como les había ofrecido al llegar, y que no se había cumplido.

Tres años esperando con las manos cruzadas el cumplimiento de un sueño común es mucho tiempo. El desengaño de Castilla del Oro no les sirvió de experiencia al vivirla de nuevo en Cuba. Además, los españoles, ya se sabe, consideraban deshonoroso trabajar manualmente, mucho más aún si se pensaban hidalgos, como manifestaba la mayoría de los recién llegados (y, conforme pasaban los años, más hidalgos todavía se sentían).

Por lógica debe concluirse que fueron unos años vividos a salto de mata, buscando alojamiento y comida gracias a frecuentar amistosamente a compatriotas con suerte y bien instalados en las distintas provincias de Cuba; también en ese tiempo se habrán visto obligados a cambiar sus últimas pertenencias —ropa, joyas, armas— para obtener algunos días de bonanza.

Es imposible suponer que, en esos años, estos españoles, justificados en su inmovilidad por la esperanza de la prometida encomienda de indios, y seguramente por no hallar actividades depredadoras sin peligro alguno, conformaran la parte valiosa y más aguerrida de los llegados con Pedrarias.

Lo acertado es considerarlos como un grupo de inútiles, buenos para nada, llenos de vanidades y aspiraciones fatuas, dispuestos, en el mejor de los casos, a ganarse unas eventuales y pocas monedas por alistarse en cómodas expediciones de caza de indios indefensos en las islas Luayas. Esa era la actividad más inmediata y acomodaticia para gente como ellos.³¹

³¹ Aunque me adelanto al decirlo, la caza de indios era para los españoles como un juego consistente en perseguir en las islas llamadas “inútiles” a unos indígenas indefen-

Los animosos descubridores

Pues bien, la historia contada por Bernal Díaz del Castillo es de un temple radicalmente distinto a lo demostrado por esta gente sin nada que hacer, y sin hacer nada durante tres años, en Castilla de Oro y en la isla de Cuba.

Para aceptarla, como hacen muchos historiadores, debemos imaginar que de pronto a estos españoles se les llena la cabeza de proyectos y de ideales —quieren ir a descubrir nuevas tierras, no a esclavizar indios—, los bolsillos se les llenan de dinero —organizar una expedición no sólo es caro sino que no se halla al alcance, en solitario, de cualquier rico encomendero—, el alma se les vuelve perseverante, atrevida y voluntariosa —están dispuestos a hacer todas las aburridas, largas y minuciosas gestiones implicadas en la organización de una armada, desde el permiso oficial del gobernador hasta la compra de los metros de sogas indispensables para cualquier emergencia o las necesarias chucherías para los famosos rescates con los indígenas, pasando por la adquisición en diversos pueblos de la isla de bastimentos, animales comestibles vivos, barriles de agua, y lo más difícil y caro: contratar pilotos y marineros, comprar o contratar naves adecuadas para el proyecto, etcétera.

El texto de Bernal Díaz del Castillo

En fin, dejemos al mismo cronista contarnos su historia de la sociedad de ciento diez españoles que eligen a un capitán rico, pero sin especial reputación en hechos de armas, para llevarlos a descubrir nuevas tierras.

Leamos con detalle cómo se armó la expedición dirigida por Francisco Hernández de Córdoba, preparación creída y repetida por los historiadores, lectores únicamente de los antecedentes de la conquista de

sos, apresarlos, llevarlos a las naves y venderlos en Cuba o entregarlos a quienes fletaron la expedición. No había necesidad de llevar armas (pues no existía defensa nativa) y tampoco estar vestidos militarmente para correr y agarrar a los futuros esclavos (es sabido que había españoles vestidos con ropa de los indios e incluso algunos sólo con taparrabos). La conclusión final era afirmar que eran indígenas rebeldes, capturados en “episodios guerreros”, para de esta manera justificar “la caza de indios” y mantenerse dentro de las autorizaciones dadas por la corona para esta actividad esclavizante.

Hernán Cortés, según fue contada por Bernal Díaz del Castillo, un viejo conquistador de México, más de medio siglo más tarde:

Acordamos juntarnos ciento y diez compañeros de los que habíamos venido de Tierra Firme y de otros que en la isla de Cuba no tenían indios, y concertamos con un hidalgo que se decía Francisco Hernández de Córdoba, que era hombre rico y tenía pueblos de indios en aquella isla, para que fuese nuestro capitán, y a nuestra ventura buscar y descubrir tierras nuevas, para en ellas emplear nuestras personas; y compramos tres navíos, los dos de buen porte, y el otro era un barco que hubimos del mismo gobernador Diego Velázquez, fiado, con condición que, primero nos le diese, nos habíamos de obligar, todos los soldados, que con aquellos tres navíos habíamos de ir a unas isletas que están entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de las Guanajas y que habíamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas para pagar con ellos el barco, para servirse dellos por esclavos.

Y desde que vimos los soldados que aquello que pedía el Diego Velázquez no era justo, le respondimos que lo que decía no lo mandaba Dios ni el rey, que hiciésemos a los libres esclavos. Y desde que vio nuestro intento, dijo que era bueno el propósito que llevábamos en querer descubrir tierras nuevas, mejor que no el suyo; y entonces nos ayudó con cosas de bastimento para nuestro viaje.

Y desde que nos vimos con tres navíos y matalotaje de pan cazabe, que se hace de unas raíces que llaman yucas, y compramos puercos, que nos costaban en aquel tiempo a tres pesos, porque en aquella sazón no había en la isla de Cuba vacas ni carneros, y con otros pobres mantenimientos, y con rescate de unas cuentas que entre todos los soldados compramos; y buscamos tres pilotos, que el más principal dellos y el que regía nuestra armada se llamaba Antón de Alaminos, natural de Palos, y el otro piloto se decía Camacho, de Triana, y el otro Juan Álvarez, el Manguillo, de Huelva; y así mismo recogimos los marineros que hubimos menester, y el mejor aparejo que pudimos de cables y maromas y anclas, y pipas de agua, y todas otras cosas convenientes para seguir nuestro viaje, y todo esto a nuestra costa y minción (Díaz del Castillo 1984b, I, 67-68).

Insistencia

Pues bien, deberé repetirme para aclarar bien el tema. Según cuenta Bernal Díaz del Castillo, de la noche a la mañana, después de tres años de

vagancia, ciento diez de estos vagabundos españoles³² radicados en la isla de Cuba, se ponen en acción y con un dinero supuestamente guardado, compran o contratan dos navíos, bastimentos, cerdos, matalotaje de yucas, menudencias para hacer rescates, pipas de agua, pobres mantenimientos, y además contratan a un piloto de la supuesta importancia de Antón de Alaminos, y con él a su navío con toda la tripulación recién llegada de España, más otra buena cantidad de marineros para la nave restante (y luego otros más para el bergantín cedido por Velázquez), sin olvidar, por supuesto, los aparejos de remplazo para las naves.

Seamos cautos, ciento diez inútiles,³³ y además pobres, no reaccionan de la noche a la mañana con ideas tan atrevidas e inversiones tan inseguras como la de ir a descubrir tierras nuevas por donde no han navegado los españoles ni Colón.

Es cierto que no se sienten tan atrevidos como para elegir a alguno de ellos como capitán de la expedición. Buscan apoyo en un hombre rico, con pueblo de indios en Cuba, a fin de que los dirija, los mande, pero no le piden dinero para armar la flota pues son ellos quienes lo tienen y lo emplean para su proyecto descubridor. A estas alturas de la historia de Bernal Díaz del Castillo, también debemos creer que este buen o mal

³² Ciertamente ésta es una denominación despectiva sobre los integrantes de la armada de Hernández de Córdoba, pero no sé qué otro calificativo dar a quienes, como indica con claridad Bernal, en Castilla del Oro no hicieron nada porque estaban enfermos, se alarmaron por el degüello de Vasco Núñez de Balboa y las revueltas entre los soldados y los capitanes y, además, le resultaban inútiles a Pedrarias, motivo por el cual obtuvieron su permiso para irse a Cuba, donde hasta la expedición de Hernández de Córdoba no hicieron en la isla “cosa ninguna que de contar sea”, y sólo estuvieron esperando que Velázquez les “depositase algunos indios” como les había prometido. Y esta gente no hacía trabajos manuales ni se ocupaba en nada que no tuviera cierto aire militar, como cazar indios, lo cual tampoco hicieron durante su estada en Tierra Firme ni en Cuba. Es un hecho objetivo que estuvieron tres años sin hacer nada. Ningún español lograba vivir en las Indias si no vendía o canjeaba todo lo que tenía y se apegaba a un compatriota bien situado. Esta es una verdad con todo el respaldo histórico necesario (sobre el no hacer nada: Díaz del Castillo 1984b, 66-67).

³³ Dudo que los ciento diez integrantes de la expedición fueran “soldados”. Mi opinión es que en esa cifra mencionada por Bernal estaban incluidos los marineros. Sin embargo, mantengo esta cantidad de españoles a lo largo de toda mi versión para no plantear problemas de lectura a los lectores especializados. Mi hipótesis la fundamento y la respaldo con fuentes históricas en el “Apéndice VI”, al enumerar los muertos según las fuentes más tempranas (gira alrededor de veinte y no de más de cincuenta).

hombre,³⁴ Francisco Hernández de Córdoba, rico, trabajador, empeñado en enriquecerse aún más, a consecuencia de esta petición de unos compatriotas, se llena de entusiasmo, adquiere fe ciega en el valor y perseverancia de esos ciento diez españoles, y se decide a dejar sus tierras y sus indios para dirigir la expedición en busca de nuevas tierras, a la buena de Dios.

Así no se hacían las cosas del descubrir y conquistar en esos años, ni tampoco después.



Francisco Hernández de Córdoba.

Si era el gobernador quien tenía las inquietudes de descubrimiento y conquista (como podría ser el caso de Diego Colón en la Española, pero no el de Velázquez en Cuba en 1517), era a él a quien correspondía nombrar al capitán, financiar la expedición, supervisarla y fijarle finalidades.

³⁴ De las Casas, como ya dije, consideraba a Hernández de Córdoba, su amigo, como un explotador de indios, a los “que les chupaba la sangre” (Casas 1961, II, 408).

Si bien se dieron en ese primer cuarto de siglo armadas financiadas por los reyes (Nicuesa y Ojeda, por ejemplo), y también iniciativas individuales y particulares de descubrimiento y conquista (los llamados “viajes menores”, contemporáneos a las dos últimas expediciones de Colón), lo más común era la formación de flotas con la finalidad de esclavizar indios o alcanzar rápidas riquezas sin tener otra aspiración que la de llenar las naves del material necesario para convertir el viaje en un buen negocio.

En la Española, hasta esos años, y aparte de las expediciones enviadas por Diego Colón, lo existente eran sociedades de dos o tres encomendados que fletaban o contrataban naves para que fueran a las islas próximas, e incluso hasta Tierra Firme, a cazar indios para traerlos como esclavos a trabajar en sus encomiendas y remplazar así a los nativos muertos de cansancio o suicidados por hartazgo vital. En la Española había varias sociedades dedicadas a este negocio. En Cuba era una actividad menos floreciente pero cada año resultaba más necesaria.

Además, hay otro punto digno de tomarse en cuenta. Nadie, desde las Indias o desde España, salió a descubrir pensando que Dios y la Virgen María los iba a conducir hasta tierras ricas y desconocidas.

Si Cuba, Puerto Rico, Veragua, las costas y las islas próximas del norte de Sudamérica, el Río de Solís (el Río de la Plata) se descubrieron y conquistaron, fue porque se recibieron noticias acerca de esas tierras, noticias, como todas sobre cualquier parte de las Indias, llenas de promesas de riquezas o de indios para esclavizar o materia natural para ser llevada a España y Europa. Y, aún más evidente, todas esas zonas (salvo la que va del Brasil hacia el sur) habían sido previamente recorridas por Colón y habían originado los consabidos rumores sobre la abundancia de oro.³⁵

Jamás salió un español a descubrir y conquistar de su base nativa o de cualquier lugar de las Indias sin tener información previa, cierta o falsa, sobre el lugar a donde debía dirigirse.

³⁵ No tengo clara mi opinión sobre la versión de que Colón llegó hasta “sus” Indias por haber recibido información del llamado “piloto anónimo”. Lo cierto es que Colón hizo sus cuatro viajes con la finalidad de descubrir —fue uno de los pocos que tuvo esas ansias; lo común fue conquistar pensando en el enriquecimiento personal—, y en especial, para hallar el estrecho o el lugar que permitiera pasar aquellas islas que le interrumpían el viaje hasta el Oriente (si es verdad, como se dice, que Colón nunca supo que había descubierto un continente y no unas islas).

Y, como ya se ha señalado, hasta 1517 los españoles carecieron —por decepción, por imposición de la realidad, por ineptitud, por miedo, por comodidad— de la inquietante curiosidad y el arrojo necesario para buscar en América otros espacios terrestres que no hubieran sido visitados antes por sus compatriotas.³⁶

La verdadera preparación de la expedición

Frente a la fantasiosa historia de Bernal Díaz del Castillo acerca de la formación de la expedición que llegaría hasta las costas de Yucatán, existe históricamente una versión contraria recogida de manera unánime por los historiadores primitivos y reflejada también en algunos de los juicios o relación de méritos en los que se hace referencia al viaje.³⁷

Los socios

La historia nos dice que tres españoles de Cuba, ricos, con tierras e indios, llamados Francisco Hernández de Córdoba, Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo decidieron en 1516 formar una sociedad para fletar una expedición para cazar indios en las islas de los lucayos.

Las Casas, sin motivo para creerlo o para descartarlo, registra que cada uno de los tres socios aportó a la sociedad entre 1 500 y 2 000 castellanos para que se llevara a cabo la preparación de la expedición.³⁸

³⁶ Las excepciones muy bien pueden ser las flotas salidas de España en busca del estrecho, financiadas por el rey, siendo la más destacada la de Juan Díaz de Solís, que llegó hasta el Río de la Plata, donde en 1516 fue muerto, descuartizado y comido por los indios ante la vista de su tripulación. Recién en 1520, Magallanes descubriría el estrecho que permite el paso del océano Atlántico al Pacífico, y que sigue llevando su nombre.

³⁷ En el “Apéndice I” incluyo un texto sobre este tema de los socios que armaron la expedición que llegó hasta Yucatán.

³⁸ En la probanza de méritos y servicios de Bernal Díaz del Castillo, de 1539, el testigo Martín Vázquez, participante de la expedición de Hernández de Córdoba, declara: “[Bernal Díaz del Castillo] vino a su costa y mención sin que por ello llevara sueldo ni salario alguno, como todos los demás que en la dicha compañía vinieron” (Díaz del Castillo 1539).

Existe la duda sobre la participación del gobernador Velázquez como socio de la expedición, por el hecho de haber aportado a la flota un bergantín de su propiedad. Este bergantín —se ignora si prestado, alquilado o dado como su participación en la sociedad— es el que origina la vacilación de si era o no el cuarto socio o sólo partícipe de utilidades en su condición de gobernador.

Hugh Thomas registra que Hernández de Córdoba convenció a los otros dos socios para que fueran con él como capitanes y compartieran los gastos. Esto no tiene ningún respaldo, aunque tampoco resulta inverosímil que los tres socios viajaran como capitanes en la expedición.³⁹

Lo que sí resulta cierto es que cuando se realizó la probanza por la llegada de Cristóbal de Tapia en 1522, se incluye en la primera pregunta si los testigos convocados conocieron a los tres socios, y se especifica que son: “difuntos, vecinos que fueron de la dicha Isla Fernandina”. (En la tercera pregunta se les vuelve a preguntar si saben que se concertaron para armar una expedición) (O’Gorman 1938, 184).

Los viajeros

La historia también nos dice que fue decisión particular de los socios nombrar capitán de la expedición a uno de ellos, Francisco Hernández de Córdoba.

Se agrega que los socios nombraron veedor a Bernardino Íñiguez de la Calzada, reclutaron a ciento diez españoles, contrataron para piloto mayor a Antón Alaminos, incluyendo su nave y la tripulación recién lle-

³⁹ Grunberg que ha analizado con detalle a los conquistadores de México, incluye en su lista a Hernández de Córdoba y a los que viajaron con él. No registra a Lope Ochoa de Caicedo y cuando se refiere a Cristóbal de Morante señala que no viajó en la expedición de la que fue socio, y que luego, en 1520, representó a los integrantes de la armada de Narváez que se opusieron en el puerto de Guanacuanico a las gestiones de Lucas Vázquez Ayllón para que no fueran contra Cortés (2001, 672). Según cuenta Bernal, en las sierras de San Martín, Narváez perdió un navío de poco porte —seguramente un bergantín— del que era “capitán un hidalgo que se decía Cristóbal de Morante, natural de Medina del Campo, y se ahogó cierta gente” (Díaz del Castillo 1984b, I, 395). Desde entonces, dice Grunberg, Morante no fue jamás citado, por lo que supone su muerte en ese año de 1520.

gados de España, más otra nave y aceptaron o contrataron el bergantín de Diego Velázquez.

Los socios contrataron a otros dos pilotos y más marineros; créase o no la veracidad del dato, Bernal registra los nombres de los dos nuevos pilotos: Camacho de Triana, y Juan Álvarez, el Manquillo, natural de Huelva, los cuales vuelven a figurar en el viaje de Juan de Grijalva y en el de Hernán Cortés de 1518 y 1519, respectivamente.

También Bernal agrega a la expedición un clérigo, Alonso González, dándole el dudoso papel de ser el que se apoderó de unas figurillas de oro mientras ellos luchaban contra los indígenas en la inexistente batalla de Cabo Catoche.⁴⁰

Cantidad de expedicionarios

Aquí, por precaución, conviene señalar la certeza de que fueron ciento diez los españoles integrantes de la expedición para cazar indios.

Seis de las ocho historias primitivas leídas concuerdan en el número de miembros de la expedición de Hernández de Córdoba. Las discrepancias son poco significativas: según la carta de los soldados se puede deducir que serían ciento cuatro y De las Casas, por su parte, señala que sólo fueron cien los españoles que viajaron.

Debe recordarse la costumbre de la época de no incluir en sus cuentas como miembros de la expedición a los marineros, que iban a sueldo y no guerreaban,⁴¹ ni a los indios llevados como sirvientes, ni a las mujeres, los negros y los perros, por más bravos y necesarios que fueran.

⁴⁰ Bernal, De las Casas y López de Gómara llaman a esta punta, Cotoche, lo cual tiene relación, según Bernal, con lo que decían los mayas: *con escotoch*.

⁴¹ Sobre la situación de los marineros en esta expedición, hago un análisis en el "Apéndice VI" al tratar a los muertos en Champotón. De acuerdo a lo dicho por Bernal, un buen número de ellos desembarcó con los "soldados" en Champotón y la mayoría resultó herida (Díaz del Castillo 1982, 78); supongo que también algunos muertos. Mi opinión, como ya dije unas notas antes, es que fueron ciento diez los españoles que viajaron con Hernández de Córdoba, pero contando también a los marineros y no sólo a los "soldados" como dice Bernal.

El escribano

En la “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522” (O’Gorman 1938), los conquistadores Ginés Martín, Pedro Prieto y Diego de Porras agregarán a la lista de viajeros a un escribano apellidado Morales, ante quien Hernández de Córdoba tomó posesión de la tierra descubierta en nombre de los reyes de España.

Y en esa misma probanza, Alaminos refuerza la presencia del escribano en la expedición, aunque sin dar el nombre; e igual, en otra probanza sobre el mismo asunto, los conquistadores Álvarez Chico, Vázquez de Tapia, Alvarado, Del Corral, Monjaraz, Sandoval y de Soto, declaran saber que Hernández de Córdoba tomó posesión de las tierras de Yucatán ante “escribano y testigos”.

Finalidad de la expedición

Se ha discutido —y no existe ninguna aseveración basada en documentos que apoye a alguno de los dos bandos— si la expedición de Francisco Hernández de Córdoba fue organizada con la finalidad de ir a cazar indios o con la estrambótica finalidad de ir a buscar tierras para descubrir.

Los historiadores primitivos se inclinan por uno u otro bando, pero algunos, como Fernández de Oviedo, por ejemplo, acepta primero una versión y luego agrega la otra, lo cual también, a su manera, hacen Cervantes, Gómara y De las Casas, quienes se curan en salud atribuyendo a la expedición ambas finalidades simultaneas.⁴²

La anécdota del cambio de planes

Sin embargo, para amenizar esta narración y dotarla de elementos tempranamente románticos en los que se involucra de paso a Cristóbal Colón, copiaré textualmente dos anécdotas, una recogida por De las Casas y otra

⁴² En el “Apéndice II” incluyo un texto sobre este tema de la finalidad de la expedición de Hernández de Córdoba.

por Cervantes de Salazar, las cuales a pesar de contar la misma historia atribuyen a un diferente protagonista el cambio de planes de la expedición.

Quiero destacar también que a pesar de lo contado en ellas, ambas mantienen como propósito inicial de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, la caza de indios.

Bartolomé de las Casas

La anécdota contada por De las Casas dice que:

estando allí [en Puerto Príncipe], dijo el piloto Alaminos al capitán Francisco Hernández que le parecía que por aquella mar del Poniente, abajo de la dicha isla de Cuba, le daba el corazón que había de haber tierra muy rica, porque cuando andaba con el Almirante viejo, siendo él muchacho, veía que el Almirante se inclinaba mucho a navegar hacia aquella parte, con esperanza grande que tenía que había de hallar tierra muy poblada y muy más rica que hasta allí, e que así lo afirmaba, y porque le faltaron los navíos no prosiguió aquel camino, y tornó, desde el cabo que puso nombre de Gracia de Dios, atrás a la provincia de Veragua.

Dicho esto, el Francisco Hernández, que era de buena esperanza y buen ánimo, asentándosele estas palabras, determinó de enviar por licencia a Diego Velázquez para que, puesto que iban a saltar indios y traerlos a aquella isla, que, si acaso de camino descubriesen alguna tierra nueva, fuese con su autoridad, como teniente de gobernador que allí gobernaba por el rey; el cual se la envió larga, como Francisco Hernández, que la pidió, deseaba.

La licencia venida, luego, sin más se tardar, como si con la misma licencia le enviara la llave de la puerta donde estuviera encerrada toda la tierra que había de hallar con toda certidumbre y hubiera de ir luego a ella a morar, embarca muchas ovejas y puercos y algunas yeguas, todo para comenzar a criar (1961, II, 402).

La imagen de la llave para abrir la puerta hacia las tierras desconocidas ya la había usado De las Casas al referirse a Colón y el descubrimiento de América. No deja de ser pintoresco el toque final donde figura el embarque de ovejas, puercos y ¡yeguas! para instalarse en la tierra que esperaban encontrar.

Lamentablemente, para la veracidad de la anécdota contada por De las Casas, el contexto donde figura es errado.

En su versión del viaje, Hernández de Córdoba no llegó a la falsa isla de Yucatán ni a isla Mujeres, sino a otra isla llamada Cozumel —llamada así por la mucha miel que en ella había—, y persistiendo en el error informativo, De las Casas, luego de una larga relación de las actividades en esa isla que recién descubrirá Grijalva al año siguiente, pasa a una ensenada, que quizá ya fuera en lo que se creía la isla de Yucatán, donde llegan a un pueblo grande que reúne las características, ampliadas, de lo que cuentan las otras crónicas sobre Campeche. De ahí la flota pasa a Cabo Catoche, donde sólo describe la vestimenta de la gente que ve, y de ahí, finalmente llega a Campeche donde se repite, de manera breve, la llegada, la sorpresa de los indígenas, el banquete carnívoro y la visita al templo (Casas 1961, II, 403-406).

Con este tan equivocado y falso contexto para la historia del cambio de planes, es imposible aceptar sin la menor duda la historia contada por De las Casas sobre los planes de Hernández de Córdoba de ir a descubrir y, también, sobre la licencia que le envía Velázquez autorizándole a ir a descubrir, “si acaso de camino descubriesen alguna isla” (Casas 1961, II, 402).

Debe también tenerse en cuenta la inexistencia de cualquier documento, por lo menos hasta ahora no se ha encontrado, que demuestre la presencia de Alaminos, como grumete o como paje, en el cuarto viaje de Colón, tal como asienta en la anécdota de De las Casas y, más abultadamente, en la expuesta por Cervantes. Es más, esta afirmación es un error pues no figura en los roles de ninguno de los cuatro viajes de Colón y él tampoco lo declaró en alguna probanza o se lo contó a alguien que tuviera interés en repetir un hecho tan importante, y la única prueba que existe es la fantasiosa anécdota contada por De las Casas y repetida de oídas, seguramente, por Cervantes.⁴³

Francisco Cervantes de Salazar

La anécdota contada por Cervantes, al fin y al cabo más literato que De las Casas, está ampliada y retocada, y atribuye al capitán de la expedición unos ambiciosos planes secretos, revelados al piloto sólo en alta mar:

⁴³ En el “Apéndice III” incluyo un texto sobre este tema de la participación de Alaminos en el cuarto viaje de Colón en su condición de grumete.

Estando ya en alta mar, declarando su pensamiento, que era otro del parecía, dijo al piloto: “No voy yo a buscar lucayos [indios de rescate], sino en demanda de alguna buena isla, para poblarla y ser Gobernador de ella; porque si la descubrimos, soy cierto que así por mis servicios como por el favor que tengo en Corte con mis deudos, que Rey me hará merced de la gobernación de ella; por eso, buscadla con cuidado que yo os lo gratificaré muy bien y os haré en todo ventajas entre los demás de nuestra compañía”.

Aceptando el piloto las promesas y ofrecimientos, anduvo más de cuarenta días arando la mar y no hallando cosa que le pareciese bien.

Una noche, al medio de ella, estando la carabela con bonanza, la mar sosegada, la luna clara, la gente durmiendo y el piloto envuelto en una bernea, oyó chapear unas marecitas en los costados de la carabela, en lo cual conoció estar cerca de tierra, y llamando luego al contramaestre, dijo que tomase la sonda y mirase si había fondo, el cual, como lo halló, dijo a voces: “Fondo, fondo”; tornando a preguntarle el piloto “en qué brazas”, respondió “en veinte”; le mandó el piloto que tornase a sondar, entendiendo por la respuesta que estaban cerca de tierra.

Muy alegre se fue el piloto al capitán Francisco Hernández, diciéndole: “Señor, albricias, porque estamos en la más rica tierra de las Indias”; preguntándole el capitán: “¿Cómo lo sabéis?”, respondió: “Porque, siendo yo paje-cillo de la nao en que el almirante Colón andaba en busca de esta tierra, yo hube un librito que traía, en que decía que, hallando por este rumbo fondo, en la manera que lo hemos hallado ahora hallaríamos grandes tierras muy pobladas y muy ricas, con suntuosos edificios de piedra en ellas, y este librito tengo yo en mi caja”.

Oyendo esto el capitán, teniendo por cierta la ventura que buscaba, dijo a voces: “Navega la vuelta de tierra, que, vista, saltaremos en ella, y si así fuere lo que decís, no habréis perdido nada y creeremos lo demás que estuviere escrito (Cervantes de Salazar 1985, 61-62).

Esta anécdota repite en sus líneas generales, la contada por De las Casas, sólo adornándola más, cambiando el promotor del cambio de planes —pasa de Alaminos a Hernández de Córdoba—, y una vez aceptado por el piloto los nuevos deseos, navegan durante cuarenta días a la buena de Dios sin hallar nada que le gustara, hasta que de pronto se encuentran frente “a la más rica tierra de las Indias”, según dice Alaminos, quien le cuenta al capitán cómo buscaba esta tierra el mismísimo Cristóbal Colón porque en ellas hallarían grandes poblaciones, grandes riquezas y suntuosos edificios de piedra.

Si uno puede dudar que Colón fuera tan clarividente sobre Yucatán y el imperio azteca, más habría de sorprender que Alaminos tuviera “un librito” de Colón en el que contaba lo probable de hallar en la zona donde navegaban.

Es sabido el rechazo de Colón para revelar sus planes, sus proyectos, sus deducciones y la costumbre de recoger al terminar un viaje, todo carteo, cálculo, ruta, trazadas por sus capitanes y marineros. Sabiendo esto, Alaminos sólo podía tener un librito con escritos de Colón si se lo robó en un descuido del almirante, lo cual es a todas luces improbable, y además lo escondió de tal manera que nadie sospechó durante el largo y desgraciado cuarto viaje de Colón, lo que había hurtado.

Además, teniendo esa información, es inaceptable que Alaminos guardara el librito de Colón durante doce años, sin revelárselo a nadie (ni siquiera a Ponce de León cuando, se dice, costearon Yucatán) y sin negociar la creación de una expedición a esos riquísimos lugares ya vislumbrados por el descubridor de las Indias.

Yucatán

La salida de la isla de Cuba

La fecha de salida

Curiosamente, y al contrario de lo que suele ser la información histórica, no se cuenta con datos ciertos sobre la fecha de la salida de Cuba de la armada de Hernández de Córdoba.⁴⁴

Hay unanimidad en los historiadores primitivos en señalar el año 1517 como el de la salida de la isla de Cuba.

Aunque De las Casas se atreve a señalar el mes de febrero como el del inicio del viaje, sólo Bernal Díaz del Castillo señala fechas precisas: fija el día 8 de febrero como el de la salida del puerto de La Habana e indica que doce días más tarde doblaron el Cabo San Antón y salieron a mar abierto; a partir de estas fechas es posible considerar la salida de la isla de Cuba el 20 o el 21 de febrero (Díaz del Castillo 1984b, I, 68-69).

Finalidad de la expedición

Al tratar este tema, se vuelve a crear otra gran confusión. La causa sin duda alguna parte de la finalidad que llevaba la expedición.⁴⁵

⁴⁴ Esta falta de documentación oficial sobre la salida de una flota desde Cuba con la finalidad de descubrir, podría utilizarse como un nuevo argumento a favor de la idea de que la expedición de Hernández de Córdoba era un viaje de rutina para cazar indios, el cual no justificaba atención especial después de que Velázquez lo hubiera autorizado oralmente e incluso apoyado dando el bergantín.

⁴⁵ En el "Apéndice II" incluyo un texto sobre este tema de la finalidad de la expedición de Hernández de Córdoba.

Si la finalidad era cazar indios, su ruta estaba predeterminada y tanto los armadores como los pilotos sabían el tiempo de navegación para llegar a la isla adonde iban.

Si la razón era ir a descubrir, el tiempo del viaje era una moneda en el aire.

Y, en cualquiera de los dos casos, si tenían tormenta o malas corrientes, la indecisión era mayor.

Llegada a las costas de Yucatán

Duración del viaje

Ni la carta de los soldados de Cortés ni Gómara dicen los días de navegación empleados por la expedición para llegar a Yucatán desde que salieron de Cuba.

La información con que se cuenta va de los cuarenta días señalados por Cervantes de Salazar, a los veintiuno registrados por Bernal, los seis días indicados por Mártir, Fernández de Oviedo y Ginés, y a los cortísimos cuatro días estimados por De las Casas.

Y lo más cierto parece ser que una tempestad los desvió hacia las costas de Yucatán cuando navegaban con rumbo a una isla de lucayos. En realidad, aun en esos años, era más que probable que dos días fueran suficientes para llegar del Cabo San Antón, en Cuba, hasta a una punta de Yucatán, si se contaba con buen tiempo.

Las fechas

Evidentemente, Bernal Díaz del Castillo crea su propia confusión sobre la llegada a las costas de Yucatán.

Para él, abandonada la isla de Cuba, la navegación enrumbó hacia donde se pone el sol, sin tener la menor idea de los bajos, corrientes y vientos que pudiera haber en esas zonas, “con grandes riesgos de nuestras personas”.

De pronto una tormenta se les vino encima, y durante dos días “con sus noches” las naves estuvieron a punto de naufragar.

Pasado este susto y con el mar abonanzado, la armada navegó veintiún días hasta ver tierra, una tierra “que jamás se había descubierto ni había noticia de ella hasta entonces”.

Con esta información, digamos —siguiendo las fechas de Díaz del Castillo, las únicas registradas—: la armada de Francisco Hernández de Córdoba llegó a las costas de Yucatán el 13 o 14 de marzo (8 de febrero + 12 días a San Antón + 21 días desde la salida de Cuba = 33 días). Pero si se toma en cuenta sólo la fecha de la salida del puerto de La Habana (8 de febrero) y se ignoran los otros días que registra, pero se acepta que el día 4 de marzo llegaron hasta la nave cinco canoas grandes llenas de indios naturales del Gran Cairo (Cabo Catoche), y los navegantes —supongamos— habían llegado hasta ahí el día anterior y estaban acordando enviar el bergantín o un batel para acercarse a la costa y comprobar si las naves podían anclar junto a ella (Díaz del Castillo 1984b, I, 69), la navegación de Cuba a la costa de Yucatán duró sólo 23 días. Con estas dos cuentas, las únicas que se tienen, la verdad es que nunca sabremos cuántos días se demoró la flota en llegar a Yucatán, aunque lo más aconsejable es creer que fue en los primeros días de marzo de 1517.

La primera parada

La primera pregunta es: ¿a dónde llegaron, totalmente perdidos, los expedicionarios españoles?

Tampoco contamos con una certera respuesta; al menos siete de las ocho historias primitivas nos dan respuestas diferentes.⁴⁶

Sin embargo, es posible señalar dos puntos esenciales en este momento: llegaron a un lugar, lo más probable a una punta, de lo que se puede llamar la tierra firme de Yucatán, donde se detuvieron, y de ahí, casi de inmediato, continuaron su navegación hasta llegar a Campeche, donde desembarcaron y estuvieron varios días conviviendo con los mayas en ese pueblo costero, magníficamente atendidos por el jefe, bautizado con el nombre de Lázaro.

⁴⁶ En el “Apéndice III” incluyo un texto sobre este tema del primer desembarco de los tripulantes de la expedición de Hernández de Córdoba.

Lo sucedido entre esos dos puntos sólo lo podemos ir deduciendo de los testimonios recogidos por los historiadores primitivos y algunos datos más de lo escrito sobre los dos viajes posteriores, el de Grijalva y el de Cortés, pero sin tener información uniforme y directa capaz de garantizar la absoluta veracidad de nuestras conclusiones.

Si se analizan las historias primitivas para esclarecer algún probable punto de llegada, de inmediato debemos desechar la versión de De las Casas, pues arma una larga historia sobre una inexistente llegada a la isla de Cozumel, de donde pasan a Cabo Catoche y de ahí a Campeche.

Dos de las tres versiones recogidas por Cervantes de Salazar deberán ser descartadas, pues en ellas se registra una llegada directa a Campeche sin parada previa.⁴⁷

También deberán eliminarse por amplias y poco esclarecedoras, la crónica de Fernández de Oviedo y la de Ginés, pues en ambas se afirma la llegada a la provincia de Yucatán, sin precisar el lugar (aunque se sobreentienda que la llegada no es a una isla).

Igual descarte merece la crónica de Mártir, pues señala como lugar de llegada Eccampi, entrada a unas amplísimas tierras; pero se ignora de dónde fue a sacar ese nombre el cura italiano radicado en la corte española. (En el mejor de los casos, podría tratarse de una deformación del nombre de la región maya de Ecab, pero eso ya es mucho suponer.)

También son datos a considerar, que los registros de Fernández de Oviedo, Ginés y Mártir mencionan “provincia” y “amplísimas tierras”, lo cual no son características que se puedan atribuir a Isla Mujeres, al fin y al cabo una pequeña isla frente a las costas de Yucatán.

Después de estas eliminaciones, nos queda la versión de la carta de los soldados de Cortés, la de Gómara, la segunda de Cervantes (un seguimiento fiel de Gómara), más la de Bernal.

Todas ellas concuerdan con la llegada a *una punta*. Punta de Yucatán, en la carta de los soldados, lo cual es muy amplio para servir de referencia, pero significa, en cualquier caso, Tierra Firme. Gómara y Cervantes dicen Punta Mujeres, y Bernal, Gran Cairo (Cabo Catoche).

⁴⁷ Extrañamente, un estudioso de la categoría de Juan Gil también la pifia por seguir los disparates de Cervantes de Salazar y registra que Hernández de Córdoba llegó a Cozumel, no pudo desembarcar y siguió hasta Campeche, donde al fin logró saltar a tierra (Gil 1989, II, 69).

Antes de seguir adelante, ha de tenerse en cuenta que salvo la carta de los soldados y la versión de Mártir, las crónicas fueron escritas bastantes años después de sucedidos los hechos.

El imperio azteca se llamaba Nueva España. Los lugares por donde pasaron, se detuvieron y exploraron los españoles ya se encontraban señalados en las cartas de marear con sus nuevos nombres castellanos.

Ninguno de los historiadores primitivos afirma que Yucatán es una isla, como estaba convencido Alaminos al realizar sus costeos, ni se señala a Punta Mujeres o Cabo Catoche como islotes separados de la tierra firme de Yucatán.

Y si los historiadores —al menos los que siguen a Bernal— dicen Gran Cairo en lugar de Cabo Catoche —como es en verdad el nombre según aclarará el mismo Bernal líneas después—,⁴⁸ es porque leen mal y porque olvidan la probable influencia de Pedro Mártir de Anglería en Bernal, hasta el grado de hacerle escribir esa patraña al designar el nombre del punto de arribo, e incluso un historiador como Thomas se explaya describiendo la estada en el Gran Cairo, llenándola de comentarios y hallazgos, y lo sitúa como un paso siguiente a la llegada a Isla Mujeres y a Cabo Catoche.⁴⁹

Francisco Cervantes de Salazar y la memoria

Los disparates recogidos por Cervantes de Salazar sobre los primeros lugares de arribo de la expedición de Hernández de Córdoba —directo a Campeche o a Cozumel sin poder desembarcar—, son un buen ejemplo de la fragilidad de la memoria, tanto la individual como la colectiva, sobre todo en acontecimientos opacados, minimizados por nuevos hechos de mayor importancia y consecuencias.⁵⁰

Frente al viaje de Grijalva, la primera llegada a Yucatán empalidece; el de Grijalva, comparado a la hazaña de Cortés, es casi un mínimo suceso secundario en la historia de la conquista de México, y a nadie le interesa

⁴⁸ En el “Apéndice IV” incluyó un texto sobre este tema del nombre de Gran Cairo.

⁴⁹ Mártir dice: “un pueblo situado en el litoral y tan grande, que los nuestros le llamaron Cairo, en recuerdo de la capital egipcia” (1964, 398).

⁵⁰ Sobre este tema se podría escribir mucho. Otro ejemplo en este viaje es la distorsión total en la inexistente llegada de Hernández de Córdoba a Cozumel, en la que De las Casas confunde todo y mezcla datos sobre el viaje.

que lo escrito sobre estos dos viajes precursores esté lleno de imprecisiones o contradicciones por acogerse a una única fuente para narrar lo sucedido en un hecho histórico que en verdad no les parece recordable (ya en el siglo xvi sucedían también estos dislates).

De hecho, de las tres versiones recogidas por Cervantes treinta y cinco años después del viaje de Hernández de Córdoba, la única a tomar en cuenta sobre el punto de llegada y sobre todo el viaje, es la segunda, aquella en la que sigue casi al pie de la letra lo escrito por Gómara. Las dos restantes, son totalmente descartables, sea por interrogar a quien no debía o por repetir sin contrastar información equivocada.

Antes de llegar a Campeche

Por lo que han contado los historiadores primitivos y Bernal Díaz del Castillo, la armada de Francisco Hernández de Córdoba llegó a las costas de Yucatán, no a una isla próxima como podría ser Isla Mujeres, según el registro del obispo de Yucatán, Diego de Landa, al consignar las dos versiones referentes a la finalidad del viaje (Landa 1982, 44).

También sabemos que desde la punta de Tierra Firme adonde llegaron y después de desembarcar en Cabo Catoche, siguieron viaje, costeano, hasta arribar a Campeche. Estas son afirmaciones seguras de hacer. Lo sucedido entre esos puntos resulta confuso.

Según la carta de los soldados, Mártir, Fernández de Oviedo, Ginés y Bernal, desde el lugar de arribo los expedicionarios navegaron hasta llegar a Campeche.

Gómara, seguido al pie de la letra en la segunda versión de Cervantes, registra las etapas de Punta Mujeres, luego Punta Catoche, después costeo por Yucatán y desembarcó en Campeche.

La historia de De las Casas y las dos versiones señaladas por Cervantes son descartables para el primer punto de llegada, aunque después de Cozumel, De las Casas describa la expedición en Cabo Catoche y desde ahí continúe con la llegada a Campeche, pero dándoles a sus descripciones mucha menor importancia que a lo erróneamente descrito como sucedido en la isla de Cozumel. Salvo el señalamiento equivocado de estas tres crónicas, cualquiera de las versiones existentes es posible de aceptar.

Yo me inclino a creer que el primer punto de llegada fue Punta Mujeres (no Isla Mujeres como han aceptado los historiadores posteriores siguiendo a Landa), un minúsculo pueblo salinero, quizá desierto, donde hallaron un pequeño adoratorio maya con figurillas de diosas en oro; de ahí seguramente vieron en la punta siguiente un pueblo grande, lo cual motivó el traslado hasta él: era el pueblo llamado Cairo por Mártir, nombre repetido por Bernal Díaz del Castillo en su crónica, agregando el adjetivo Gran.

Este Gran Cairo es en realidad el llamado Cabo Catoche, como lo nombrará líneas después el mismo Bernal Díaz del Castillo.⁵¹ Era también un pequeño poblado salinero con algunas viviendas construidas con base de piedra y techo de paja, un adoratorio, una minúscula pirámide, pocos hombres, mujeres y niños vestidos, quienes verían asombrados cómo aparecían esas extrañas naves por el mar y luego cómo desembarcaba de ellas una gente tan extraña de presencia, ropaje e idioma. Fue un encuentro digno de asombro para los españoles por las nuevas cosas que hallaron en las Indias después de conocer la vida tan simple y rústica de los habitantes de las islas del Caribe y de Tierra Firme.

Desde ahí siguieron costeano hasta llegar a Campeche, sin enfrentar problemas, quizá hasta sin tener contacto con alguna población nativa, en caso de que la hubiera.⁵²

Entre Punta Mujeres y Campeche

Entre esto lugares, Punta Mujeres, el intermedio más significativo de Cabo Catoche, y la llegada a Campeche, es posible situar, aunque sean

⁵¹ En el "Apéndice V" incluye un texto sobre este tema del nombre de Gran Cairo.

⁵² Tal como se lee, mi opinión es que el itinerario de la expedición de Hernández de Córdoba a Yucatán sólo comprende Punta Mujeres, Cabo Catoche (Gran Cairo), Campeche, Champotón y regreso a Cuba; tengo muchas dudas sobre el desvío a Florida para volver a la isla, ya que el único que lo dice es Bernal (y quienes lo siguen) y, además, ni el mismo Alaminos lo indica cuando declara sobre el viaje de Hernández de Córdoba en la "Probanza sobre la llegada de Cristóbal de Tapia en 1522", limitándose a decir que en Champotón "lo desbarataron y se volvieron a la dicha isla de Cuba", olvidándose del desvío a Florida donde fue gravemente herido en la garganta por los indígenas, según cuenta Bernal (Díaz del Castillo 1984b, I, 81).

discrepantes, todo lo narrado por la historia: pescadores mayas, gente vestida, adornos de oro, construcciones de piedra, templos, pirámides, pueblos, temor español ante lo que veían (pero no la batalla en Cabo Catoche contada por Bernal).

Para respaldar esta creencia o hipótesis, se ha de tener en cuenta que tanto Punta Mujeres como Cabo Catoche son mencionados como referencias geográficas por las crónicas e historias primitivas sobre los viajes de Grijalva (1518) y de Cortés (1519).

Y mi creencia de que ambos pueblos, los situados en las dos puntas de Yucatán, eran pueblos salineros pequeños, se basa en el hecho de que las dos expediciones siguientes las tocaron o pasaron frente a ellas, sin el menor interés en desembarcar, y no me extrañaría que Punta Mujeres sólo fuera un lugar donde había uno de esos comunes adoratorios costeros mayas, que dio la casualidad de tener unas figurillas de oro de diosas, pero en el que no había ningún pueblo o gente de paso.

Es posible asegurar que de haber sido pueblos grandes, importantes, con alguna riqueza, la gente de Grijalva y la de Cortés hubiera querido conocerlos y realizar rescates, pero ya los capitanes y sus tripulaciones sabían que ninguno de los dos lugares poseía algún valor como para perder el tiempo desembarcando en ellos, y que lo más pertinente era buscar al cacique Lázaro y a su importante pueblo, lo que hicieron sin dudar mucho (aunque nunca lo encontraron).⁵³

Batalla de Catoche

Y, por último, de haber existido la batalla de Catoche, contada únicamente por Bernal Díaz del Castillo, donde al menos quince españoles salieron heridos, el deseo de venganza de los nuevos expedicionarios de Grijalva y Cortés por lo menos habría sido mencionado al pasar frente a las costas del Cabo, tal como hicieron al llegar a Champotón.⁵⁴

⁵³ Bernal cuenta que Aguilar le dijo a Cortés que los pueblos mayas tenían oro, pero poco, y que si quería los guiaba, pero Cortés, riendo, le dijo que “no venía por tan pocas cosas, sino para a servir a Dios y al rey” (Díaz del Castillo 1984b, I, 138).

⁵⁴ Durante la inexistente batalla de Cabo Catoche, Bernal dice que mientras ellos peleaban, el cura González, “con dos indios de Cuba, se cargó de las arquillas, el oro y los

El nombre de Yucatán

Digno de mención en esta parte del viaje de Hernández de Córdoba es el origen del nombre de Yucatán. El capitán español bautizó la tierra recién descubierta como Santa María de los Remedios, inservible siquiera como referencia durante el viaje de Grijalva al año siguiente.

La versión más difundida sobre la razón por la cual los españoles llamaron Yucatán a la tierra donde arribaron, fue

porque los dichos primeros descubridores, como llegasen allá preguntasen a los indios naturales de la dicha tierra que cómo se llamaba aquella tierra, y los indios no entendiendo lo que les preguntaban, respondían en su lenguaje y decían “Yucatán, Yucatán”, que quiere decir “no entiendo, no entiendo”: así los españoles descubridores pensaron que los indios respondían “se llama Yucatán”, y de esta manera se quedó impropriadamente a aquella tierra este nombre de Yucatán (Cortés 1988, 40).

Pedro Mártir, Gómara y una carta de Cervantes dan esta misma versión, sólo que los dos últimos haciendo derivar el nombre de la pronunciación Tectetán.

Frente a esta anécdota sobre el nombre de Yucatán, que quedó para siempre esta forma de nombrar la península mexicana, Bernal se burlaba afirmando no haberlo escuchado de los indígenas, y cuando se encontró por primera vez con Velázquez al regresar del viaje, al ser invitado por el gobernador a enrolarse de nuevo para regresar a Yucatán, riendo le preguntó que quién le había puesto el nombre de Yucatán, y Velázquez le contestó: “Melchorejo, el que trajiste, lo dice” (Díaz del Castillo 1984b, I, 85).

Esta opinión sobre la invención del nombre de Yucatán por los españoles, además de ser probablemente cierta, fue compartida por otros integrantes de la expedición, pero dijeron haberla oído “a un indígena que viajaba con Hernández de Córdoba”.⁵⁵

ídolos y los llevó al navío”. También es durante esa batalla cuando registra la captura de los dos indígenas yucatecos para que sirvan de lenguas (Díaz del Castillo 1984b, I, 71).

⁵⁵ En la probanza sobre la llegada de Cristóbal de Tapia, en la tercera pregunta se dice: “se descubrió cierta tierra... la cual él [Hernández de Córdoba] creyó que se llamaba Yucatán, aunque hasta ahora no se ha tenido ni se tiene noticia de tal nombre”.

Los dos indígenas mayas

Todo lleva a indicar que los dos indígenas mayas capturados en Yucatán eran pescadores de Punta Catoche. Ambos fueron bautizados, a uno se le llamó Julián (Julianillo) y al otro, Melchor (Melchorejo).

Como ya he indicado, se les atribuye haber dicho que la tierra descubierta se llamaba Yucatán, que había minas de oro y que en los pueblos mayas estaban varios españoles viviendo con ellos. Julián viajó con Grijalva⁵⁶ y Melchor acompañó a Cortés, aprovechando para huir cuando llegaron a Tabasco. Ninguno de los dos mereció buenos comentarios de quienes los utilizaron de lenguas.⁵⁷

Temor ante el descubrimiento de Yucatán

Fernández de Oviedo señala que desde los primeros contactos con los mayas hubo cierto temor de seguir costeano por la dimensión de la civilización posible de descubrir. La falta de preparación de la armada para la tarea y la poca cantidad de españoles para enfrentarse a una civilización más evolucionada, les hacía dudar de sus fuerzas (Fernández de Oviedo 1992, II, 114).

Al parecer se pensó, incluso, en dar la media vuelta y emprender el regreso a Cuba para informar sobre lo hallado y, sin duda, preparar una

La respuesta de no haber escuchado que la tierra se llamaba Yucatán fue mayoritaria, incluyendo, por supuesto a Alaminos, y atribuyéndolo haberlo dicho, a un indio o a unos indios que estaban con Hernández de Córdoba.

⁵⁶ Bernal Díaz del Castillo, al comenzar a narrar el viaje de Cortés, dice que Julián ya había muerto en 1519 (Díaz del Castillo 1984b, I, 127), en cambio, Fernández de Oviedo registra que el 16 de julio de 1518, en el río o puerto de San Antón, se supo que Julián, acompañado de otro indígena capturado, bautizado Pedro Barba, había huido de los españoles durante la expedición de Grijalva (Fernández de Oviedo 1992, II, 142).

⁵⁷ Desde la llegada a Cozumel, Grijalva duda de Melchorejo y Juanillo y prefiere utilizar a una india jamaíquina, que acaba de encontrar en Cozumel, para que vaya como mensajera a llamar a los indios y a los caciques que habían abandonado el pueblo (Díaz del Castillo 1984b, I, 89). Este hecho también lo cuenta Fernández de Oviedo, aunque la realidad es que sólo viajó un lengua con Grijalva, Juanillo, y no los dos capturados por Hernández de Córdoba.

armada más poderosa para continuar descubriendo. Evidentemente, estaban ante pueblos muy diferentes y mucho más adelantados que cualquiera de los encontrados hasta entonces en el Caribe y en las costas de Tierra Firme. Pero les ganó la curiosidad, la esperanza de encontrar oro en mayores cantidades y, sin duda, el sentimiento de no tener nada que perder por continuar costearlo.

Poblar en Yucatán

Lo seguro es que a Hernández de Córdoba en ningún momento le pasó por la cabeza la posibilidad de poblar en cualquier punto de Yucatán; su única finalidad fue costear, hacerse una idea de la dimensión y la riqueza de lo descubierto y regresar a Cuba para buscar apoyo y licencias para conquistar y poblar las nuevas tierras.

Campeche

Después de tocar dos puntos de la costa yucateca, Punta Mujeres y Punta o Cabo Catoche, la armada de Francisco Hernández de Córdoba decidió continuar navegando por las costas de las tierras recién descubiertas.

El nombre de Lázaro

Según Bernal Díaz del Castillo, después de quince días de costear, y según Mártir, ciento diez leguas más tarde de la salida de Cabo Catoche, arribaron a un pueblo grande, cuyo nombre indígena era Campeche, bautizado San Lázaro por los españoles por haber llegado un domingo, día correspondiente a tal santo cristiano.

Como se sabe, era costumbre de los españoles ir poniendo nuevos nombres a los lugares donde llegaban en remplazo de los indígenas, pues les costaba repetir la pronunciación, y también lo acostumbrado era elegirlos del santoral.

Aceptando este punto de vista, el nombre de Lázaro debió de corresponder al lugar, tal como registran el mayor número de historias: sin embargo, aunque así se presume, lo cierto es que al año siguiente, durante el viaje de Grijalva, lo buscado por los nuevos expedicionarios era “el cacique o señor Lázaro, el cual era un cacique que hizo mucha honra a Francisco Hernández, capitán de la otra armada” (Díaz 1988, 43).

Las naves en Campeche

Hay diversas versiones sobre la llegada de las tres naves españolas a las costas de Campeche.

Lo cierto parece ser que el cacique recibió con amabilidad y admiración a los extraños viajeros.

Las naves deslumbraron a todos los habitantes reunidos en la costa para verlas, y los españoles aprovecharon la ocasión para realizar una demostración de sus virtudes haciendo disparos con los que asustaban a los espectadores por su ruido y olor.

Después desembarcaron, o quizá lo hicieron antes, mientras las lombardas retumbaban como una demostración de poderío o de fuegos artificiales, simulando rayos y truenos.

Desembarco en Campeche

Unas historias registran la bajada de un pequeño grupo encabezado por el capitán; Bernal, en cambio, registra el desembarco de los ciento diez españoles; es decir de todos los viajeros, menos los marineros que, por costumbre y protección, permanecían en las naves esperando el regreso de los expedicionarios.

Pueblo de Campeche

Campeche, según las descripciones, era un pueblo grande, y algunos historiadores (Mártir, Fernández de Oviedo, Ginés) registran cerca de tres mil casas, las cuales, quizás, se deben imaginar construidas con paredes de piedra y techo de paja, y se tendrá que agregar un templo, tal vez alguna pirámide pequeña, y al menos un par de adoratorios cercanos.

Esto da la imagen de un pueblo grande, tal vez demasiado grande e importante para la zona costera maya. Tres mil casas llevan a estimar la población en un mínimo de quince mil habitantes, probablemente más. ¡Difícil de creer!

El banquete maya

Las historias de la estadía en Campeche de la armada de Hernández de Córdoba registran dos hechos capitales: un banquete de recepción y la visita al templo del pueblo.

Si bien es cierto que ni los soldados de Cortés ni Bernal lo recuerdan, y a Cervantes no se lo cuentan, las otras cinco crónicas se engolosinan enumerando los diversos platos del banquete ofrecido por los mayas para agasajar a los extraños visitantes. Dado lo pintoresco del menú, quizá sea divertido reproducir las cinco versiones consignadas en las crónicas:

Servirles... pavos, aves no sólo cebadas, sino montaraces de los bosques y acuáticas, perdices, codornices, tórtolas, ánades, patos, cuadrúpedos salvajes, como jabalíes, ciervos, liebres, y, además, lobos, leones y tigres (Mártir 1964, 401).

Les trajeron de comer muchas y muy buenas aves, que son no menores que pavos y no de menos buen sabor, y otras aves, así como codornices, y tórtolas y ánades, y ánsares, y ciervos, y liebres, y otros animales (Fernández de Oviedo 1992, II, 114).

Les dieron perdices, tórtolas, ánades y gallipavos, liebres, ciervos y otros animales de comer mucho pan de maíz y frutas (López de Gómara 1985, 88).

Les sirvieron carne de aves parecidas a nuestros pavos reales, codornices, ánades, gansos, liebres, ciervos y otras aves y animales (Ginés de Sepúlveda 1996, 83).

Les trajeron mucho de su pan de maíz, mucha carne de venados, muchas liebres, perdices, tórtolas, gallinas muchas de las de papada, no menos y quizá más excelente que pavos, frutas y otras cosas de las que ellos tenían y podían traer para en todo agradarles (Casas 1961, II, 406).

No puede dudarse: fue un banquete de muchos platos, aunque monótono por el mayoritario predominio de carnes de dieciséis tipos diferentes de animales terrestres (incluyendo sinónimos). Es de notar que no se sirve algún tipo de pez, ni se mencionan verduras, pero sí el pan de maíz (tortillas, sin duda), y tampoco se enlistan bebidas. Y para concluir, cómo no, una variedad de frutos de la zona.

No debe extrañar que Mártir, el primero en recibir información en Europa de este banquete, mediante los enviados de Cortés a la corte española, sea quien más se aventura en enumerar las carnes, y ya en plan exótico, enlista cuadrúpedos salvajes, concluyendo con lobos, leones, tigres.

Los demás historiadores, más enterados de los animales de los contornos, bajan las exageraciones del agasajo buscando mantenerse en ámbitos más creíbles, aunque sus variedades de carnes no son nada despreciables.

Como toque anecdótico, debe resaltarse la presencia en las listas de un ave, comparada con las gallinas de papada y con los pavos reales europeos: el guajolote mexicano, el famoso pavo navideño, el cual se agregará con orgullo a los aportes americanos a la cultura culinaria occidental.

Templo de Campeche

Una vez concluido el banquete, después de un reparador descanso digestivo, donde buscarían informarse a través de signos y gestos —y no debe descartarse la seducción de mujeres nativas—, los mayas invitaron a los españoles —no eran ciento diez, sin duda alguna— a visitar el pueblo y la atracción principal o el lugar más importante de Campeche: el templo donde adoraban a sus dioses.

Si ya de por sí estaban muy asombrados de las casas de cal y canto, de los mayas vestidos y llevando pequeños adornos de oro colgándoles de diversas partes del cuerpo, si a cada paso confirmaban hallarse entre gente más civilizada que la conocida en Tierra Firme y en Cuba, el punto máximo debió ser la llegada al templo de Campeche y horrorizarse de las imágenes de los dioses.

Nuevamente convendrá recurrir a Bernal y a las versiones recogidas por los historiadores primitivos para hacernos una clara idea de lo que vieron y del significado que tuvo para ellos:

Los condujeron con regio acompañamiento a una ancha encrucijada, sita a un lado del pueblo, donde les mostraron una plataforma cuadrada, marmórea, levantada sobre cuatro escalones, en parte con betún resistente y en parte con piedrecillas, sobre la misma aparecía esculpida la estatua de un hombre,

y pegados a ella dos animales desconocidos, que como perros rabiosos parecían querer devorar las entrañas de mármol de la efigie. Una serpiente, formada de betún y piedrecillas, de 47 pies de largo y tan gorda como un buey grande, se mostraba junto al simulacro, en actitud de devorar a un león marmóreo, y cubierta de fresca sangre. Cerca había tres palos clavados en el suelo, atravesados por otros tres que se apoyaban sobre piedras. Reservan este lugar para castigar a los condenados, y en señal de ello vieron innumerables flechas ensangrentadas y rotas, y huesos de muertos tirados al corral vecino (Mártir 1964, 401-402).

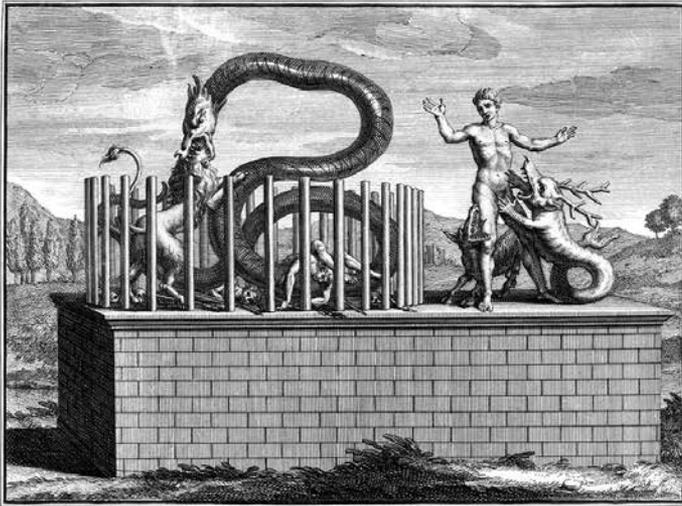


Imagen del templo maya según un grabado francés de 1723 (B. Picart).

Aquí había un torrejoncillo de piedra cuadrado y gradado, en lo alto del cual estaba un ídolo con dos fieros animales a las ijadas, como que le comían, y una sierpe de 47 pies de larga, y gorda cuanto un buey, hecha de piedra como el ídolo, que tragaba un león; estaba todo lleno de sangre de hombres sacrificados, según usanza de todas aquellas tierras (López de Gómara, 1985, 88).

En este pueblo vieron una torre o como torre, cuadrada, de cantería hecha y blanqueada, con sus gradas; debía ser su templo por lo que después se ha

visto en toda la Nueva España y Guatemala. Estaba en lo alto de ella un ídolo grande con dos leones o tigres que parecían comerlo por los ijares, y una sierpe o animal que tenía sobre 40 pies de largo y como un grueso buey que tragaba un fiero león; todo de piedra muy bien labrado. Estaba todo asaz ensangrentado de sangre de los hombres que allí o ajusticiaban y sacrificaban (Casas 1961, II, 406).

Y nos llevaron a unas casas muy grandes, que eran adoratorios de sus ídolos y bien labradas de cal y canto, y tenían figurado en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras grandes, y otras pinturas de ídolos de malas figuras, y alrededor de uno como altar, lleno de gotas de sangre (Díaz del Castillo 1984b, I, 73).

También el sacerdote Diego de Landa, en su *Relación de las cosas de Yucatán*, registra el encuentro con el templo maya, pero agregando la particularidad de que estaba construido en el mar:

Que en Campeche hallaron un edificio dentro de la mar, cerca de tierra, cuadrado y gradado todo, y que en lo alto estaba un ídolo con dos fieros animales que le comían las ijadas, y una sierpe larga y gorda de piedra que se tragaba un león: y que los animales estaban llenos de sangre de los sacrificios (Landa 1985, 45).

Este templo, el primero de esta naturaleza e importancia visto por los españoles en América, sin duda los impresionó y asustó mucho: era la primera vez que contemplaban imágenes tan colosales y de carácter tan bestial. Y fue también la primera vez que veían restos sangrientos de posibles sacrificios humanos.

Sin embargo, este templo con sus monstruosas estatuas y sus restos humanos no tuvo mayor repercusión en el imaginario de la época. El templo no volvió a ser visto ni se habló otra vez de él, ni en los siguientes viajes ni en la historia de Campeche.

También es posible agregar, aunque sólo sea una fantasía mal situada por De las Casas, el templo que él registra como visto en Cozumel al llegar Hernández de Córdoba, y como se leerá, de similares características al de Campeche:

Vuelto el señor viejo, que había en las canoas ido a ver los navíos, convidó a los españoles a que fuesen con él a su casa, el cual los metió dentro de

un gran corral cercado de la misma manera, de piedra, donde estaba en un patio un árbol grueso nacido, y allí estaban colgadas nueve coronas blancas y en cada una bandera pequeña; estaba cerca del dicho árbol una mesa ancha de cal y canto, de tres o cuatro gradas en alto, y encima de ella un hombre de bulto hecho de lo mismo, que tenía la cabeza colgada sobre las dichas gradas, y dos animales de bulto y cal y canto que lo comían por la barriga; eso mismo había una sierpe muy grande que tenía en la boca atravesada una figura de león; estaban tres palos grandes hincados en el suelo llenos de pedernales, lo cual según pareció y los indios señalaron, tenían para cortar encima de ella, a algunos que ajusticiaban, las cabezas, porque había en ella sangre fresca.

Vieron en el ejido, junto al dicho corral, muchas cabezas de indios que ajusticiaban allí, y puesto que parecía y se juzgaba entonces ser aquel lugar donde se ejecutaba justicia, porque no se sabía hasta entonces que sacrificasen a los ídolos hombres, como lo hacían en la Nueva España, pero después de sabido dijéramos que no era lugar de justicia sino de sacrificios, a lo cual decimos que por aquella tierra de Yucatán, que está junta, cuatro leguas de mar en medio, con la dicha isla, puesto que algunos hombres sacrificaban, pero muy pocos, y así aquel lugar debía ser lugar de justicia de malhechores y también donde sacrificaban los tomados en guerra a sus dioses.

Vieron asimismo, junto a lo de arriba, una casa de cal y canto hecha como una cámara con puerta, delante de la cual tenían puesto un paño de algodón de muchos colores; dentro de la casa o cámara estaban siete u ocho bultos de hombres, hechos de barro cocido, y junto a ellos cosas aromáticas y odoríferas, como incienso o estoraque (Casas 1961, II, 405).

El despiste de Antón de Alaminos

Al año siguiente, Grijalva y sus hombres recién se horrorizarán de los sacrificios humanos —práctica considerada como una actividad religiosa de los aztecas— cuando llegaron frente a territorios dominados por éstos, en especial en la isla que bautizaron de Sacrificios, situada frente al actual territorio veracruzano.

En disculpa a esta tardanza en conocer los sacrificios humanos, deberá decirse que durante el viaje de la expedición de Grijalva en 1518, el piloto mayor Alaminos, por no haber trazado un mapa de la ruta y de los lugares recorridos con Hernández de Córdoba, fue incapaz de orientarse *a ojo* por las costas de Yucatán, trayendo para la historia esta asombrosa

negligencia: la desaparición del pueblo de Campeche, del cacique Lázaro y del templo que vieron Hernández de Córdoba y su gente. Tampoco, en 1519, Alaminos llevaría a Cortés a Campeche; de Cozumel lo llevó, en una larga navegación, hasta el Río Grijalva, en Tabasco.

Campeche es en la actualidad un estado importante de México, cuya capital, San Francisco de Campeche, fue declarada por la Unesco, en 1999, patrimonio de la Humanidad, valorizando de esta manera la muralla construida en el siglo XVIII para evitar la entrada de los piratas ingleses.

Las cruces yucatecas

Otro tema comentado ampliamente en esos años fue el hallazgo de supuestas cruces cristianas en el territorio maya, tanto en la expedición de Hernández de Córdoba como en las siguientes de Grijalva y Cortés.

Los historiadores en general dudan o se muestran prudentes sobre la existencia real de estas cruces cristianas, pues su presencia suele ampliarse con una serie de fábulas sobre la evangelización de las Indias por un apóstol o por sacerdotes católicos desde antes de la llegada de Cristóbal Colón al continente americano.

De las versiones sobre las cruces de Campeche la más religiosa y disparatada es la de Pedro Mártir de Anglería:

Vieron los nuestros que tenían cruces y al preguntarles por su origen mediante las lenguas, contestaron algunos que al pasar por aquellos parajes un cierto varón hermosísimo les había dejado dicha reliquia como recuerdo. Otros dijeron que en ella había muerto un hombre más resplandeciente que el Sol. De cierto nada se sabe (Mártir 1964, 399).

Aunque deja abierta la duda, la más sensata explicación es la de Fernández de Oviedo al comentar lo contado por Alaminos:

yo lo tengo por fábula, y si las había, no pienso que las harían por pensar lo que hacían en hacerlas, pues que en verdad son idólatras, como ha parecido por la experiencia, ninguna memoria tenían o había, entre aquella generación, de la cruz o pasión de Cristo, y aunque cruces hubiese entre ellos, no

sabrían por qué las hacían; y si lo supieron en algún tiempo (como se debe creer), ya lo habían olvidado (Fernández de Oviedo 1992, II, 114).

Gómara y Ginés también registran la información pero de inmediato afirman con claridad: “no hay rastro ni señal en aquella isla, ni aun en otra ninguna parte de Indias, que se haya predicado en ella el Evangelio” (López de Gómara 1979a, 29).

Bernal se limita a decir: eran a “manera de señales de cruces” (Díaz del Castillo 1984b, I, 73), y ésta es, sin duda, la más correcta información al respecto.

Continuación del viaje

Una vez vivida la experiencia del banquete y la visita al templo de Campeche, los españoles se quedaron unos días y decidieron continuar el viaje al darse cuenta de la incomodidad que su presencia causaba a los nativos.

Esta delicadeza es poco creíble, pero armoniza con la amabilidad del cacique. Seguramente el buen recibimiento les impidió priorizar el horror motivado por el templo y más bien les dio ánimos para descansar unos días y después continuar costeando por las nuevas tierras encontradas casualmente.

Champotón

La navegación hasta Champotón

Los españoles dejan Campeche y continúan su costeo. Las historias indican una navegación de entre diez y quince leguas (vale decir entre 55 y 83 kilómetros) para llegar a un nuevo pueblo. Según Bernal el viaje duró diez largos días debido a un norte de cuatro días que estuvo a punto de hundir las naves.

El pueblo adonde llegan recibe los más variados nombres: Moscobo, Champotón, Nochopobón, Potonchán. Lo sitúan en la provincia de Aguanil o Aguanilla; y su jefe es un cacique maya Champotón, Chape-tón, Mochocoboc.

Juan Francisco Molina Solís, en su *Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán*, ubica al pueblo a la orilla del río de Champotón, y era la capital de la provincia marítima de Aguanil. El puerto se llamaba Potonchán y allí residía el cacique de la provincia, “hombre aguerrido y belicoso apellidado Moch Couoh, de la familia de los Couohes”.

La necesidad de agua

Los expedicionarios padecen uno de los males de las navegaciones españolas por América: la falta de agua (el otro es la falta de comida). Esto los obliga a ir desembarcando para llenar sus pipas en ríos o en pozos que ellos mismos algunas veces deben cavar.

En este caso el asunto es aún más precario, pues según cuenta Bernal, las pipas venían muy abiertas, por lo cual perdían agua, y además, los

viajeros bebían cuanta agua les apetecía, por suponer que bastaba desembarcar para llenar los barriles sacando el agua potable de los jagüeyes o cavando el pozo necesario. Era, como dice, “una armada de hombres pobres, no teníamos dinero cuanto convenía para comprar buenas pipas” (Díaz del Castillo 1984b, I, 72-74).

Ellos creen ver un río en la ensenada que se abre cerca del pueblo de Potonchán⁵⁸ y deciden surgir junto a él, dejando los navíos grandes a una legua de la costa, y desembarcar todos en el bergantín y en los bateles para llenar las pipas, yendo bien armados para enfrentar cualquier contingencia.

Según Bernal, se encuentran a una legua del pueblo y desde ahí ven unos pozos de agua, maizales y casas de cal y canto; también cuenta que llenaron las pipas pero no pudieron llevarlas a los bateles por haber cargado contra ellos mucha gente de guerra.

Antes de la batalla

Pero la verdad es que las cosas no fueron tan rápidas ni tan vehementes como Bernal cuenta al recordar el terrible episodio. Hubo todo un largo preámbulo antes del ataque de los mayas contra los españoles.

La historia de Champotón es en verdad muy rara y en muchas de sus partes resulta incomprensible. Tratemos de reconstruirla siguiendo sus pasos principales, de acuerdo a lo registrado por los historiadores primitivos, los testimonios e incluso por las fantasías de Bernal Díaz del Castillo.

La situación básica de todo el asunto parte de la necesidad de conseguir agua, y desde que salieron de Campeche ya han debido detenerse varias veces para llenar las pipas, que, sabemos, pierden agua por estar muy abiertas y no haberse podido comprar mejores.

Costeando, creen ver un río próximo a un pueblo grande con casas de piedra. Dejan a una legua las dos naves, y con el bergantín y los bateles desembarcan los ciento diez españoles —bien armados, dice Bernal, con

⁵⁸ Bernal llama a Champotón, durante toda la narración de la batalla, Potonchan (Díaz del Castillo, 1984b, I, 74-77). Según la edición de Historia 16, en la página 78 ya se llama Champotón, lo cual resulta común en las ediciones que he consultado.

“armas, ballestas y escopetas”— y algunos marineros encargados de llevarlos hasta la costa, llenar las pipas y regresarlas a los navíos.

Todo esto parece normal. En principio no tienen por qué temer nada. Ya han desembarcado en Punta Mujeres, en Cabo Catoche y en Campeche, y salvo Bernal, que en Catoche reseña una batalla y en Campeche un conato bélico resuelto mediante una huida, los testimonios recogidos registran recibimientos amables y amistosos, tal como sucede por lo general en las islas del Caribe y en las costas de Tierra Firme.⁵⁹

Sin embargo, ahora las historias dirán que los indígenas de Champotón se niegan a permitir el desembarco de los españoles y les hacen señas con sus armas indicándoles su rechazo a recibirlos. Pero ellos, tozudos y necesitados, han decidido bajar a tierra para llenar sus pipas y continuar navegando.

Bernal dice que los indios, al verlos en tierra, se acercan a los españoles y les preguntan por señas si vienen desde donde sale el sol y, como en Campeche, también les dicen “castilan, castilan”, interpretado por algunos historiadores como preguntas sobre si venían de Castilla, y esto a pesar de lo afirmado por Bernal de que nunca entendieron por qué se lo decían. Los españoles, por señas, sólo afirmaron venir desde donde sale el sol.⁶⁰

Es mediodía y los españoles mientras llenan sus pipas, ven acercarse a ellos una gran cantidad de mayas aparentando venir en son de paz para saber quiénes eran, pero todos ellos vestidos como guerreros: “con sus armas de algodón que les daba a las rodillas, y con arcos y flechas, y lanzas y rodelas, y espadas hechas a manera de montantes de a dos manos, y hondas y piedras, y con sus penachos de los que ellos suelen usar, y las caras pintadas de blanco y prieto enalmagrados” (Díaz del Castillo 1984b, I, 75).

⁵⁹ Los enfrentamientos con los indígenas de América se producen, por lo general, pasados unos días de la llegada de los españoles.

⁶⁰ Posteriormente estos *castilan*, que también se los habían dicho en Campeche, se interpretarán como si les preguntaran si eran de Castilla y lo relacionarían como proveniente del trato con los españoles esclavizados en Yucatán, e incluso Ezquerza (1970, 232) agrega la posibilidad de que se debiera a recuerdos del viaje de Pinzón y Solís en 1508, cuando se supone que costearon alguna parte de Yucatán, lo cual me parece absurdo.

Los indígenas

Sin duda alguna no era una situación cómoda, más bien riesgosa. Bernal, ilustrando uno más de los siempre exagerados cálculos españoles sobre la cantidad de guerreros nativos, calcula por cada español la presencia de trescientos mayas; es decir los ciento diez españoles tenían al frente un ejército de 33 mil guerreros mayas preparados para ir sobre ellos.⁶¹

De acuerdo a lo contado por Jerónimo de Aguilar a Cortés, y que Bernal registra en su historia, los hechos no fueron tan simples como se cree y hubo un aporte significativo para explicar la derrota española en Yucatán: Gonzalo Guerrero.

Esto es lo que contó Aguilar según Bernal, aunque lo sitúa en Punta Cotoche durante la batalla que jamás existió: “que había poco más de un año que cuando vinieron a la punta de Cotoche una capitanía con tres navíos (parece ser que fueron cuando vinimos los de Francisco Hernández de Córdoba), que él [Gonzalo Guerrero] fue inventor que nos diesen la guerra que nos dieron, y que vino él allí por capitán, juntamente con un cacique de un gran pueblo, según ya he dicho” (Díaz del Castillo 1984b, I, 136).

Esta historia sobre la dirección indígena por Gonzalo Guerrero en ataques contra españoles se ha registrado en varias ocasiones, por ejemplo cuando se le nombra dirigiendo una gran armada de canoas mayas para atacar a los conquistadores en Honduras, donde se dice que encontró la muerte, y Fernández de Oviedo también cuenta que Francisco de Montejo le escribió una amable carta pidiéndole que se incorporara a su hueste para la conquista de Yucatán, ofreciéndole convertirlo “de los principales hombres, uno de los más escogidos y amados que en estas partes hubiere”. Guerrero le contestó, escribiendo con carbón en la parte de atrás de la carta: “Señor, yo beso las manos de vuestra merced, y como soy esclavo, no tengo libertad, aunque soy casado y tengo mujer e hijos, y yo me acuerdo de Dios; e vos, señor, y los españoles, tenéis buen amigo en mí” (Fernández de Oviedo 1992, III, 404-405).

Fernández de Oviedo que despreciaba a Guerrero —“Este mal aventurado, como se debiera desde su principio haber criado entre baja y vil gente”— concluye esta historia con un comentario que ignoro cómo

⁶¹ Evidentemente, es imposible que Champotón tuviera una población donde pudiera haber treinta y tres mil guerreros para repeler la sorpresiva llegada de la hueste española.

debería valorizarse:⁶² “Su amistad y obra fue tal como quien él era, pues que inducidos los indios por él, barrearón e hicieron cavas, y fortalecieron el pueblo, y dio guerra al Adelantado y a los españoles; y los puso en estado que todos los cristianos que en aquella tierra estaban, se hubieran de perder” (Fernández de Oviedo 1992, III, 405).

Dormir en tierra

Las historias no recogen de manera uniforme el hecho de que los españoles se quedaran a dormir en Champotón, sin embargo parece ser cierto pues en las instrucciones dadas por Diego Velázquez a Hernán Cortés sobre su viaje de 1519, incluirá entre ellas no dormir en tierra sino siempre regresar a los navíos a pasar la noche, pues así estarían más protegidos de un posible ataque indígena.

Lo más probable es que los españoles llenaran sus pipas en su primer mediodía del desembarco en Champotón, como dice Bernal, o, mejor, sólo llenaron unas cuantas pero no todas, y por tal motivo tuvieron la necesidad de dormir en tierra, para completar al día siguiente esa tarea fundamental y así poder continuar el viaje o, quizá, pensar ya en regresar a Cuba.

Seguramente en ese mismo atardecer, o en la noche ya cerrada, mientras hacían guardia y planeaban cómo harían para sortear con suerte el sin duda eminente ataque indígena en la madrugada, tomaron conciencia de la trampa tendida por los mayas para matarlos, la cual, para su suerte, sólo se había desarrollado en una parte y no en su totalidad.

El ardid

La orden del cacique a su gente era indicar a los españoles que los buenos pozos de agua estaban en la parte interior de la tierra y conseguir dirigirlos hacia ellos. Si lo lograban, los guerreros mayas podrían formar una

⁶² Dudo del interés de Guerrero por enfrentarse a los españoles, teniendo ya su pueblo, como era normal en esos tiempos, bastantes problemas guerreros con los pueblos vecinos, fuesen mayas, aztecas o de cualquier otra etnia. Recuérdese que Guerrero ya era jefe militar maya cuando aún no habían llegado a las costas de Yucatán expediciones conquistadoras de españoles.

muralla para detenerlos cuando fueran atacados y pretendieran huir a sus navíos para escapar de la muerte. Como se ha comentado, si hubieran logrado llevarlos más al interior, tal como estaba planeado, ningún español hubiera podido salir con vida de Champotón.

El ataque

Al amanecer, los españoles notan un aumento de guerreros mayas, venidos quién sabe de dónde, para reforzar a los que ya estaban formados frente a ellos —trescientos por cada español— y les resulta evidente un ataque en cualquier momento.

Luego descubren que están rodeados y comienzan a escuchar el sonido de los tambores, la gritería previa a cada batalla, y de inmediato sienten la caída sobre ellos de una lluvia de flechas y piedras.⁶³

Como resultado de este primer ataque, resultaron heridos cerca de ochenta de los ciento diez españoles, dice Bernal (Díaz del Castillo 1984b, I, 76).

De inmediato los guerreros mayas se acercan a los españoles para enfrentarlos cuerpo a cuerpo y comienzan a herirlos con sus cuchillas, sus espadas y siguen las piedras y las flechas cayendo contra los que se encuentran más apartados.

También escuchan un grito muy repetido: “al *calachoni*, al *calachoni*”, orden militar cuyo significado es atacar al capitán español, matarlo, herirlo, capturarlo. Francisco Hernández de Córdoba salió de la batalla con treinta y tres heridas por flechas;⁶⁴ Bernal confiesa haber sido acertado con tres flechas, y que sólo uno de los ciento diez españoles logró salir de la batalla sin ser herido.

La huida

Cuando Hernández de Córdoba comprueba la imposibilidad de enfrentarse con ventaja a los mayas, que le están matando a mucha de su gente,

⁶³ Bernal dice que las piedras las tiran con sus hondas, pero Landa afirma que los mayas no usaban hondas, sino lanzaban las piedras “encarando con el brazo izquierdo y el dedo índice a lo que tiran” (Landa 1985, 183).

⁶⁴ Trato marginalmente este hecho en el “Apéndice VI”.

que todos están heridos, que se ha capturado a dos de sus hombres —a un tal Alonso Bote y a un portugués viejo—, y ya han matado a cincuenta españoles, decide juntar a su gente para escapar en orden hacia los bateles y lograr embarcarse en las naves (Díaz del Castillo 1984b, I, 76).

La batalla, de acuerdo a Bernal, duró “poco más de media hora”. La huida debe de haber sido espantosa. Mientras corren hacia el mar, los mayas los persiguen y continúan flechándolos y tirándoles piedras. Los españoles buscan subirse a los bateles, pero los mayas persisten en su ataque, y se meten al agua para acuchillar y clavar sus espadas a los que están agarrados a los bordes de los bateles y a los que por subirse tantos a las pequeñas barcas las han hundido. Fue una carnicería atroz. La gritería de ambas partes —de los mayas luchando y de los españoles sufriendo— debe haber resultado ensordecedora (Díaz del Castillo 1984b, I, 77).

El resultado

Cuando están ya todos en los navíos, se dan cuenta de la falta de 57 compañeros —según el cálculo de Bernal Díaz del Castillo— contando los dos capturados vivos y los cinco que poco después debieron echar al mar porque murieron de las heridas y de la gran sed padecida por todos.⁶⁵

Además las pipas se habían quedado en tierra, llenas o a medio llenar de agua, e incluso algunos de los marineros resultaron heridos, ya sea por desembarcar con “los soldados” —como los denomina siempre Bernal—, o venir a rescatarlos en los bateles o tratar de ayudarlos desde el bergantín.

La visita a Champotón no pudo haber sido más desastrosa para los españoles: 57 muertos, 52 heridos —sólo uno sin ninguna herida— más un número no explícito de marineros también muertos o heridos.

Fue la más catastrófica derrota militar de los españoles desde su llegada a América, tanto por la contundencia de la superioridad maya como por la indefensión española.⁶⁶

⁶⁵ En el “Apéndice VI” incluyo un texto sobre los muertos en Champotón. El registro casi unánime de los historiadores primitivos es de veinte muertos y muchos heridos, pues la contabilidad del total de viajeros, considerando a “soldados” y marineros, debió ser de ciento diez personas, a “ojo de buen cubero”, tal como se decía en esos tiempos.

⁶⁶ Como señala Chaunu: “En este primer contacto con la península de Yucatán quedó claramente demostrado que la era de las relaciones pacíficas había concluido”

¿Por qué atacaron los mayas?

Ahora habrá que preguntarse las razones de la batalla y de la derrota de los españoles. Resulta totalmente incomprensible, tal como se ha comentado, el ataque maya a una hueste española al verla llegar a sus tierras. La mayoría de las experiencias vividas hasta entonces eran recibimientos amistosos, llenos de cordialidad y obsequios.

No faltaron los temores entre los nativos, resueltos por lo general con huidas para esconderse de los recién llegados. Pero muy pocas veces se les atacó sin un motivo justificado y sólo al verlos.

Y resulta más sorprendente e incomprensible la matanza y heridas causadas a ciento diez españoles cuando se tienen los testimonios de los cronistas y los historiadores primitivos sobre la superioridad militar mostrada por los conquistadores al enfrentarse, como cuentan, a guerreros que los superaban desproporcionadamente en número.

Información sobre la maldad española

Una explicación poco aceptable es suponer que los mayas de Champotón habían recibido información del comportamiento malvado de los españoles en Cuba, en La Española, en Puerto Rico y en Tierra Firme, y por eso los atacaron apenas los vieron arribar a sus tierras.

De ser esto verosímil, habría que preguntarse por qué no tuvieron igual comportamiento los mayas de Cabo Catoche o de Campeche, mucho más próximos a las islas y tierras conquistadas por los españoles —aunque Bernal Díaz del Castillo registre en esos desembarcos un ataque y actitud agresiva de los mayas.

(1973, 18). Aquí habría que matizar y decir que de 1492 a 1517, que son los años que me interesan y trato en este libro, durante la conquista y dominación del Caribe y las costas de Tierra Firme por los españoles, no hubo ninguna relación pacífica con los indígenas: se los esclavizó, se los explotó y se los exterminó sin la menor compasión efectiva, y no me olvido de la atribución a las epidemias, como quieren las nuevas teorías (Cook 2005), la tan numerosa muerte de los indígenas y las facilidades que produjo para que se realizara la conquista de América —siguiendo el principio de la navaja de Ockham, obviamente.

Si lo sucedido fue como lo cuentan las historias primitivas, desde Punta Mujeres a Champotón la única maldad de los españoles fue capturar un par de mayas para llevárselos a Cuba a fin de convertirlos en lenguas, y el robo de unas pocas estatuillas de oro por el cura González.

En verdad, no había razones ni tiempo para alertar a un pueblo tan lejano ya no digamos de Cuba o la Española, sino de Punta Mujeres y Punta de Catoche, como es Champotón.

Otra explicación

Como ya he señalado, se atribuye el ataque y la victoria de los mayas debido a que los españoles se quedaron a dormir en tierra y no regresaron a sus naves cuando anocheció, quizá por no tener aún las pipas llenas de agua.

En las “Instrucciones de Diego Velázquez a Hernán Cortés” para el viaje de 1519, teniendo en cuenta la información dada por Hernández de Córdoba, el gobernador de Cuba le ordena específicamente: “en ninguna manera duerman en tierra ninguna noche ni se alejen tanto de la costa del mar, que en breve no puedan volver a ella; porque si algo les acaeciera con los indios, puedan de la gente de los navíos ser socorridas” (Martínez 1990, I, 54).

A mí, ya lo dije, se me escapa el valor de esta orden.⁶⁷ Un ataque como el recibido por los españoles, aunque no hubieran dormido en tierra, tendría el mismo resultado si se efectúa cuando desembarcaron, sea en la madrugada, al mediodía o en la tarde dada la contundente superioridad maya durante la batalla.

Ahora bien, también es cierto que resulta por lo menos inoportuno quedarse a dormir en tierra, sobre todo teniendo al frente un pueblo cuyos muchísimos habitantes están armados a escasa distancia de ellos, dispuestos a atacarlos y sacarlos de su tierra.

Y si como dice Bernal, la suma de los guerreros formados militarmente ante ellos es de treinta y tres mil —y aunque sólo fueran mil como

⁶⁷ Se supone que los españoles de Hernández de Córdoba se quedaron varios días a dormir en tierra cuando estuvieron en Campeche. Dudo que cada atardecer regresaran todos a las naves. No les pasó nada.

dicen algunas historias; diez mayas por cada español—, la imprudencia de permanecer en Champotón y no regresar a sus naves es de hecho una temeridad demencial, por lo menos desde cierto punto de vista.

Salvaguardar el agua por los mayas

Otra explicación más plausible es la necesidad del cacique maya de evitar el robo del agua potable por ese extraño y numeroso grupo de gente, bajada de extrañas embarcaciones para llenar sus barriles en sus pozos, tal como les dicen.

El agua no es abundante en el territorio maya. Los escasos ríos son subterráneos y los pozos existentes, llamados cenotes, no sólo suministran agua potable para la subsistencia, sino suelen llevar aparejados significados religiosos, y sirven de intermediarios con los dioses y de receptores de ofrendas sagradas.

Esto, como digo, es probable, pero lo extraño es que antes de desembarcar los mayas les hicieran gestos de rechazo blandiendo sus armas, pues no fue esto una actitud común en el Caribe ni en la mayoría de los desembarcos en Tierra Firme.

Y aún más sorprendente resulta que después de cambiar unas frases o gestos con ellos, los dirijan hacia el interior de la tierra con la finalidad de alejarlos de sus naves y poder así exterminarlos de manera más sencilla.

Estas dos actitudes, y en especial, la finalidad de matar a los españoles, resultan por lo menos asombrosas como recepción a unos desconocidos deseosos de llenar de agua sus barriles.

Las armas del enfrentamiento

Pero aunque ignore la razón del ataque maya, el final del enfrentamiento fue terrorífico. Sin duda alguna, si de los españoles murieron 57, los muertos de la parte indígena debieron ser una cantidad similar o más numerosa que la española.

Se dice que los mayas se sorprendían de las heridas causadas por las espadas: al no encontrar armadura o protección parcial de metal, los

españoles de un tajo cortaban un brazo, una pierna, una cabeza o los atravesaban de lado a lado.

Las ballestas también entraron en acción, pero seguramente fueron pocas, con muy escasas flechas. Los cañones y los arcabuces brillaron por su ausencia (a pesar de que Bernal registre el desembarco de los navíos con “armas y ballestas y escopetas”).⁶⁸

Los españoles fueron atacados por unos guerreros acostumbrados a batallas más crueles y sangrientas que las conocidas por los tainos, los caribes y los indios de Tierra Firme.

Aquí había guerreros protegidos con corazas de algodón que les llegaban hasta las rodillas —el escaupil, llamado así por los españoles, quienes poco después lo adoptarían para combatir a los indígenas—, y empleando para herir, matar y defenderse: “arcos, flechas, y lanzas y rodelas, y espadas hechas a manera de montantes de a dos manos, y hondas y piedras, y con sus penachos de los que ellos suelen usar, y las caras pintadas de blanco y prieto enalmagrados”, como describe Bernal, quien agrega: “y venían más (indígenas) de refresco del pueblo, y les traían de comer y beber y muchas flechas” (Díaz del Castillo 1984b, I, 75-76).

Consejos para guerrear con los mayas

Seguramente por los informes de esta pelea, Velázquez ordenará a Cortés impedir que los indios se metan en las batallas entre ellos, pues “abrazándose los unos con vosotros, salir los otros, e como son muchos podrían [ustedes] correr peligro y perecer” (Martínez 1990, I, 55).

También, como hará al salir de Cuba la armada de Grijalva, los españoles se cortaran las famosas y tan vanidosas melenas que lucían las tropas en Europa e incluso en América (Cervantes de Salazar 1985, 66), pues habían comprobado el peligro de ser agarrados por los cabellos, tirados al suelo, matados o arrastrados prisioneros.

Lo más probable es que nunca sepamos el motivo del ataque maya a los españoles y las razones por las cuales resultó tan contundente y fácil

⁶⁸ Cuando cuenta la inexistente batalla de Catoche, Bernal dice que contaban con quince ballestas y diez escopetas y que mataron a quince indígenas (Díaz del Castillo 1984b, I, 84).

su triunfo. Cada lector puede elaborar sus razones y exponer sus creencias. La pregunta es sencilla: ¿cómo fue posible que ciento diez españoles cayeran heridos y más de la mitad muertos, frente a unos enemigos carentes de cualquier arma equivalente a las espadas, las escopetas y las ballestas como para ocasionarles tan estruendosa humillación militar? La respuesta también sencilla: por la falta de ballestas, escopetas y seguramente porque no todos llevaban espadas (ver nota 42). Tampoco debe olvidarse que los españoles iban a cazar indios y no estaban armados ni protegidos para enfrentar con éxito a un grupo guerrero de mayas.

Una hipótesis

Volvamos a mi concepto inicial de los ciento diez españoles integrantes de la expedición y recordemos el comentario de que Francisco Hernández de Córdoba no se había distinguido en las guerras del Caribe. Sin duda, era un encomendero rico, hábil, pero eso no representa un antecedente capaz de convertirlo en un buen guerrero y capitán de una armada de descubrimiento y conquista.⁶⁹

Si, como se afirma, fue herido mortalmente por más de treinta flechas, la única explicación posible debe consistir en no hallarse protegido con algún tipo de armadura.

Pero si el capitán de la expedición, un hombre rico, participante oscuro en la conquista de Cuba, estaba mal protegido para una pelea, peor debieron estar sus ciento diez acompañantes.

Durante los tres años transcurridos sin hacer nada en Castilla del Oro y en Cuba, seguramente se vieron obligados a vender y cambiar su ropa, sus armas y sus joyas, a fin de pasar los días sin morir de hambre en la intemperie, recurriendo a sus compatriotas poseedores de tierras, minas e indios.

⁶⁹ La excepción, en los hechos, es sin duda Hernán Cortés, sin relevante experiencia militar al ponerse como capitán de la expedición organizada por Velázquez en 1519. Al parecer, Cortés sólo se había desempeñado como escribano en la Española y secretario de Velázquez en Cuba, sin que se conozca alguna participación guerrera documentada, aunque se le nombre entre los pacificadores de Cuba. También se le conceptúa rico, hábil, amigo, mujeriego y mañoso.

Bien sabido es que en las Indias la ropa y los zapatos se pudrían por la humedad, el calor, las heladas y los continuos cambios de temperatura: muchos españoles, sin el dinero suficiente para adquirir la ropa y los zapatos traídos a muy altos precios por los viajeros y comerciantes de España (incluso por algún gobernador o funcionario real), debieron vestirse con la ropa de algodón de los nativos y utilizar las mismas chanquetas calzadas por ellos.⁷⁰

Existen narraciones de expediciones largas en el tiempo que daban como resultado que los españoles hicieran las caminatas prácticamente desnudos, y desnudos se enfrentaran en batallas a los indígenas. Muchas veces, resultaba tanpreciado como el oro hallar ropa o sólo telas de los indígenas con las que poder vestirse y calzarse para continuar su andadura.

Ha de aceptarse que las crónicas y las historias primitivas eluden hacer referencias a las vestimentas cotidianas de los descubridores y conquistadores cuando realizaban cabalgadas que podían prolongarse a muchos meses y hasta dos o tres años. Sabemos, por ejemplo, que en Panamá, muchos de los viajeros que llegaron con Pedrarias en 1514 murieron a los pocos días de desembarcar en la llamada Castilla del Oro, y que antes de morir, o mientras sobrevivieron, se vieron obligados a cambiar las más finas prendas que tuvieran y cualquier cosa de valor por “una libra de pan de maíz o bizcocho de Castilla o cazabi” (Casas 1961, II, 317).

Podría pensarse que en 1514, a pesar de los antecedentes de las desgracias de las flotas de Colón, Bobadilla y Ovando, todo lo relacionado con la alimentación y la vestimenta no estaba bien organizado y por eso se producían tantos casos de hambruna entre los españoles y la ropa alcanzaba un alto valor entre los descubridores y conquistadores.

Contaré dos casos, sucedidos en 1538 y 1540, en una zona no tan tropical como Cuba y cuando ya habían transcurrido más de veinte años desde la aventura de los viajeros de Hernández de Córdoba por las costas de Yucatán. Igualmente podemos pensar que los capitanes y la gente de a caballo o los de a pie ya sabían los problemas causados por la ropa y el hambre, y tendrían medios para remediarlos.

⁷⁰ Mira Caballos (Ovando 2014, 225): “De hecho, afirma Antonio de Herrera, que de los recién llegados (con Ovando), los que no murieron padecieron, unos, extrema miseria, y los mejor parados, gran desnudez, pues aunque tenían dinero no se encontraba género de Castilla —sobre todo ropa— en toda la colonia”.

Pues bien, dejando al lado el hambre para no enredarnos en los casos de canibalismo español entre ellos o con los indígenas, respecto a la ropa, se cuenta que cuando Gonzalo Jiménez de Quesada iba en persecución del cacique Bogotá —al que también se suponía el Hombre Dorado—, al llegar al cercado del santuario donde le dijeron que estaba escondido el cacique, “hallaron las despensas bien provistas de sustento, muchas mantas y camisetas; que de las mantas hicieron de vestir los soldados, que andaban *ya muchos de ellos desnudos*.⁷¹ De hilo de algodón, que había mucho, hicieron alpargates y calcetas con que se remediaron; y junto a este cercado en la misma plaza sacaron un santuario, donde se hallaron más de veinte mil pesos de buen oro, según la fama (Rodríguez Freyle 1986, 88).

El siguiente caso también sucede en el Nuevo Reino de Granada en 1540, cuando el gobernador sustituto, Jerónimo Lebrón de Quiñones, llega a su destino, “trajo asimismo las mercaderías que pudo para venderlas a los conquistadores que carecían de ellas, y se vestían de mantas de algodón, y calzaban alpargates de lo mismo. Fueron estas las primeras mercaderías que subieron a este Reino, y las más bien vendidas que en él se han vendido” (Rodríguez Freyle 1986, 110).⁷²

Cazar indios

Para entender con más claridad la carencia o pobreza de armas de los integrantes de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, es necesario explicar el significado verdadero de la aventura o el trabajo de ir a cazar indios.

El punto principal y esencial de la caza de indios era cogerlos en buen estado, sin herirlos ni golpearlos mucho. No era un enfrentamiento militar, aunque los españoles se esforzaran con rudeza para capturar indígenas y llevarlos a vender como esclavos a los encomenderos de las islas.

⁷¹ Las cursivas son mías.

⁷² A quien desee ahondar en el tema recomiendo el libro *Hambre y desnudeces en la conquista del Río de la Plata*, de Ernesto J. Fitte, donde se dice, por ejemplo, sobre la expedición de Sebastián Caboto (1525), que los tripulantes se quejaron de no haber recibido ropa, ni lienzos, ni otra hacienda y que cuando regresaron, “vinieron todos desnudos y pobres” (Fitte 1963, 41).

Cazar indios en las Lucayas o en las islas cercanas a Cuba, La Española, Puerto Rico o Tierra Firme, era tarea fácil y sin riesgo —los indios carecían de la más mínima actitud o preparación defensiva, ni siquiera contaban con armas de guerra—, y se les cazaba a las carreras, cuerpo a cuerpo, tratando de hacerles, como ya se indicó, el menor daño posible; en otras palabras, un español desarmado era más útil para cazar indios que uno armado.

Tal era la condición y la situación de los ciento diez españoles de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba y que, sin imaginárselo, se hallaron frente a millares —como siempre se dice— de guerreros mayas, armados con flechas, arcos, lanzas cortas, piedras, cuchillos y escapiles, y dispuestos a no dejarse vencer por unos desconocidos semidesnudos y desarmados empeñados en robarles su agua potable. Ésta es la explicación más creíble, y probable, para mí, de la terrorífica y contundente derrota infligida por los mayas en 1517 a ciento diez españoles en el territorio de Champotón, ciudad del actual estado de Campeche, México.

¿Eran ciento diez los españoles?

Las versiones recogidas por los historiadores primitivos y los testimonios de la época hacen referencia a la expedición de Hernández de Córdoba diciendo que estuvo integrada por ciento diez españoles de los cuales murieron en la batalla de Champotón una veintena de ellos. Sólo a partir de Bernal Díaz del Castillo esta cantidad se triplica y es repetida por los historiadores contemporáneos sin ningún rubor ni cálculo al respecto.⁷³

Aquí es necesario plantearse una pregunta que es a la vez una hipótesis: ¿eran ciento diez los “soldados” reclutados por Hernández de Córdoba, o eran ciento diez los tripulantes de las naves, contando en esa cantidad a los marineros?⁷⁴

Se podría decir, en contra, que los historiadores primitivos algunas veces suelen registrar a los heridos como tres o cinco decenas, pero si se

⁷³ Trato este tema de los muertos en Champotón en el “Apéndice VI”.

⁷⁴ Un dato no descartable es dado por De las Casas: “juntan cien hombres, con marineros, y todos a sueldo o partes” (1961, II, 402). Lo malo de la frase es limitar la cantidad a cien y que todo el contexto del viaje esté lleno de errores.

considera lo dicho por Bernal, la cantidad queda explicada, pues agrega la presencia de marineros en el desembarco de los “soldados” en Champotón: “Y como estaban también heridos todos los más de los marineros que saltaron en tierra con nosotros, que se hallaron en las peleas, no teníamos quien marease las velas” (Díaz del Castillo 1984b, I, 78).

Final

En las naves

Terminada la batalla sorpresa de Champotón y estando los sobrevivientes ya refugiados en sus naves, el análisis de la situación debió ser dantesca. Es fácil imaginar el ambiente: cincuenta y tres personas heridas, quejándose, gritando de dolor, cinco moribundos dando sus últimos suspiros y si, como parece cierto, la mayoría de los marineros saltaron a tierra y se vieron en la pelea, estaban también heridos; bueno, la sensación de fracaso, derrota, humillación, debió de resultar insoportable.

Además carecían de agua para consolarse, calmar la sed y dejar de tener la boca seca, la lengua hinchada y los labios agrietados; no tuvieron alivio para las heridas —sangrantes y ardientes por el contacto con el agua salada— causadas por flechas, piedras, cuchillas y espadones.

Para los españoles la situación no podía ser más desesperada; y seguramente veían a los mayas en la costa gritando, burlándose y rematando a los españoles heridos, abandonados en tierra.

Y de pronto, un nuevo problema, con tanto herido y gente incapacitada para el menor esfuerzo, ¿cómo hacer navegar a las dos naves y al bergantín? Faltaban manos, brazos, piernas para poder navegar. La solución fue dismantelar y quemar el barco más pequeño, el aportado por Diego Velázquez, el gobernador, y tratar entre todos, marineros y hombres de tierra, que las dos naves restantes regresaran a Cuba.

Estero de los Lagartos

Los historiadores primitivos se limitan a contar el regreso de las dos naves a Cuba, pero Bernal, sólo Bernal, incluye otro costeo hasta el Estero de los Lagartos, donde sólo hallaron agua salada que no les sirvió de alivio.

Desvió a Florida

Estando ahí, el piloto Alaminos decidió navegar rumbo a Florida, donde, contó, él había estado como piloto en el descubrimiento de Ponce de León años antes. Según convenció a los otros pilotos, esa desviación resultaría más fácil que regresar dando la vuelta hacia Cuba.

Este es un hecho, como ya dije, dudoso, y el único que lo registra es Bernal Díaz del Castillo, pues el mismo Alaminos no lo trae a cuento cuando declara en la probanza de la llegada de Tapia en 1522, limitándose a decir que de terminada la matanza de Champotón, regresaron a Cuba. Bernal también dice que, según entendió de los argumentos de Alaminos, para justificar el desvió a Florida, “hallaban por sus cartas y grados y alturas que estaría obra de setenta leguas... y puestos en la Florida dijeron que era mejor viaje y más cercana navegación para ir a La Habana y no la derrota por donde habíamos venido primero a descubrir”, agregando que él había ido a descubrir Florida con Ponce de León hacia diez o doce años (Díaz del Castillo 1984b, I, 79), es obvio que no estaba en el carácter de Alaminos evitar presumir de haber navegado con Colón como un lustre importante de su prosapia y algo de eso debería haber comentado con sus viajeros y contratantes, y alguno de los que lo escucharon y luego escribieron sus crónicas o contaron anécdotas sobre los viajes de Alaminos hubieran transmitido ese imposible laurel, tal como ahora Bernal transmitía la presencia de Alaminos con Ponce de León en el descubrimiento de Florida.

Es posible reforzar esta duda sobre el desvió a Florida con el convencimiento de que Alaminos en su declaración en la probanza no iba a olvidar cinco años después lo sucedido en ese viaje, pues debía tener muy presente que estando ahí “le dieron una mala herida en la garganta” (Díaz del Castillo 1984b, I, 81).

Y contradiciendo a Roberto Junco, que en su trabajo “La ruta de Veracruz a La Habana en la época colonial”, estima que “podemos perfilar a Alaminos como el primero en descifrar y entender la navegación por el Golfo” gracias a su desvío a Florida con la flota de Hernández de Córdoba, creo que Alaminos no sabía muy bien donde estaba —pues había llegado hasta esas costas de “la isla de Yucatán” empujado por una tempestad—, porque no llevó ninguna carta de marear sobre su navegación —y por eso no pudo encontrar Campeche en el viaje con Grijalva del año siguiente, y navegó totalmente desorientado por ese rumbo—, y también porque si hubiera hecho ese viaje en 1517 y supiera que ésa era la mejor ruta para regresar a La Habana, en 1518 tendría que haber repetido el camino y no haber llevado a Grijalva navegando a Cuba a contracorriente por el Golfo de México, sin bastimentos, con los viajeros hartos del viaje, con tres navíos, de los cuales uno hacía mucha agua y que hubo que carenar en el río de Tonalá. No era una situación para hacer osadías o experimentos marítimos.

Más heridos y un desaparecido

El resultado de la desviación a Florida fue otra tragedia cuando desembarcaron para cavar un pozo y recoger agua: seis españoles resultaron aún más heridos, Bernal con un flechazo de poca importancia en el brazo derecho, cuatro marineros heridos por luchar a brazo partido —es de suponer pues los marineros no estaban armados ni con un cuchillo— y Alaminos, que también bajó a tierra, resultó herido.

Berrio, el único que había quedado sin heridas en Champotón, por ir a cortar un palmito fue herido y capturado por los nativos, quienes posiblemente se lo llevaron vivo para sacrificarlo. Al ir a buscarlo —Bernal incluido—, los marineros sólo encontraron un rastro de sangre y una palma medio cortada.

Y agrega Bernal como colofón de esta nueva tragedia: “llevamos a los navíos el agua dulce, con que se alegraron todos los soldados, como si entonces les diéramos la vida; y un soldado se arrojó desde el navío en el batel con la gran sed que tenía, tomó una botija a pechos, y bebió tanta agua, que de ella se hinchó y murió” (Díaz del Castillo 1984b, I, 83).

Llegada a Cuba

La historia no es muy prolija en detalles sobre el regreso de la expedición a Cuba.⁷⁵ Simplemente se consigna la llegada, el informe del descubrimiento dado por el capitán Hernández de Córdoba al gobernador Velázquez y dicen que le pidió enviar gente a poblar.

También se agrega que al enterarse Hernández de Córdoba del nombramiento por Velázquez de su presunto pariente Juan de Grijalva como capitán de una armada destinada a la conquista y poblamiento de las nuevas tierras halladas por él, entró en cólera por considerarse despojado de algo suyo, obtenido con sus dineros y el de sus dos socios, y después de pasar tantos peligros y recibir tantas heridas (Casas 1961, II, 408).

En consecuencia, tomó la resolución de reunir algún dinero para viajar a la corte española a fin de presentar formalmente su queja al rey sobre el perjuicio que recibía del gobernador.

Mientras tanto, mientras se curaba, le escribió a Bartolomé de las Casas, a quien consideraba su amigo, contándole su aventura, el descubrimiento de las nuevas tierras, el abuso de Velázquez contra él, y le pedía el favor de informar al rey de su situación. Pero como dice De las Casas: “Dios dispuso de llevarlo al otro mundo, a que le diese cuenta de otros mayores agravios que él hizo a los indios de Cuba, de quien se servía y chupaba la sangre” (1961, II, 408).

La desnudez de Bernal Díaz del Castillo

Mantengo la hipótesis de que para cazar indios no se necesitaban armas y que incluso desnudo se podía ir a realizar la tarea. Pues bien, ahora contaré un caso en el que la desnudez era también un recurso de subsistencia y dejaré que lo cuente el mismo Bernal con todos sus detalles para que se tenga presente cuando haya necesidad de imaginar cómo sería tal situación en expediciones muy alejadas de pueblos españoles donde encontrar comida y ropa:

⁷⁵ Los historiadores primitivos sólo registran que de Champotón regresaron a Cuba. Sólo Bernal cuenta sobre este desvío a Florida. Incluso Alaminos, en la “Probanza de la llegada de Tapia en 1522”, también declara el regreso de Champotón a Cuba, sin referirse a Florida.

Ya he dicho que nos quedamos en La Habana ciertos soldados que no estábamos sanos de los flechazos, y para ir a la villa de la Trinidad, ya que estábamos mejores, acordamos de nos concertar tres soldados con un vecino de la misma Habana, que se decía Pedro de Ávila, que iba asimismo aquel viaje en una canoa por la mar por la banda del sur, y llevaba la canoa cargada de camisetas de algodón, que iba a vender a la villa de la Trinidad.

Ya he dicho otras veces que canoas son de hechura de artesas grandes, cavadas y huecas, y en aquellas tierras con ellas navegan costa a costa; y el concierto que hicimos con Pedro de Ávila fue que daríamos diez pesos de oro porque fuésemos en su canoa.

Pues yendo por la costa adelante, a veces remando y a ratos a la vela, ya que habíamos navegado once días en paraje de un pueblo de indios de paz que se dice *Canarreon*, que era términos de la villa de la Trinidad, se levantó un tan recio viento de noche, que no nos pudimos sustentar en la mar con la canoa, por bien que remábamos todos nosotros; y el Pedro de Ávila y unos indios de La Habana y unos remeros muy buenos que traíamos, hubimos de dar al través entre unos ceborucos, que los hay muy grandes en aquella costa.

Por manera que se nos quebró la canoa y el Ávila perdió su hacienda, y todos salimos descalabrados de los golpes de los ceborucos y desnudos en carnes; porque para ayudarnos que no se quebrase la canoa y poder mejor nadar, nos apercebimos de estar sin ropa ninguna, sino desnudos.

Pues ya escapados con las vidas de entre aquellos ceborucos, para nuestra villa de la Trinidad no había camino por la costa, sino malos países y ceberucos, que así se dicen, que son las piedras con unas puntas que salen deltas que pasan las plantas de los pies, y sin tener que comer. Pues como las olas que reventaban de aquellos grandes ceborucos nos embestían, y con el gran viento que hacía llevábamos hechas grietas en las partes ocultas que corría sangre destas, aunque nos habíamos puesto delante muchas hojas de árboles y otras yerbas que buscamos para nos tapar.

Pues como por aquella costa no podíamos caminar por causa que se nos hincaban por las plantas de los pies aquellas puntas y piedras de los ceborucos, con mucho trabajo nos metimos en un monte, y con otras piedras que había en el monte cortamos corteza de árboles, que pusimos por suelas, atadas a los pies con unas que parecen cuerdas delgadas, que llaman bejucos, que hacen entre los árboles; que espadas no sacamos ninguna, y atamos los pies y cortezas de los árboles con ello lo mejor que pudimos.

Y con gran trabajo salimos a una playa de arena, y de ahí a dos días que caminamos llegamos a un pueblo de indios que se decía *Yaguarama*, el cual era en aquella sazón del padre fray Bartolomé de las Casas, que era clé-

rigo presbítero, y después le conocí fraile dominico, y llegó a ser obispo de Chiapa; y los indios de aquel pueblo nos dieron de comer.

Y otro día fuimos hasta otro pueblo que se decía *Chipiona*, que era de un Alonso de Ávila y de un Sandoval (no digo del capitán Sandoval el de la Nueva España), y desde allí a la Trinidad; y un amigo mío, que se decía Antonio de Medina, me remedió de vestidos, según que en la villa se usaban, y así hicieron a mis compañeros otros vecinos de aquella villa; y desde allí con mi pobreza y trabajos me fui a Santiago de Cuba, adonde estaba el gobernador Diego Velázquez, el cual andaba dando mucha prisa en enviar otra armada (Díaz del Castillo 1984b, I, 84-85).

La ambición de Velázquez

Apenas el gobernador de Cuba tuvo conocimiento de las nuevas tierras descubiertas, después de interrogar a los dos mayas capturados y ver las pequeñas piezas de oro robadas por el cura, no sólo se ocupó de fletar una nueva armada, sino que envió a Santo Domingo a Juan de Saucedo a fin de obtener de los padres Jerónimos los permisos para continuar el descubrimiento y poder comerciar, “rescatar”, con los nativos⁷⁶ (López de Gómara 1979a, 16).

Por si esto fuera poco, en 1518 también comisionó a España a Gonzalo de Guzmán y a Pánfilo de Narváez para obtener de los reyes el nombramiento de Adelantado de Yucatán y Ulúa, y autorización para la exploración, comercio, conquista y colonización de las nuevas tierras descubiertas. Y esto y más fue lo que el rey de España otorgó a Velázquez gracias al apoyo que siempre disfrutó del poderoso obispo de Burgos, Juan de Fonseca —aquí De las Casas incluye el chisme de que el obispo lo quería casar con una sobrina suya— y también por contar con grandes apoyos en el Consejo Real, gracias a las encomiendas que les había otorgado en la isla y les rindieron buenos frutos.⁷⁷

⁷⁶ Alaminos, en la “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”, declara que la licencia para el viaje de Grijalva “la leyó algunas veces”, y respalda lo dicho en la pregunta: que la autorización sólo era para “ver la dicha tierra y bojarla solamente”, lo cual también sostienen los otros testigos (O’Gorman 1938).

⁷⁷ “En este año de dieciocho [el 13 de noviembre de 1518], en Zaragoza, hizo el rey a Diego Velázquez adelantado y gobernador de toda la tierra de Yucatán y de la Nueva

Estas gestiones para obtener las autorizaciones reales las hizo Velázquez desde el principio, atribuyéndose haber sido él quien envió y financió la expedición descubridora de las nuevas tierras, es decir la de Hernández de Córdoba.

Extrañamente —por lo incongruente con la muerte de Hernández de Córdoba a los pocos días de su llegada—,⁷⁸ la mayoría de los testigos en la “Probanza sobre la llegada de Cristóbal de Tapia en 1522”, concuerdan en declarar que Diego Velázquez le dio a Hernández de Córdoba un pueblo de indios para hacerlo aceptar la versión de haber sido él quien envió la armada a descubrir Yucatán.

La historia del viaje de Hernández de Córdoba ya ha terminado. Todo lo posterior corresponde a la expedición que se arma a su llegada, al mando de Juan de Grijalva.

Finalmente, a principios del siglo xvii, en 1604, Baltasar Dorantes de Carranza, hijo del conquistador Andrés Dorantes y Carranza, quien fue uno de los participantes de la increíble aventura de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en la relación histórica presentada al virrey marqués de Montesclaros en busca de dineros o empleos, al llegar al final de su relato del viaje de Hernández de Córdoba, escribe:

Y cáeme en mucha risa que este Francisco Hernández, después que llegó a Cuba y a morir de sus heridas, que dejó muy en forma por heredero de aquella conquista y descubrimiento a Diego Velázquez, como si fuera suya o la hubiera heredado por legítima de sus padres, y este fue el primer achaque o derecho que tomó Diego Velázquez para armar a Juan de Grijalva, su sobrino, y después a Cortés (Dorantes 1987, 213).

España, que habían descubierto Francisco Hernández y Juan de Grijalva” (Casas 1961, II, 429 y 474, donde también se incluye la capitulación entre el rey de España y Diego Velázquez).

⁷⁸ Diez días de haber llegado a su casa en Sancti Spiritus, dice Bernal (Díaz del Castillo 1984b, II, 82).

Cuadro temático de concordancias, variantes y sin registro

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Año 1517.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Francisco Cervantes de Salazar: 1516. 	
Tres socios.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. 	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo: ciento diez hombres. 	

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Tres socios (continuación).	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. 		
Sociedad de ciento diez soldados.	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Diego Velázquez: cuarto socio.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Diego Velázquez sin socios.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Sólo autorización de Diego Velázquez.	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Francisco López de Gómara. • Bernal Díaz del Castillo.

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Bergantín de Diego Velázquez.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas.
Dos naves y un bergantín.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
<p>Habilitación: los socios.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bernal Díaz del Castillo.
<p>Capitán: Hernández de Córdoba.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
<p>Veedor: Bernardino Íñiguez.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas.
<p>Piloto: Antón Alaminos.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Juan Ginés de Sepúlveda.⁷⁹

⁷⁹ Ginés, al tratar la expedición de Grijalva, registra que Alaminos “había ocupado el mismo puesto (de piloto principal) en la anterior expedición de Francisco Hernández”, y el editor agrega, en nota, que Alaminos “también había sido piloto de Colón en su cuarto viaje”, lo cual es un craso error (Ginés 1996, 84).

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
<p>Pilotos: Camacho de Triana y Juan Álvarez, <i>el Manquillo</i>.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
<p>Clérigo Alfonso González.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
<p>Armada de ciento diez hombres.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bernal Díaz del Castillo. 	<ul style="list-style-type: none"> • Bartolomé de las casas (cien). • Carta (ciento cuatro, se deduce). 	
<p>Mes de febrero.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras seis crónicas.

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
8 de febrero: salida de La Habana.	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Salida: Santiago.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo: La Habana-Axaruco. 	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo.
Cabo San Antón.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar.
Salida a mar abierto.	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo (20 de febrero). 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Nuevas tierras.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bernal Díaz del Castillo. 	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas. 	
Cazar indios.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco Cervantes de Salazar. 	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bernal Díaz del Castillo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas. 	

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Indios y nuevas tierras.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bernal Díaz del Castillo. • Francisco Cervantes de Salazar. 	
Rumbo de navegación.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo (sudoeste). • Juan Ginés de Sepúlveda (occidente). 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo.
Anécdota de cambio de planes.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras seis crónicas.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
<p>Forma de navegar: descubrir.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda.
<p>Tempestad que los desvía a Yucatán.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas.

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Llegada a Yucatán.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		
Distancia de Cuba.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta (sesenta o setenta leguas). • Pedro Mártir de Anglería (sesenta y seis). • Gonzalo Fernández de Oviedo (sesenta y seis o setenta). • Bartolomé de las Casas (setenta u ochenta). 		<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bernal Díaz del Castillo.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Días navegados.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda (seis días). • Francisco Cervantes de Salazar (cuarenta días). • Bartolomé de las Casas (cuatro días). • Bernal Díaz del Castillo (veintiún días). 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco López de Gómara.
Punta de Yucatán.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Eccampi.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Provincia de Yucatán.	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras seis crónicas.

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Punta de las Mujeres.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras seis crónicas.
Cabo Catoche o Gran Cairo.	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo (Cotoche). 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Cozumel.	<ul style="list-style-type: none"> • Bartolomé de las Casas. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Casas de cal y canto.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		
Gente vestida.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco Cervantes de Salazar.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
<p>Rica en oro, adornos de oro.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar.
<p>Nombre de Yucatán.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar (Tectetán). 	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo. 	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Nombre de Cotoche.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo y Juan Ginés de Sepúlveda.
Captura de mayas.	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Bartolomé de las Casas (uno). • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda .
Batalla en Cabo Catoche o Gran Cairo.	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo (Cotoche). 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Punta de Yucatán a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Provincia de Yucatán a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras seis crónicas.
Punta Cotoche o Gran Cairo a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Eccampi y el Cairo a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Punta Mujeres, Punta Cotoche y Yucatán a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras seis crónicas.
Cozumel, otro pueblo, Francisco Cervantes de Salazar, Cabo Catoche a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Bartolomé de las Casas. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Cozumel, sin desembarcar, a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Directo a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.
Llegada a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		
Desde la última parada a Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería (ciento diez leguas). • Bernal Díaz del Castillo (quince días). 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras seis crónicas.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
<p>Llegada domingo de Lázaro o el día de san Lázaro.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		
<p>Lázaro —al pueblo— en lugar de Campeche.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. 	

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Lázaro, al cacique.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. 	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 	
Detalle de la cantidad de españoles que bajaron en Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería y Francisco López de Gómara.

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Buena recepción en Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar (no los dejan bajar o los obligaron a irse). • Carta. • Bernal Díaz del Castillo (ambigua). 	
Disparo de cañones.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda (exhibición: Campeche). 	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas (asustar: Champotón). 	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Bernal Díaz del Castillo.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Rescate en Campeche.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Francisco López de Gómara. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar (no cree). 	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda.
Banquete.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bernal Díaz del Castillo.
Templo.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Francisco López de Gómara. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda.

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Sacrificios humanos.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Francisco López de Gómara. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco Cervantes de Salazar.
Cruces.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería (Cairo). • Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gómara (Yucatán). • Juan Ginés de Sepúlveda y Bernal Díaz del Castillo (Campeche). 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
<p>Pueblo de Champotón.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bartolomé de las Casas (Champotón). • Carta (Nochopobón). • Bernal Díaz del Castillo (Potonchan). • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Juan Ginés de Sepúlveda (Moscobo). 		
<p>Distancia de Campeche a Champotón.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Carta (diez leguas). • Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo (quince). 		<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara.

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Distancia de Campeche a Champotón (continuación).	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar (nueve o diez). • Bartolomé de las Casas (diez o doce). • Juan Ginés de Sepúlveda (sesenta mil pasos). • Bernal Díaz del Castillo (diez días por norte). 		
Cacique Champotón.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta (Champotón). • Pedro Mártir de Anglería (Chiapetón). • Gonzalo Fernández de Oviedo (Chiapetón). • Francisco López de Gómara y Francisco Cervantes de Salazar (Mochocoboc). 		<ul style="list-style-type: none"> • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. • Francisco Cervantes de Salazar.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Mal recibidos.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. 	<ul style="list-style-type: none"> • Carta (bien recibidos pero sin dejarlos entrar al pueblo), Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo (ambigua: parece que atacan pero preguntan qué quieren). 	
Durmieron en tierra.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda.

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Celada maya.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo.
Alejarlos de las naves.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Españoles detectan celada.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo.
Ataque sorpresivo de los mayas.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Bernal Díaz del Castillo (alertas). 	

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Cantidad de atacantes.	<ul style="list-style-type: none"> • Pedro Mártir de Anglería. • Bartolomé de las Casas (más de mil). • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco Cervantes de Salazar (muchos). • Juan Ginés de Sepúlveda (gran número). • Bernal Díaz del Castillo (trescientos por cada español, es decir, treinta y tres mil mayas). 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco López de Gómara.
Mayas muertos o heridos.	<ul style="list-style-type: none"> • Gonzalo Fernández de Oviedo (algunos). • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. 		<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Juan Ginés de Sepúlveda.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
<p>Mayas muertos o heridos (continuación).</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Bartolomé de las Casas (muchos muertos). • Bernal Díaz del Castillo (formas de herir y matar). 		
<p>Españoles muertos.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Carta (veintiséis). • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas (veinte). • Francisco Cervantes de Salazar (más de veinte, o dos, o algunos). • Bernal Díaz del Castillo (sobre cincuenta más cinco muertos en las naves). 		

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Españoles heridos.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Francisco Cervantes de Salazar (todos o más de cincuenta). • Bernal Díaz del Castillo (todos menos uno; en el primer choque ochenta heridos). • Bartolomé de las Casas (todos o los más). • Pedro Mártir de Anglería (mayoría). • Francisco López de Gómara (más de cincuenta). • Gonzalo Fernández de Oviedo (más de treinta). • Juan Ginés de Sepúlveda (treinta). 		
Capturados vivos: dos.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco López de Gómara. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras seis crónicas.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Heridas del capitán.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Bartolomé de las Casas (treinta y tantas). • Pedro Mártir de Anglería. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar (treinta y tres o más de veinte). • Bernal Díaz del Castillo (diez). • Gonzalo Fernández de Oviedo y Juan Ginés de Sepúlveda (quedó herido). 		
Huida a las naves.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. 		

CUADRO TEMÁTICO DE CONCORDANCIAS, VARIANTES Y SIN REGISTRO

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Huida a las naves (continuación).	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		
Regreso a Cuba.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara. • Francisco Cervantes de Salazar. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. 		
Hasta Estero de los Lagartos.	<ul style="list-style-type: none"> • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras siete crónicas.

Tema	Concordancias	Variantes	Sin registro
Regreso a Cuba por Florida.	<ul style="list-style-type: none"> • Francisco Cervantes de Salazar. • Bernal Díaz del Castillo. 		<ul style="list-style-type: none"> • Las otras seis crónicas.
Informe a Diego Velázquez.	<ul style="list-style-type: none"> • Carta. • Juan Ginés de Sepúlveda. • Bartolomé de las Casas. • Bernal Díaz del Castillo. • Francisco Cervantes de Salazar. • Pedro Mártir de Anglería. • Gonzalo Fernández de Oviedo. • Francisco López de Gómara al tratar el viaje de Grijalva). 		

Miembros de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba

1. **Aguilar, Hernando de.** Véase Grunberg 2001, 9; Icaza 1923, 107.
2. **Alaminos, Antón de.** Piloto de la expedición. || Viajó con Hernando Colón, con Grijalva y con Cortés. || “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Testigo declarante. || Véase Casas; Cervantes de Salazar; Cortés; Díaz del Castillo; Fernández de Oviedo; Grunberg 2001, 15; López de Gómara; Mártir; Wagner).
3. **Álvarez, Juan, el Manquillo.** Piloto que viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Cortés (véase Díaz del Castillo; Grunberg 2001, 47; Wagner).
4. **Aragón, Juan de.** Véase Grunberg 2001, 58.
5. **Ávila, Pedro de.** Véase Wagner 1942.
6. **Ávila Quiñones, Gaspar de.** Véase Grunberg 2001; Icaza 1923, 56, quien lo registra como Dávila Quiñónez; Wagner 1942.
7. **Béjar, Benito de.** Viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Cortés. || “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Testigo declarante. || Véase Wagner.
8. **Benavides, Alonso de.** Véase Grunberg 2001, 125; Wagner.

9. **Bernal, Juan.** Viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Cortés (véase Grunberg 2001, 133).
10. **Bernardino.** Marinero levantisco (véase Grunberg 2001, 134).
11. **Berrio.** Capturado en Florida (véase Díaz del Castillo; Grunberg 2001, 136; Wagner).
12. **Boto, Alonso.** Capturado en Champotón (véase Díaz del Castillo; Grunberg 2001, 147; Wagner).
13. **Camacho, Pedro.** Piloto. || Viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Cortés (véase Díaz del Castillo; Wagner).
14. **Cuenca, Benito de.** Viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Narváez (véase Grunberg 2001, 251; Icaza 1923, 69; Wagner).
15. **Díaz del Castillo, Bernal.** Viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Cortés. || Probanza de méritos y servicios de Bernal Díaz del Castillo, promovida el 7 de septiembre de 1539. || *Historia verdadera de la Conquista de Nueva España.* || Véase Grunberg 2001, 268; Wagner.
16. **Gibraltar, Nicolás de.** Véase Grunberg 2001, 378; Icaza 1923, 1113; Wagner.
17. **González, Alonso.** Clérigo (véase Díaz del Castillo; Grunberg 2001, 395; Wagner).
18. **Guisado, Alonso.** Véase Grunberg 2001, 429, se señala que viajó con Grijalva y con Narváez, y que sus hijos declaran que también viajó con Hernández de Córdoba (puede considerarse dudoso). || Icaza 1923, 108, no figura en el viaje con Hernández de Córdoba.
19. **Hernández de Alanís, Cristóbal.** “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Testigo declarante. || Probanza de méritos y servicios de Bernal

Díaz del Castillo, promovida el 7 de setiembre de 1539. || Testigo declarante. || Grunberg 2001, 451, da como otros nombres Hernández de Mosquera, H. de Alanis y H. de la Puebla. || Icaza 1923, 19, dice: “fue uno de los primeros que vino a descubrir esta tierra”. || Véase Wagner.

20. **Hernández de Córdoba, Francisco.** Capitán general. || “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Véase Casas; Cervantes de Salazar; Cortés; Díaz del Castillo; Fernández de Oviedo; Grunberg 2001, 15; López de Gómara; Mártir; Wagner).
21. **Hernández Sevillano, Pedro.** Viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Narváez (véase Grunberg 2001, 479; Icaza 1923, 98; Wagner, sin consignar el apellido Sevillano).
22. **Íñiguez, Bernardino.** Véase Casas; Cervantes de Salazar; Díaz del Castillo 1; Fernández de Oviedo; Grunberg 2001, 491; López de Gómara; Mártir; Wagner.
23. **Jerez, Alonso de.** Véase Grunberg 2001, 500.
24. **López, Diego.** “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Citado por Diego de Baldenebro. || Véase Wagner.
25. **López, Francisco.** Véase Grunberg 2001, 542, quien señala que viajó con Grijalva y que Jerónimo López dice que también viajó con Hernández de Córdoba; Icaza 1923, 228; Wagner).
26. **López Marroqué, Pedro.** Véase Grunberg 2001, 554; Icaza 1923, 942; Thomas 1995, 229.
27. **Martín, Ginés.** “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Testigo declarante. || Véase Grunberg 2001, 600; Wagner.

- 28. Morales.** Escribano. || “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Citado por Ginés Martín, Pedro Prieto y Diego de Porras. Alaminos sin dar nombre. || Véase Wagner.
- 29. Ojeda, Alonso de.** Viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Cortés. || Dorantes de Carranza señala que fue el que capturó a Xicoténcatl (1987, 146). || Icaza menciona que viajó con Grijalva y con Cortés pero no dice que con Hernández de Córdoba (1923, 28). || Véase Grunberg 2001, 721; Wagner.
- 30. Ortiz de Zúñiga, Alonso.** Icaza dice que llegó a descubrir Nueva España y nombra ríos y puertos, después regresó a Cuba y finalmente vino con Narváez (1923, 57). Creo más probable que fuera con Grijalva antes que con Hernández de Córdoba. || Véase Wagner.
- 31. Ovide, Pedro de.** Véase Grunberg 2001, 750.
- 32. Pérez de Ardón, Juan.** Quizá sea el Juan Pérez que declaro en 1570 haber viajado en la expedición de Hernández de Córdoba. || Véase Grunberg 2001, 792.
- 33. Perón, Pedro de Toledo.** Véase Grunberg 2001, 798.
- 34. Porras, Diego de.** “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Testigo declarante. || Dorantes de Carranza Dice que viajó con Hernández de Córdoba y con Cortés (1987, 155). || Véase Grunberg 2001, 816; Icaza 1923, 70; Wagner.
- 35. Portillo, Cindo de.** Viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Cortés. || Grunberg lo registra como probable y da como otro nombre Fray Cindo de Villasinda (2001, 820). || Wagner registra a Fray Cintos de San Francisco (1942). || Véase el miembro 40 de la expedición.
- 36. Portugués viejo.** Capturado en Champotón (véase Díaz del Castillo; Wagner).

37. **Prieto, Pedro.** “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Testigo declarante. || Véase Wagner.
38. **Ramos de Lares, Martín.** Véase Grunberg 2001, 848; Wagner.
39. **Ruiz de Alaniz, Juan.** “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Citado por Cristóbal Hernández de Alaniz, quien además agrega que era su primo. || Véase Grunberg 2001, 921.
40. **San Francisco, Fray Cintos de.** Icaza dice que fue uno de los primeros que vinieron a descubrir esta Nueva España y después tornó a ella con el marqués del Valle (1923, 1228). || Véase Wagner. || Véase el miembro 35 de la expedición: Cindo de Portillo.
41. **San Juan.** “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522”. || Citado por Andrés de Monjaraz. || Grunberg registra a San Juan, el Entonado y San Juan de Uchila sin señalar que viajaron en la expedición de Hernández de Córdoba (2001, 949-950).
42. **Vázquez, Martín.** Probanza de méritos y servicios de Bernal Díaz del Castillo, promovida el 7 de septiembre de 1539. || Testigo declarante. || Véase Grunberg 2001, 1102; Icaza 1923, 180; Wagner.
43. **Vivanco.** Es un descubridor de Nueva España pero se ignora si fue con Hernández de Córdoba, con Grijalva o con Cortés (dudoso) (véase Grunberg 2001, 1155).
44. **Zaragoza, Miguel.** Viajó con Hernández de Córdoba, con Grijalva y con Cortés (véase Grunberg 2001, 1170; Icaza 1923, 185; Wagner).

Apéndices

Los puntos que trato en estos apéndices son los que pueden causar más polémica —es un decir— entre los historiadores y los especialistas. Es cierto que ya los traté en los capítulos que les corresponden y también figuran reflejados en el cuadro en que compulso las fuentes, sin embargo, en esta sección deseo insistir en ellos, repitiendo y ampliando las fuentes que respaldan mis opiniones e hipótesis.

Apéndice I. Los tres socios

Contrariamente a lo escrito por Bernal Díaz del Castillo, y repetido por muchos historiadores y estudiosos contemporáneos del tema, sobre que la expedición de Hernández de Córdoba fue fruto de la voluntad, el dinero y la decisión de ciento diez españoles, lo cierto es que la flota que llegó a Yucatán en 1517 fue armada y financiada por tres socios: Francisco Hernández de Córdoba, Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo. Éstas son las fuentes que lo respaldan:

Historiadores primitivos

1. Hernán Cortés [1519, 1842] (1866, 6).
2. Pedro Mártir de Anglería [1520, 1530, 1892] (1964, 397).
3. Francisco López de Gómara [1552] (1979a, 12); [1552] (1979b, 87).
4. Gonzalo Fernández de Oviedo [1535, 1547, 1557, 1851-1854] (1992, II, 113).
5. Bartolomé de las Casas [¿1566?, 1875] (1961, II, 402).
6. Juan Ginés de Sepúlveda [¿1562?, 1780, 1976, 1987] (1996, 82).
7. Francisco Cervantes de Salazar [1565, 1914] (1985, 61).
8. Alonso de Zorita [1585, 1909] (1999, II, 434).
9. Francisco de Terrazas [1600, 1902] (1941, 29).
10. Baltasar Dorantes de Carranza [1604, 1902] (1987, 212-213).
11. Juan de Torquemada [1615] (1975, II, 19).

Participantes en la expedición⁸⁰

1. Antonio de Alaminos (1522).
2. Ginés Martín (1522).
3. Pedro Prieto (1522).
4. Benito de Béjar (1522).
5. Cristóbal Hernández de Alaniz (1522).
6. Diego de Porras (1522).

Participantes de viajes posteriores

1. Alonso Hernández Portocarrero (1520).
2. Diego de Baldenebro (1522).
3. Bernardino Vázquez de Tapia (1522).
4. Juan Rico (1522).
5. Andrés de Monjarraz (1522).
6. Francisco Dávila (1534).⁸¹
7. Andrés de Tapia (1547).⁸²

⁸⁰ “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522” (O’Gorman 1938).

⁸¹ José Luis Martínez supone que este interrogatorio de 380 preguntas (más 42 en el interrogatorio secreto) fue redactado por Cortés y en ellas no se interroga lo que sucedió sino que se pide a los testigos la confirmación de los hechos sobre lo que se les pregunta. La segunda pregunta dice: “Si saben que Lope Ochoa de Caicedo e Cristóbal Morante y Francisco Hernández de Córdoba, vecinos de la isla Fernandina llamada Cuba, hicieron en los años de 515 y 516, una armada de tres navíos para ir por lucayos y guanajos a las islas comarcanas como se tenía por costumbre de ir los vecinos de aquellas isla y de las islas españolas y de San Juan, para traerlos como esclavos” (Martínez 1991, Documentos, II, 223).

⁸² Andrés de Tapia, en su crónica sobre Cortés, dice: “Francisco Hernández de Córdoba y otro vecino de la isla de Trinidad, que es en la isla de Cuba, habían enviado un navío” (1998, 83).

Apéndice II. La finalidad de la expedición

Aparte de la explicación dada por Bernal Díaz del Castillo, sólo contamos con las versiones recogidas por los historiadores primitivos para escribir sobre este hecho, y las declaraciones de testigos en las probanzas conocidas.

Mi opinión es que fue una expedición destinada a cazar indígenas lucayos para traerlos a trabajar como esclavos en las encomiendas de los tres socios y para vender los sobrantes. Éstas son las fuentes que la respaldan o que discrepan:

Cazar indios

1. Hernán Cortés (1866, 6).
2. Gonzalo Fernández de Oviedo (1992, II, 329; III, 391; IV, 9).⁸³
3. Bartolomé de las Casas (1961, II, 402).
4. Francisco Cervantes de Salazar (1985, 61).⁸⁴
5. Baltasar Dorantes de Carranza (1987, 212-213).
6. 1534, interrogatorio general presentado por Cortés.⁸⁵
7. Ginés Martín: “vinieron y armaron no fue sino para la isla de los lucayos, y no para otra parte”.

⁸³ Fernández de Oviedo dice: “con tres navíos para ir a rescatar, o mejor diciendo, a saltar y engañar indios a la costa de los Lucayos e islas del Norte” (1992, II, 329).

⁸⁴ Cervantes de Salazar menciona: “dicen algunos que fue para descubrir y rescatar (aunque se tiene por más cierto que para traer esclavos de las islas de Guanajos, cerca de Honduras)” (1985, 61).

⁸⁵ Véase nota 50 sobre el tipo de preguntas del interrogatorio.

8. Pedro Prieto: “para venir a las islas de los lucayos”.
9. Benito de Béjar: “la dicha armada iba a las islas de los lucayos”.
10. Cristóbal Hernández de Alaniz: “iba a la islas de los lucayos”.
11. Diego de Porras: “hicieron dicha arada para ir a las islas de los lucayos”.
12. 1534, Martín Vázquez: “venían en búsqueda de una isla por lucayos y guanayos”.⁸⁶
13. Andrés de Monjarraz: “para las islas Lucayas”.
14. Bernardino Vázquez de Tapia: “para venir a ciertas islas de los lucayos”.
15. Francisco Dávila: “iban a las islas de los dichos lucayos por lucayos o guanajos”.
16. Andrés de Tapia: “con intención de pasar a unas islas que dicen de los guanajos a traer gente para sus minas”.

Nuevas tierras

1. Pedro Mártir de Anglería (1964, 397).
2. Gonzalo Fernández de Oviedo (1992, II, 113).⁸⁷
3. Juan Ginés de Sepúlveda (1996, 82).
4. Antonio de Alaminos: “en busca de tierra nueva”.

Ambos motivos

1. Francisco López de Gómara (1979a, 12;⁸⁸ 1979b, 12).⁸⁹
2. Francisco Cervantes de Salazar (1985, 61).⁹⁰
3. Alonso de Zorita (1999, II, 434).⁹¹

⁸⁶ Declara el 20 de mayo de 1534 y afirma haber viajado en la expedición de Hernández de Córdoba (Torres de Mendoza 1877, XXVII, 116).

⁸⁷ Fernández de Oviedo modificará esta primera versión aceptando que iban a cazar indios.

⁸⁸ López de Gómara dice “yendo por indios o a rescatar”.

⁸⁹ López de Gómara dice: “para descubrir y rescatar; otros dicen que para traer esclavos de las islas Guanaxos a sus minas y granjerías, porque se apocaban los naturales de aquella isla, y porque les prohibían llevar a las minas”.

⁹⁰ Véase nota 53.

⁹¹ Zorita dice: “descubrir y rescatar”.

4. Juan de Torquemada (1975, II, 19).⁹²
5. Diego de Landa (1985, 44).⁹³

⁹² Torquemada dice: “ir a buscar indios a las islas convecinas y hacer rescates como hasta entonces lo acostumbraban”, con lo cual se puede suponer que “rescatar” no significaba “descubrir”.

⁹³ Landa dice: “a rescatar esclavos para las minas, ya que en Cuba se iba apocando la gente. Otros dicen que salió a descubrir tierra”.

Apéndice III. Antón de Alaminos

Sobre la biografía de Antonio o Antón de Alaminos se ha tejido un increíble desorden de fechas, lo cual ha llevado a suponerlo grumete de Cristóbal Colón en el cuarto viaje, sin que falte quienes agregan también su presencia en el tercer viaje colombino (1498).

Esta desinformación se origina en la lectura de un párrafo de De las Casas (modificado por Cervantes de Salazar, pero con igual contenido) que se ha aceptado a pie juntillas, seguramente bajo la errada idea de que todo lo dicho por el sacerdote va a misa. Ésta es la larga frase de De las Casas:⁹⁴

por la banda o parte del norte de la isla de Cuba, y llegaron al puerto que dicen del Príncipe, donde tenía hacienda alguno o algunos de los armadores o sus amigos, para tomar carne y agua y leña y otras cosas para su viaje; y estando allí dijo el piloto Alaminos al capitán Francisco Hernández que le parecía que por aquella mar del Poniente, abajo de la dicha isla de Cuba, le daba el corazón que había de haber tierra muy rica, porque cuando andaba con el Almirante viejo, siendo él muchacho, veía que el Almirante se inclinaba mucho a navegar hacia aquella parte, con esperanza grande que tenía que había de hallar tierra muy poblada y muy más rica que hasta allí, y que así lo afirmaba, y porque le faltaron los navíos no prosiguió aquel camino, y tornó, desde el cabo que puso nombre de Gracias a Dios, atrás de la provincia de Veragua (Casas 1961, II, 402).

Desde este comentario se ha deducido que Antón de Alaminos nació en Palos, entre 1484 y 1490, que en 1502 tenía entre doce y catorce años, y que se incorporó a la armada colombina en Sanlúcar o en Puebla vieja, cuando Colón hizo un alto para calafatear las naves y donde permaneció

⁹⁴ La anécdota completa está en la página 93 de este libro. También he incluido la versión modificada de la misma anécdota por Cervantes de Salazar.

durante un mes. Es más, Alaminos se incorporó a la armada colombina en reemplazo de otro grumete que enfermó a última hora.⁹⁵

En 1938, en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, tomo IX, número 2, el historiador mexicano Edmundo O’Gorman publicó “Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año 1522”, en la que declaran once españoles, entre los que se cuentan seis participantes en el viaje de Hernández de Córdoba, y, ¡oh sorpresa!, entre ellos Antonio de Alaminos, “estante en la Nueva España”, quien declara como testigo el 5 de mayo de 1522, cuando lo convoca Hernán Cortés, representado por poder mediante Francisco de Solís.

Como era costumbre en estas probanzas y declaraciones, la pregunta general, que se hacía en primer lugar, obligaba al testigo a decir su edad, a veces su lugar de residencia y su profesión, y también su relación o compromiso con quien lo convocaba.

Dado que el resto de las respuestas de Alaminos no nos interesan en este apartado biográfico, lo que figura en la probanza es lo siguiente:

Fue preguntado por las preguntas generales e dijo: que había cuarenta y siete años (47 años) y que no es pariente ni criado del dicho señor Capitán General, ni ha sido sobornado para decir el contenido de lo que se sabe de esta causa (O’Gorman 1938, 230).

Es cierto que los declarantes por lo general, en esos años, e incluso bastante después, no sabían la edad que tenían y más o menos declaraban aproximadamente lo que suponían y a veces daban hasta dos edades (entre 46 y 47 años, por ejemplo) cuando se les preguntaba.

En el caso de Alaminos podemos tener la certeza que él por lo menos creía tener 47 años, y no entre 32 y 38 de haber nacido entre 1484 y 1490.⁹⁶

Por otra parte, aunque no podemos saber en qué año murió, sí podemos tener la seguridad de que en 1522 se encontraba, aún vivo, en Nueva España.

⁹⁵ El principal difusor de esta versión y de la hipótesis correspondiente es el reputado historiador español Jesús Varela Marcos, de quien cito sus trabajos en la bibliografía.

⁹⁶ Si nos apegamos a esa edad, Antón de Alaminos debió nacer en 1475 y fallecer después de 1522. Estas fechas también son registradas por Grunberg (2001, 15), pero mantiene la idea de que viajó como grumete con Colón en 1502, sin considerar que a los 27 años ya nadie se enrolaba como grumete en una expedición.

Apéndice IV. Llegada a Yucatán

Uno de los puntos más sorprendentes, referentes a la llegada de la armada a Yucatán, es el primer lugar que tocó. La gran mayoría de los historiadores contemporáneos aceptan el arribo a Isla Mujeres como el primer lugar de Yucatán donde desembarcó Hernández de Córdoba y sus acompañantes. Sin embargo, y ésa es mi sorpresa, el único cronista o historiador primitivo que señala la Isla Mujeres como el punto de llegada de la expedición es Diego de Landa:

Salió de Santiago de Cuba Francisco Hernández de Córdoba con tres navíos a rescatar esclavos para las minas, ya que en Cuba se iba opacando la gente. Otros dicen que salió a descubrir tierra y que llevó por piloto a Alaminos y que llegó a la isla de Mujeres, que él puso este nombre por los ídolos que allí halló de las diosas de aquella tierra (1985, 44).

Por lo que se leerá, es posible comprobar que la llegada a Yucatán fue a Tierra Firme y no a una isla, y en todo caso a una punta, que supongo que es Punta Mujeres o, quizá, por qué no, Punta Cotoche.

No hay una sola referencia que señale Isla Mujeres, como hace Landa. Y también he querido demostrar en este apéndice que Punta Mujeres fue nombrada como ubicada en la Tierra Firme de Yucatán, tanto en el viaje de Hernández de Córdoba, como en el de Grijalva y el de Cortés.

Creo que se puede descartar, con pleno respaldo histórico, la indicación que Hernández de Córdoba llegó a Isla Mujeres, tal como figura en todos los trabajos que hacen alguna referencia al viaje de 1517. Repasemos la información que tenemos:

Historiadores primitivos

1. Hernán Cortés:
 “Y siguiendo en viaje fueron a dar a la dicha tierra intitulada Yucatán, a la punta de ella” [1519, 1842] (1866, 6).
2. Pedro Mártir de Anglería:
 “Fueron a dar en una amplísima tierra en la cual desembarcaron encontrando hospitalaria acogida por parte de sus naturales. Preguntaron los nuestros por gestos y señas cuál era el nombre de la provincia entera. ‘Yucatán’, respondieron aquéllos” [1520, 1530, 1892] (1964, 397).
3. Francisco López de Gómara:
 “Fue a dar consigo en tierra no sabida ni hollada de los nuestros, donde hay unas salinas en una punta que llamó de las Mujeres, por haber allí torres de piedra con gradas capillas cubiertas de madera y paja, en que por gentil orden estaban colocados muchos ídolos, que parecían mujeres... No paró allí, sino que se fue a otra punta que llamó de Cotoche” [1552] (1979b, 88).
 “De Acuzamil (Cozumel) fue la flota a tomar la costa de Yucatán, adonde está la punta de las Mujeres” [1552] (1979a, 25).
4. Gonzalo Fernández de Oviedo:
 “Y aquella tierra que primero vieron, era de la provincia de Yucatán... y vieron que la costa de aquella tierra era grande” [1535, 1547, 1557, 1851-1854] (1992, II, 113).
5. Diego de Landa:
 “Otros dicen que salió a descubrir tierra y que llevó por piloto a Alaminos y llegó a la Isla Mujeres, que él puso este nombre por los ídolos que allí halló de las diosas de aquella tierra como Aixchel, Ixchebeliax, Ixbunic, Ixbunieta, y que estaban vestidas de la cintura abajo y cubiertos los pechos como usan las indias” [1566, 1864] (1985, 44).
6. Bartolomé de las Casas:
 “Y finalmente, al cabo de cuatro días que habían, según su parecer, andado, con las paradas dichas, 70 o 80 leguas, llegaron a una isla grande que los indios llamaban y llaman Cozumel, y los español-

les le pusieron Santa María de los Remedios, porque les ayudase a saltar las gentes que en sus casas vivían seguras” [¿1566?, 1875] (1961, II, 402).

7. Juan Ginés de Sepúlveda:

“A los seis días llegaron a la vista de tierra firme y de la península de Yucatán, que sobresale tanto del continente por el oeste que al principio se creía que era una isla” [¿1562?, 1780, 1976, 1987] (1996, 82).

8. Francisco Cervantes de Salazar:

“Engolfándose con tiempo que no le dejó ir a otro cabo fue a dar en tierra no sabida ni hollada de españoles, donde halló unas salinas en una punta que llamó de las Mujeres. Desde allí, tornando a navegar, atravesando la costa de Yucatán para verla y cercarla toda y saber lo que en ella había, llegaron a una punta que salía a la mar, sobre la cual estaba un edificio de cal y canto, que, saltando los nuestros en tierra, supieron ser un templo de grande devoción, donde venían a hacer oración y sacrificios mujeres de religión, por lo cual, el Capitán llamó aquella punta la Punta de las Mujeres. No faltó quien dixo que en aquella tierra había amazonas aunque los nuestros nunca las vieron, porque decían algunos indios que con la venida de los españoles se habían retirado la tierra adentro” [1565, 1914] (1985, 61).

9. Bernal Díaz del Castillo:

“Pasados 21 días que habíamos salido del puerto, vimos tierra, de que nos alegramos y dimos muchas gracias a Dios por ello. La cual tierra jamás se había descubierto, ni se había tenido noticia de ella hasta entonces, y desde los navíos vimos un gran pueblo que, al parecer, estaría de la costa dos leguas, y viendo que era gran población y no habíamos visto en la isla de Cuba ni en la Española pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo” [1575, 1632] (1984b, I, 69).⁹⁷

10. Alonso de Zorita:

“Y fueron a una tierra no sabida antes, que llamaron de las Mujeres porque había allí una torre de piedras con sus gradas y capillas

⁹⁷ Este Gran Cairo es en realidad la Punta de Cotoche, tal como explico un par de páginas después.

cubiertas de madera y paja y por muy orden puesto muchos ídolos que parecían mujeres fue cosa de muy de ver edificios de piedra y la gente rica y lúcidamente vestida de allí fueron a otra punta que llamó de Cotoche” [1585, 1909] (1999, II, 434).

11. Baltasar Dorantes de Carranza:
“Y dio sin pensar en Punta de Mujeres y costa de Yucatán” [1604, 1902] (1987, 212-213).
12. Juan de Torquemada:
“Y llegó a descubrir la tierra de Yucatán, costa hasta entonces no conocida ni hallada de nuestros castellanos, donde en una punta había unas muy grandes y buenas salinas y las llamó de Las Mujeres” [1615] (1975, II, 19).

Participantes en la expedición

1. Antonio de Alaminos (1522): “aportaron en la parte que se dice Yucatán, que es bien 200 leguas de esta tierra (Tenuxtitan)”.
2. Ginés Martín (1522): “aportaron en la costa que dicen que es Yucatán”.
3. Pedro Prieto (1522): “aportaron a la tierra que dicen que es Yucatán”.
4. Benito de Béjar (1522): “arribaron en la costa de esta tierra, que dicen que es Yucatán”.
5. Cristóbal Hernández de Alaniz (1522): “aportaron en una tierra que dizque se llamaba Yucatán”.
6. Diego de Porras (1522): “llegaron a una tierra nueva que se decía que se llamaba Yucatán”.

Participantes de viajes posteriores

1. Alonso Hernández Portocarrero (1520): “descubrieron la isla que se llama de Yucatán”.
2. Andrés de Monjarráz (1522): “aportaron en una tierra que dizque se decía Yucatán”.

3. Bernardino Vázquez de Tapia (1522): “habían aportado a una tierra que se decía Yucatán”.
4. Interrogatorio general presentado por Cortés. Pregunta 3 (1534): “aportó a la punta de Yucatán, que ahora se llama de Cotoche”.
5. Francisco Dávila (1534): “habían llegado a la provincia de Yucatán que se dice punta de Cotoche”.
6. Andrés de Tapia (1547): “habían descubierto cierta parte de la costa, que es algo bajo de la isla de Cozumel, tierra poblada”.

Es también importante subrayar la existencia de Punta Mujeres, al lado de Punta Cotoche, tal como se consigna en crónicas posteriores al viaje de Hernández de Córdoba.

1. Juan de Grijalva:
 “Y encontramos una muy hermosa torre en una Punta, que se dice estar habitada por mujeres que viven sin hombres (créese que serán de la estirpe de las amazonas)” (Díaz 1988, 42).
2. Interrogatorio general presentado por Cortés. Pregunta 40:
 “Y así fueron y hallaron a dos de ellos (naves) en la punta que llaman de las Mujeres, que es en la tierra de Yucatán” (Martínez 1991, II, 229).
3. Interrogatorio general presentado por Cortés. Pregunta 48:
 “Si saben que llegado a la punta que se dice de las Mujeres, antes de doblarla, le hizo señal el adelantado con Pedro de Alvarado” (Martínez 1991, II, 231).
4. Hernán Cortés:
 “De aquí partió⁹⁸ el señor marqués y fue a la punta que llamó de las Mujeres, porque todos los ídolos que en unas salinas que ende estaban eran a manera de mujeres” (Tapia 1988, 74).
5. Hernán Cortés:
 “De Acuzamil fue la flota a tomar la costa de Yucatán, a do es la Punta Mujeres, con buen tiempo, y surgió allí para ver la disposición de la tierra y la manera de la gente. Mas no le contentó y embarcados,

⁹⁸ Se refiere al portezuelo —no da nombre— donde halló el navío que le faltaba (página 81).

quisieron doblar la punta para ir a Cotoche, y tentar qué cosa era” (López de Gómara 1979a, 25).

6. Hernán Cortés:

“Partióse Cortés de esta isla [Acuzamil, es decir, Cozumel] pasó a Yucatán, y fuese pegado a tierra para buscar el navío que faltaba, y cuando llegó a la punta de las Mujeres calmó el tiempo, y estúvose allí dos días esperando viento; en los cuales tomaron sal, que hay muchas salinas, y un tiburón con anzuelo y lazos” (López de Gómara 1979a, 29).

7. Gonzalo Fernández de Oviedo:

“Y desde la punta de la tierra de Yucatán, continuada con la dicha costa de estas cien leguas, que es dicho que está más cerca de la isla de Cozumel, se corren cuarenta leguas al Nordeste hasta la Punta de Cotoche; pero en estas cuarenta leguas está, primero, la isla de Cozumel; y más adelante la punta que llaman de las mujeres, y más adelante otra isla que llaman de las Amazonas, y después la Punta que llaman de Cotoche... Estos nombres de punta e islas de Mujeres y Amazonas, las pusieron los primeros descubridores” (1992, II, 330).

8. Bartolomé de las Casas:

“Y llegó [Cortés] a la punta de las Mujeres, que Francisco Hernández o Grijalva habían por nombre puesto, que es la primera tierra de Yucatán, obra de diez leguas de la isla” (1961, II, 455).

9. Bernal Díaz del Castillo:

Al encontrar al piloto Juan Álvarez, el Manquillo, en un puerto, luego que lo desvió una tormenta en el viaje con Cortés: “y estuvimos allí un día, y echamos dos bateles en el agua, y saltó en tierra el piloto y un capitán que se decía Francisco de Lugo; y había allí unas estancias donde había Manizales y hacían sal, y tenían cuatro *cues*, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras, y todas las más de mujeres, y eran altas de cuerpo, y se puso nombre a aquella tierra la Punta de las Mujeres” (1984b, I, 137-138).

También es posible citar a Alonso de Chaves que en el capítulo undécimo de su *Espejo de navegantes* (1538), al tratar la costa de Yucatán

y sus partes, dice: “de la punta de las Mujeres hasta la punta de Catoche se corre al norte, hay un camino de 14 leguas”, y líneas después agrega: “Punta de las Mujeres, en el Yucatán, está en 19 2/3 grados” (Castañeda, Cuesta y Hernández 1977, 108-109).

Lo importante de estas declaraciones es que demuestran que la armada de Hernández de Córdoba no llegó a Isla Mujeres, como repiten insistentemente los historiadores contemporáneos sin ninguna base histórica que los respalde (salvo la de Landa), sino a una Punta de la Tierra Firme de la península de Yucatán, sea Punta de Catoche o Punta Mujeres.

A partir de esa certidumbre, yo he levantado la hipótesis de que llegaron a la punta que se llamó Punta de las Mujeres o Punta Mujeres (lo cual creo porque el nombre guarda relación con el robo de las estatuillas de diosas femeninas —justificación del nombre—, que es lo que lleva a los distraídos historiadores a creer, por eso, que llegaron a Isla Mujeres, olvidando, además, que su fuente, Bernal Díaz del Castillo, dice que fueron robadas durante la inexistente batalla de Cabo Catoche y que en ningún momento nombra Isla Mujeres.

Apéndice V. El Gran Cairo

Copio la larga explicación de Bernal sobre el lugar de llegada pues el primer pueblo visto, al que llama Gran Cairo, es el mismo al que se bautizó Punta de Cotoche:

Y desde los navíos vimos un gran pueblo, que al parecer estaría de la costa dos leguas y viendo que era gran población y no habíamos visto en la isla de Cuba pueblo tan grande, le pusimos por nombre Gran Cairo. Y acordamos que con los dos navíos de menos porte se acercasen lo más que pudiesen a la costa, para ver si habría fondo para que pudiésemos anclar junto a tierra; y una mañana, que fueron 4 de marzo, vimos venir 10 canoas muy grandes, que se dicen piraguas, llenas de indios naturales de aquella poblazón, y venían a remo y vela. Son canoas hechas a manera de artesas, y son grandes y de maderos gruesos y cavados de arte que están huecos; y todas son de un madero, y hay muchas de ellas en que caben 40 indios.

Quiero volver a mi materia. Llegados los indios con las 10 canoas cerca de nuestros navíos, con señas de paz que les hicimos, y llamándoles con las manos y capeando para que nos viniesen a hablar, porque entonces no teníamos lenguas que entendiesen la de Yucatán y mexicana, sin temor ninguno vinieron, y entraron en la nao capitana sobre 30 de ellos, y les dimos a cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuvieron mirando por un buen rato los navíos.

Y el más principal de ellos, que era cacique, dijo por señas que se querían tornar en sus canoas e irse a su pueblo; que para otro día volverían y traerían más canoas en que saltásemos en tierra.

Y venían otros indios vestidos con camisetas de algodón como jaquetas, y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman masteles; y tuvimoslos por hombres de más razón que a los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con las vergüenzas de fuera, excepto las mujeres, que traían hasta los muslos unas ropas de algodón que llaman naguas.

Volvamos a nuestro cuento. Otro día por la mañana volvió el mismo cacique a nuestros navíos y trajo 12 canoas grandes, ya he dicho que se dicen piraguas, con indios remeros, y dijo por señas, con muy alegre cara y muestras de paz, que fuésemos a su pueblo y que nos darían comida y lo que hubiésemos menester, y que en aquellas canoas podíamos saltar en tierra; y entonces estaba diciendo en su lengua: *Cones cotoche, cones cotoche*, que quiere decir: Andad acá, a mis casas, y por esta causa pusimos por nombre aquella tierra Punta de Cotoche, y así está en las cartas de marear (Díaz del Castillo 1984b, I, 69-70).

Le presto atención a este nombre duplicado porque en el importante libro de Hugh Thomas, *La conquista de México*, se produce una gran confusión y el historiador inglés hace una mezcolanza con elementos referentes a Catoche, Gran Cairo y Campeche. Y considerando que Catoche y el Gran Cairo son dos lugares diferentes en los que desembarca Hernández de Córdoba, escribe un disparate como este:⁹⁹

Hernández de Córdoba prosiguió su camino (desde Catoche) y no tardó en encontrar una ciudad amurallada a orillas de un río que ya habían visto desde el mar. En dicha ciudad había “casas con torres, templos magníficos, y plazas donde se celebraban su feria” y, es de suponer, pirámides. Era la primera vez que los españoles veían edificios de piedra construidos por naturales. Ese lugar debió de estar cerca de Porvenir, una pequeña ciudad en nuestros días. Los españoles lo nombraron El Gran Cairo, dado que, aunque ninguno habría estado en la capital egipcia, todos habrían relacionado las pirámides con dicha ciudad. Quizá algunos miembros de la expedición habían leído u oído hablar de *Legatio babylonia*, el relato que escribió Mártir de su misión en El Cairo en 1498. Cromberger publicó la obra en Sevilla en 1511. Además, entre la expedición había unos cuantos marineros levantiscos, que bien podían ser griegos (Thomas 1995, 122).

Para Thomas, la inexistente estada en ese Gran Cairo que describe con detalle fue el aporte decisivo para conocer las costumbres y la organización maya, y de ahí se llevaron objetos de oro, vieron cruces y capturaron a los dos indios mayas (dice que eran bizcos). La pintoresca razón por la que los españoles siguieron el viaje vale la pena reproducirla íntegra:

⁹⁹ Disparate que se inicia con Madariaga (1941) y se prolonga hasta Miralles (2001).

Después de todo, los ciento diez castellanos comían mucho: sobre todo platos variados de maíz, pero también verduras, cocidos de carne de caza y de pescado, a menudo condimentados con salsas de pimiento picante. Probablemente bebían cacao. Además, usaban mucha agua, que era más difícil de conseguir en el Yucatán que en las islas caribeñas. Hernández de Córdoba ordenó a sus hombres que abordaran nuevamente las naves (Thomas 1995, 123).¹⁰⁰

De ahí siguieron el viaje a Campeche, que describe como un lugar de menor importancia que Catoche y del Gran Cairo.

¹⁰⁰ Como bien comentó sabiamente Pedro Mártir en una ocasión: “No es grata la estancia larga de ningún huésped”.

Apéndice VI. Los muertos en Champotón

Historiadores primitivos

1. Hernán Cortés: veintiséis muertos; el resto, heridos (1886, 7).
2. Pedro Mártir de Anglería: veintidós muertos; la mayoría, heridos (1964, 402).
3. Francisco López de Gómara: veinte muertos, heridos más de cincuenta y un capturado (1985, 89).
4. Gonzalo Fernández de Oviedo: veinte muertos, hirieron a más de treinta (1992, II, 114).
5. Bartolomé de las Casas: veinte muertos; todos o los más, heridos (1961, II, 402).
6. Juan Ginés de Sepúlveda: veinte muertos y treinta heridos (1996, 84).
7. Francisco Cervantes de Salazar: más de veinte muertos y más de cincuenta heridos (1985, 63).
8. Alonso de Zorita: veinte muertos y más de cincuenta heridos (1999, II, 435).
9. Francisco de Terrazas: veinte muertos, no dice sobre los heridos (1941, 41).
10. Baltasar Dorantes de Carranza: veinte muertos, no dice sobre los heridos (1987, 213).
11. Diego de Landa: veinte muertos, cincuenta heridos y dos capturados (1985, 45).
12. Juan de Torquemada: cuarenta y siete muertos, más de cincuenta heridos y dos capturados (1975, II, 20).

En estas doce historias primitivas, el número de muertos sólo sobrepasan dos veces de veinte, en la carta de los soldados (veintiséis) y en Mártir

de Anglería (veintidós); los demás cronistas señalan veinte muertos, con la excepción de Torquemada que dice cuarenta y siete, acercándose a los cincuenta y siete que registra Bernal (sin contar los cinco que mueren en las naves), y todos heridos.

También, los cronistas que señalan los flechazos que recibió Hernández de Córdoba dicen más de treinta o treinta y tres la mayoría. Bernal dice que sólo recibió doce flechazos, lo cual también registra Torquemada, aunque algunos historiadores contemporáneos los han bajado a diez. (Fernández de Oviedo y Ginés no dicen nada sobre estos flechazos indígenas al capitán.)

Pedro Prieto

De los testigos que declararon en la probanza sobre la llegada de Cristóbal de Tapia (1522), sólo Pedro Prieto, integrante de la expedición de Hernández de Córdoba, dice que “murieron allí 25 españoles”; los demás sólo confirman que fueron desbaratados en Champotón.

Francisco Dávila

En la declaración al interrogatorio presentando por Hernán Cortés, Francisco Dávila declaró que “le mataron (a Hernández de Córdoba) 21 o 22 hombres españoles de los compañeros, y el dicho capitán salió herido de muchos flechazos que le dieron”. (La pregunta del interrogatorio decía: si era verdad que “le mataron los 26 hombres y a él le hicieron más de 20 heridas”).

Antonio de Herrera

Vale la pena indicar que Herrera dice: “Viéndose pues tan herido [Hernández de Córdoba] y no de 33 heridas [como dijo López de Gómara]”. Líneas antes ya había señalado que había recibido sólo doce flechazos. Herrera sigue en todo a Bernal.

Sobre los muertos, Herrera dice (1936, 165) que fueron cuarenta y siete los muertos en la batalla y cinco más en los navíos; luego agrega uno capturado y un muerto en el viaje a la Florida (1936, 169); y finalmente, tres muertos en La Habana, con lo cual suma los cincuenta y siete muertos que indicó Bernal.¹⁰¹

A partir de estas declaraciones y estas cifras surgen varias interrogantes cuyo fondo planteo como una hipótesis:

¿La armada de Hernández de Córdoba estaba formada por ciento diez hombres, considerando sólo a los que iban a cazar indios o contando también a los marineros?

Si la repetida cifra de los veinte muertos como promedio general ¿no revelara que los españoles que iban a cazar indios sólo eran cuarenta (o a lo más cincuenta), aunque algunos historiadores primitivos registren en treinta o cincuenta los heridos (cinco de doce dicen, cincuenta heridos; dos de doce, treinta heridos; tres no enumeran los heridos y dicen: todos o la mayoría; y dos no tocan el tema)?

Para explicar la cantidad de heridos debe tenerse en cuenta que a los “soldados” —como los llama Bernal—, se sumaron los marineros que desembarcaron con ellos y resultaron heridos o muertos en la batalla. Esto explicaría la cantidad de heridos señalados por los historiadores primitivos y algunos testimonios.

También para explicar la razón por la cual se quemó el bergantín, Bernal —dado que era costumbre que los marineros no bajaran a pelear— comenta: “y como estaban también heridos todos los más de los marineros que saltaron con nosotros, que se hallaron en las peleas, no teníamos quien marease las velas, y acordamos que dejásemos un navío el de menos porte,¹⁰² en la mar, puesto fuego, después de sacadas de él las velas y anclas y cables, y repartir los marineros que estaban sin heridas en los dos navíos de mayor porte” (Díaz del Castillo 1984b, I, 78).

Al salir de Florida, rumbo a Cuba, Bernal cuenta sobre la actitud de algunos marineros: “Acuérdome que traíamos allí con nosotros a unos marineros levantiscos y les decíamos: ‘Hermanos, ayudad a sacar la bomba, pues veis que estamos muy mal heridos y cansados de la noche

¹⁰¹ Debe tenerse en cuenta que para Bernal, en la inexistente batalla de Catoche, murieron dos españoles de los quince heridos.

¹⁰² Sin duda el bergantín del gobernador Diego Velázquez.

y el día, porque nos vamos a fondo', y respondían los levantiscos. 'Hacé-
telo vos, pues no ganamos sueldo, sino hambre, y sed, trabajos y heridos,
como vosotros'" (Díaz del Castillo 1984b, I, 82).

Bibliografía general

Crónicas (testigos del viaje)

Véase Cortés; Díaz del Castillo 1982, 1984a, 1984b, 2011.

Historias primitivas (base del trabajo)

Veáse Casas; Cervantes de Salazar; Fernández de Oviedo; Ginés de Sepúlveda; López de Gómara; Mártir de Anglería.

Probanzas, relaciones, documentos (de referencia)

Véase Díaz del Castillo 1539; Fernández del Castillo; Garza; Martínez 1990-1992; O’Gorman; Real Academia de la Historia; Torquemada; Torres de Mendoza.

Trabajos directos sobre el viaje de 1517¹⁰³

Véase Gómez Martín; Saville; Wagner.

Consulta general

Siglos XVI y XVII (crónicas e historias)

Véase C. Colón; H. Colón; Díaz; Dorantes de Carranza; Durán; Herrera; Landa; López de Cogolludo; Rodríguez Freyle; Solís; Tapia; Terrazas; Vespucio; Zorita.

¹⁰³ Wikipedia ofrece información sobre Hernández de Córdoba y sobre el descubrimiento de Yucatán pero con muchos errores.

Siglos XIX, XX y XXI

Véase Altolaguirre y Duvale; Amaya Topete; Ancona; Antochiw; Antochiw y Dachary; Bernand y Gruzinski; *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*; Boyd-Bowman; Bustos; Cabeza; Castañeda, Cuesta y Hernández; Chamberlain; Chaunu; Cook; Durand; Esteva Barba; Ezquerro Abadía; Fernández Duro; Fitte; Friederici; García; García de Miranda y Falcón de Gyves; Garza; Gil; Grunberg; Icaza; Junco; Kirkpatrick; Lanz; León-Portilla; Martín Merás; Mena García; Mira Caballos 2014; Molinari; Molina Solís; Morales Padrón; Morley; Orozco y Berra; Pavón Abreu; Prescott; Quiroga; Restall; Rosenblat; Sauer; Seco Serrano; Thomas; Varela Marcos; Zavala.

Noticia en biografías de Hernán Cortés

Véase Benítez; Bennassar; Claise; Dotor; Gurría Lacroix; Lucena Salmoral; Madariaga; Martínez 1990; Mira Caballos; Miralles Ostos; Pereyra; Ramos Pérez; Vaca de Osma; White.

ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, ÁNGEL DE

- 1954 *Descubrimiento y conquista de México*. Con una introducción sobre fuentes de A. Ballesteros y Beretta. Barcelona: Salvat Editores. Véase pp. 62-69.

Relación breve, siguiendo puntualmente a Bernal, a quien también tergiversa separando Champotón de Potochán, donde se da la batalla en la que muere la mitad de los españoles. Es una pobre y errada descripción del viaje.

AMAYA TOPETE, JESÚS

- 1958 *Atlas mexicano de la conquista. Historia gráfica de 40 cartas*. México: FCE. Véase pp. 1-2 para el texto y el mapa 2 para la expedición de Hernández de Córdoba que figura junto a la ruta de Grijalva.

Gran confusión de señalamientos en la ruta de Hernández de Córdoba y de Grijalva al llegar a la península de Yucatán; además, hay una extensión de ruta por las Bahamas y no se traza la de regreso de Grijalva.

ANCONA, ELIGIO

- 1889 *Historia de Yucatán. Desde la época más remota hasta nuestros días*. Segunda edición. Edición de Manuel Heredia Argüelles. Barcelona: Imprenta de Jaime Jesús Roviralta. Véase tomo I, pp. 219-230.

Es una versión resumida del viaje de Hernández de Córdoba, basándose casi exclusivamente en Bernal Díaz del Castillo y citando también a Cogo lludo. La primera edición es de 1878-1880.

ANTOCHIW, MICHEL

- 1994 *Historia cartográfica de la Península de Yucatán*. México: Gobierno del Estado de Campeche-Centro de Investigación y Estudios Avanzados del IPN-Grupo Tribasa. Véase pp. 89-91, pero para antecedentes de la llegada a Yucatán, comenzar desde la p. 63.

Es un escueto y desinformado comentario sobre el viaje de Hernández de Córdoba, donde lo más grave es informar erróneamente que “Gómara dice que tocaron en el sur de una isla donde, en un templo, encontraron ídolos de mujeres (Isla Mujeres)”, y anota que lo mismo repiten Landa y Torquemada (el único que dice Isla Mujeres es Landa; tampoco Torquemada).

ANTOCHIW, MICHEL Y ALFREDO CÉSAR DACHARY

- 1991 *Historia de Cozumel*. México: Conaculta. Véase pp. 75-84, y sobre la existencia de cruces, pp.151-160.

Es una recopilación de la información que figura en las crónicas sobre el viaje de Hernández de Córdoba, que no llegó a Cozumel. Cita mal a López de Gómara, para apoyarse en él y en Landa y Torquemada a fin de armar “una segunda versión” que sostiene que la expedición llegó a Isla Mujeres. Aunque cita tangencialmente a otros cronistas, su fuente respetada y seguida es Bernal Díaz del Castillo.

BENÍTEZ, FERNANDO

- 1950 *La ruta de Hernán Cortés*. México: FCE.

Sigue al pie de la letra a Bernal Díaz del Castillo para describir la expedición de Hernández de Córdoba.

BENASSAR, BARTOLOMÉ

- 2002 *Hernán Cortés. El conquistador de lo imposible*. Traducción de María Calonge. Madrid: Temas de Hoy.

Varias menciones y media página sobre el viaje de Hernández de Córdoba siguiendo a Bernal Díaz del Castillo.

BERNARD, CARMEN Y SERGE GRUZINSKI

- 1996 *Historia del Nuevo Mundo. Del descubrimiento a la conquista. La experiencia europea. 1492-1550*. Traducción de María Antonio Neira Bigorra. México: FCE.

Breve referencia a Hernández de Córdoba siguiendo solamente a Bernal Díaz del Castillo.

Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia

- 1972 “Número conmemorativo del cuadringentissexagesimo aniversario del descubrimiento de La Florida y Yucatán. 1513-1973. Dedicado a el descubrimiento de La Florida, 2 de abril de 1513. El descubrimiento de Yucatán, 26 de septiembre de 1513”, volumen II, número 8 (30 de junio): 1-285.

Estudio destinado a probar que Ponce de León estuvo en Yucatán en 1513 y en 1516. Trata sobre el viaje de Hernández de Córdoba, destacando el “reconocimiento” de Alaminos de la zona donde llegaron y la importancia del regreso a Cuba por Florida.

BOYD-BOWMAN, PETER

1964 *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo XVI*. Tomo I, 1493-1519. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Meticulosa relación de emigrantes españoles de acuerdo a la documentación conservada (mucho perdida e incompleta).

BUSTOS, GERARDO

1988 *Libro de las descripciones. Sobre la visión geográfica de las península de Yucatán en textos españoles del siglo XVI*. México: UNAM.

Se trabaja sobre la relación de las cosas de Yucatán, de Diego de Landa, y sobre las Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán, editadas por Mercedes de la Garza.

CABEZA, GREGORIO Z.

1990 *Cronistas de Yucatán. Reproducciones facsimilares*. México: Caaarem.

Sin ningún interés.

CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS

1961 (¿1566?, 1875). *Obras escogidas de Fray Bartolomé de las Casas*. Tomo II. Texto fijado por Juan Pérez de Tudela Bueso y Emilio López Oto. Estudio crítico preliminar y edición de Juan Pérez de Tudela Bueso. Madrid: Ediciones Atlas.

1965 *Historia de las Indias*. Segunda edición. Edición de Agustín Millares Carlo y estudio preliminar de Lewis Hanke. México: FCE.

CASTAÑEDA, P., M. CUESTA Y P. HERNÁNDEZ

1977 *Alonso de Chaves y el Libro IV de su Espejo de navegantes*. Madrid: s. e.

Esta obra permaneció inédita hasta esta publicación. Los editores y estudiosos de esta obra estiman su redacción entre 1520 y 1528. Chaves era piloto de su majestad y en el manuscrito afirma que la obra fue aprobada por los demás cartógrafos de la Casa de Contratación y de los más sabios pilotos que han navegado y residido por esas partes.

CERVANTES DE SALAZAR, FRANCISCO

1971 *Crónica de la Nueva España*. Edición de Manuel Magallón. Estudio preliminar e índices de Agustín Millares Carlo. Madrid: Ediciones Atlas. Véase tomo I, pp. 151-153.

Recoge tres versiones diferentes, dos disparatadas y una siguiendo a López de Gómara. Se suponía que tenía información de conquistadores o de sus descendientes, lo cual no se refleja en este viaje.

CERVANTES DE SALAZAR, FRANCISCO

1985 (1566, 1914). *Crónica de la Nueva España*. Prólogo de Juan Miralles Ostos. México: Porrúa. Véase pp. 61-64.

CHAMBERLAIN, ROBERT S.

1982 *Conquista y colonización de Yucatán. 1517-1550*. Segunda edición. Traducción de Álvaro Domínguez Peón, revisada por J. Ignacio Rubio Mañé y Rafael Rodríguez Contreras. Prólogo de J. Ignacio Rubio Mañé. México: Porrúa. Véase pp. 13-16.

Este importante trabajo está dedicado a Francisco de Montejo y la conquista de Yucatán. Su relación sobre el viaje de Hernández de Córdoba es muy sumaria a pesar de la importancia histórica que tiene para esa zona geográfica y cultural de México.

CHAUNU, PIERRE

1973 *Conquista y explotación de los nuevos mundos (siglo XVI)*. Traducción de María Ángeles Ibáñez. Barcelona: Labor.

Le dedica sólo unas líneas a la expedición de Hernández de Córdoba, siguiendo a De las Casas y situando la primera llegada a Yucatán en la isla de Cozumel.

CLAISE, GUY

1990 *Hernán Cortés y la conquista de Méjico*. Madrid: Labor.

Un párrafo sobre la expedición de Hernández de Córdoba dice que sólo llegaron hasta Campeche y que tuvieron hostilidad encarnizada en todos los lugares donde desembarcaron.

COLÓN, CRISTÓBAL

1984 *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales*. Segunda edición. Edición, prólogo y notas de Consuelo Varela. Madrid: Alianza Editorial.

La edición más completa de documentos firmados o atribuidos con razón probada a Cristóbal Colón.

COLÓN, HERNANDO

1984 (1577-1749). *Historia del Almirante*. Edición de Luis Arranz. Madrid: Historia 16.

COOK, NOBLE DAVID

2005 *La conquista biológica. Las enfermedades en el Nuevo Mundo, 1492-1650*. Traducción de María Asunción Gómez. Madrid: Siglo XXI.

Un interesante pero muy discutible libro sobre las epidemias que asolaron el Nuevo Mundo de manera continuada desde su descubrimiento. Es el principio para justificar el exterminio indígena y disculpar la acción de los conquistadores.

CORTÉS, HERNÁN

1866 (1519, 1842). *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al emperador Carlos V*. Corregidas e ilustradas por don Pascual de Gayangos. París: Imprenta Central de los Ferrocarriles A. Chaix y Cía.

1946 *Cartas y relaciones. Con otros documentos relativos a la vida y a las empresas del conquistador*. Prólogo y notas de Nicolás Coronado. Buenos Aires: Emecé Editores.

1958 *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*. Aclaraciones y rectificaciones de la profesora Eulalia Guzmán. Tomo I en que se contienen las relaciones I y II. México: Libros Anáhuac. Véase pp. 14-16.

Trabajo radicalmente contrario a Cortés en sus aclaraciones y rectificaciones al texto. Sólo se publicó este primer tomo.

1963 *Cartas y documentos*. Introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba. México: Porrúa. Véase pp. 6-7.

1988 *Cartas de relación*. Edición de Mario Hernández. Segunda edición. Madrid: Historia 16. Véase pp. 42-44.

1993 *Cartas de relación*. Nota preliminar de Manuel Alcalá. Decimoséptima edición. México: Porrúa.

Para el viaje de Francisco Hernández de Córdoba resulta valiosa la primera carta: "Primera carta-relación de la justicia y regimiento de la Rica Villa de la Vera Cruz a la reina doña Juana y al emperador Carlos V, su hijo, 10 de julio de 1519". La primera edición es de 1842, en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, de Fernández de Navarrete, y desde

entonces se decidió que remplazara a la perdida primera carta que escribió Cortés a Carlos V. Es más que probable que algunos de los firmantes estuvieran en la expedición de Hernández de Córdoba.

DÍAZ, JUAN

- 1939 “Itinerario de Juan de Grijalva”. En *Crónicas de la conquista de México*, introducción, selección y notas de Agustín Yáñez, 15-39. México: UNAM.
- 1988 “Itinerario de la armada del Rey Católico a la isla de Yucatán, en la India, en el año 1518, en el que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva”. En *La conquista de Tenochtitlán*, J. Díaz, A. Tapia, B. Vázquez y F. Aguilar, edición de Germán Vázquez, 31-57. Madrid: Historia 16.

DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL

- 1950 (1539). “Probanza de méritos y servicios de Bernal Díaz del Castillo, promovida el 7 de septiembre de 1539”. En *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. 3 tomos. México: Espasa Calpe.
- 1982 (1575, 1632). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición crítica de Carmelo Sáenz de Santa María. Madrid: Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo-csic.
- 1984a *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Séptima edición conforme a la de 1944, con la introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. México: Porrúa.
- 1984b *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición de Miguel León Portilla. 2 tomos, segunda edición. Madrid: Historia 16. Véase tomo A, pp. 67-85.
- 2011 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición, estudio y notas de Guillermo Serés. Madrid: Real Academia Española.

Bernal Díaz del Castillo y Hernán Cortés son los dos grandes testigos y cronistas de la conquista de México, aventajado en información el primero por narrar como participante las expediciones de Hernández de Córdoba y de Grijalva (aunque en la actualidad hay dudas sobre la veracidad de sus viajes). Se supone que en 1551 comenzó a escribir su crónica y que en 1575 envió una copia a España. La primera edición es de Madrid, en 1632. Bernal participó en el viaje de Hernández de Córdoba pero en su testimonio agrega una serie de hechos que difieren totalmente de las historias escritas

o publicadas hasta entonces. A pesar de la distancia de tiempo que existe entre los hechos y el momento en que los escribe, su testimonio ha sido privilegiado sobre otros muchos por la historiografía, lo cual puede resultar fácil de entender, pero difícil de aceptar por la cantidad de errores históricos que se continúan repitiendo hasta la actualidad. De cualquier forma, su crónica es el único testimonio directo sobre el viaje de Hernández de Córdoba.

DORANTES DE CARRANZA, BALTASAR

1987 *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España. Con noticia individual de los conquistadores y primeros pobladores españoles*. Prólogo de Ernesto de la Torre Villar. México: Porrúa. Véase pp. 212-213.

Publicada por primera vez en 1902, aunque posiblemente entregada al virrey marqués de Montesclaros en 1604 como relación de servicios en defensa de los intereses de los descendientes de los conquistadores —se supone que fue escrita a principios del siglo xvi—: consultó documentos de los archivos de la ciudad y recibió “papeles e información de sus servicios” de los habitantes de la capital de la Nueva España (en esos años ya no sobrevivían conquistadores que hubieran acompañado a Hernández de Córdoba). En la página 213 figura un despectivo y sarcástico comentario sobre el viaje de Hernández de Córdoba luego de citar en la página 212 al poeta Terrazas que escribe versos sobre los inicios del viaje.

DOTOR, ÁNGEL

1948 *Hernán Cortés. El conquistador invencible*. Prólogo de S. González Anaya. Madrid: Editorial Gran Capitán.

Contiene algo más de una página sobre la expedición de Hernández de Córdoba alterando la información original (por ejemplo, que Velázquez se entusiasmó con la versión de Alaminos sobre su viaje con Colón) y sigue a Bernal Díaz del Castillo.

DURÁN, DIEGO

1984 (1867, 1880). *Historia de las Indias de Nueva España y islas de la Tierra Firme*. 2 tomos. La prepara y da a luz Ángel Ma. Garibay K., con 116 láminas en facsímil, a color. México: Porrúa.

La información principal está relacionada con la historia antigua de México. Sobre la llegada de los españoles se ocupa en los últimos capítulos del segundo tomo sin que se sepa si la primera información recibida fue sobre Hernández de Córdoba o Grijalva.

DURAND, JOSÉ

1953 *La transformación social del conquistador*. 2 tomos. México: Porrúa y Obregón.

Un magnífico análisis del espíritu de los conquistadores desde que llegan a las Indias y sus relaciones con la corte y la nobleza española.

ESTEVA BARBA, FRANCISCO

1992 *Historiografía indiana*. Segunda edición. Madrid: Gredos.

Utilísima guía de las fuentes históricas —con cuidadosos comentarios acerca de los autores y sus libros— sobre el descubrimiento español de América y su conquista.

EZQUERRA ABADÍA, RAMÓN

1970 “El viaje de Pinzón y Solís al Yucatán”. *Revista de Indias* XXX (119-122): 217-238.

Llega a la conclusión, analizando la cartografía y las fuentes, que recién en 1508 se llegó hasta Yucatán.

FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, FRANCISCO

1927 (1531). “Información de méritos del capitán Cristóbal Martín Millán de Gamboa y su descendencia”. En *Tres conquistadores y pobladores de la Nueva España*. Tomo XII. México: Publicaciones del Archivo General de la Nación.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO

1992 (1535, 1547, 1557, 1851-1854). *Historia general y natural de las Indias*. 5 tomos. Reimpresión. Edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso. Madrid: Ediciones Atlas.

La primera edición, hasta el libro XIX e incluyendo también el último libro, es de 1535; hubo una segunda edición, corregida y ampliada, en 1547, que es la que he podido consultar en facsímil. Su aporte no es original e importante como sobre otros viajes y otras partes de América.

FERNÁNDEZ DURO, CESÁREO

1885 “Primeras noticias de Yucatán”. En *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 306-312. Tomo 7. Madrid: Imprenta de Fortanet.

La información que cita Fernández Duro me parece una referencia desordenada sobre el viaje de Grijalva, curiosa y nada más.

FITTE, ERNESTO J.

1963 *Hambre y desnudeces en la conquista del Río de la Plata*. Buenos Aires: Emecé Editores.

FRIEDERICI, GEORG

1973-1988 (1925). *El carácter del descubrimiento y la conquista de América. Introducción a la historia de la colonización de América por los pueblos del Viejo Mundo*. Traducción de Wenceslao Roces (tomo I) y Angelika Scherp (tomos II y III). México: FCE.

Una obra clásica para el estudio de América. El tomo I concierne a la América hispana, donde se hace un estudio que abarca una gran diversidad de aspectos —desde la flora y la fauna hasta la técnica de la conquista española— y se hacen señalamientos muy útiles recurriendo siempre a diversos ejemplos históricos para respaldar lo que se dice.

GARCÍA, GENARO

1990 (1901). *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Véase pp. 136-146. Facsímil de la edición mexicana de 1901. Prólogo de Andrés Henestrosa. México: Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán.

Sigue las crónicas para demostrar la agresividad y maldad de los españoles, pero también hace observaciones interesantes a considerar. Henestrosa —en su breve prólogo— afirma que su fin fue enfrentar a quienes “quisieron presentar a la conquista como una bendición del cielo” y niega que sea “un prurito de acumular sobras y humo sobre la conquista”.

GARCÍA DE MIRANDA, ENRIQUETA Y ZAIDA FALCÓN DE GYVES

1993 *Nuevo atlas Porrúa de la República Mexicana*. Novena edición. México: Porrúa.

Útil para consulta geográfica. En la página 11 incluye un mapa con los itinerarios de Hernández de Córdoba, Grijalva y Cortés.

GARZA, MERCEDES DE LA, COORDINACIÓN

1983 *Relaciones histórico-geográficas de la gobernación de Yucatán (Mérida, Valladolid y Tabasco)*. 2 tomos. Edición preparada por Mercedes de la Garza, Ana Luisa Izquierdo, María del Carmen León y Tolita Figueroa, bajo la coordinación de Mercedes de la Garza. México: UNAM.

GIL, JUAN

1989 *Mitos y utopías del descubrimiento: II. El Pacífico*. Madrid: Alianza Editorial.

No tiene la menor idea del viaje de Hernández de Córdoba por leer sólo la *Crónica de la Nueva España* de Cervantes de Salazar, la peor que podría haber escogido.

GINÉS DE SEPÚLVEDA, JUAN

1996 (¿1562?, 1780, 1976, 1987). *Historia del Nuevo Mundo*. Segunda edición. Introducción, traducción y notas de Antonio Ramírez de Verger. Madrid: Alianza Editorial. Véase pp. 82-84.

Está dedicado exclusivamente a Colón y a la conquista de México y abarca también los viajes previos de Hernández de Córdoba y de Grijalva.

GÓMEZ MARTÍN, JORGE ÁNGEL

2013 “El descubrimiento de Yucatán”. *Revista de Estudios Colombianos* 9: 53-60.

Atribuye a Díaz de Solís y Yáñez Pinzón el descubrimiento de Yucatán. Varios errores sobre el viaje y el concepto general.

GRUNBERG, BERNARD

2001 *Dictionnaire des Conquistadores de México*. París: L'Harmattan.

Magnífico y muy informativo diccionario, útil, en este caso, para rastrear a participantes en la expedición de Cortés que viajaron con Hernández de Córdoba en 1517, a quien, con justicia, también considera conquistador de México.

GURRÍA LACROIX, JORGE

1968 *Artes de México. Itinerario de Hernán Cortés XV* (111). Gran cantidad de ilustraciones. Véase pp. 8-12. Mapa de los viajes en las pp. 44-45.

1973 *Itinerario de Hernán Cortés. Itinerary of Hernán Cortés*. Segunda edición, bilingüe. México: Ediciones Euroamericanas.

Contiene mapa sobre los viajes de Hernández de Córdoba —con parada en Isla Mujeres—, de Grijalva y de Cortés. Errores en las referencias textuales sobre el viaje de Hernández de Córdoba. Atribuye a Alaminos el descubrimiento de Yucatán a partir del encuentro de Colón con una balsa supuestamente maya.

HERRERA, ANTONIO DE

1936 *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas, y Tierra Firme del Mar Océano*. Publicada por acuerdo de la Academia de la Historia. Con notas de Antonio Ballesteros Beretta. Madrid. Véase tomo IV, pp. 159-173.

Ballesteros en su nota dice que en los capítulos referentes a Hernández de Córdoba, XVII y XVIII, Herrera resume los seis primeros capítulos de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo y rectifica el texto de Francisco López de Gómara que trata de este asunto en su *Historia general de las Indias*. Esto es correcto, pero Herrera saca información de otras historias primitivas y a López de Gómara sólo lo contradice de manera directa diciendo que no fueron treinta flechazos sino sólo doce los que recibió Hernández de Córdoba en Champotón, lo cual resulta baladí.

ICAZA, FRANCISCO A. DE

1923 *Conquistadores y pobladores de Nueva España. Diccionario autobiográfico sacado de textos originales*. 2 tomos. Madrid: edición del autor.

JUNCO, ROBERTO

2012 “La ruta de Veracruz a La Habana en la época colonial”. En *Arqueología marítima en México. Estudios interdisciplinarios en torno al patrimonio cultural sumergido*, coordinación de Vera Moya Sordo, 93-114. México: INAH.

Interesante trabajo sobre la navegación en el Golfo de México a lo largo de la historia, que se ocupa del viaje de Hernández de Córdoba y el de Grijalva.

KIRKPATRICK, FREDERICK ALEXANDER

1935 *Los conquistadores españoles*. Traducción de Rafael Vázquez Zamora. Madrid: Espasa-Calpe.

Breve noticia sobre la expedición de Hernández de Córdoba a partir de Bernal Díaz del Castillo.

LANDA, DIEGO DE

1938 (1566, 1864). *Relación de las cosas de Yucatán*. Introducción y notas de Héctor Pérez Martínez, con un apéndice en el cual se publican por primera vez varios documentos importantes y cartas del autor. México: Editorial Pedro Robredo.

LANDA, DIEGO DE

- 1982 *Relación de las cosas de Yucatán*. Duodécima edición. Introducción de Ángel M. Garibay K., con un apéndice en el cual se publican varios documentos importantes y cartas del autor. México: Porrúa.
- 1985 *Relación de las cosas de Yucatán*. Segunda edición. Edición de Miguel Riera. Madrid: Historia 16. Véase pp. 44-45.
- 1994 *Relación de las cosas de Yucatán*. Estudio preliminar, cronología y revisión del texto de María del Carmen León Cázares. México: Conaculta.

Relación muy sumaria del viaje de Hernández de Córdoba que sólo sirve como escueta referencia a su tema principal: la cultura maya. Se supone que escribió esta relación en 1566. La primera edición es de 1864 sobre una refundición anónima realizada en 1616, en la que sólo algunos capítulos se mantuvieron íntegros. De los historiadores primitivos es el único que dice que llegó a Isla Mujeres como primer punto del arribo a Yucatán.

LANZ, MANUEL A.

- 1977 (1905). *Compendio de historia de Campeche*. Campeche: Tipografía El Fénix de Pablo Lloverá Marín. Véase pp. 12-15.

Facsímil reeditado, en 1977, por el Gobierno del Estado, de una obra de carácter didáctico que marca líneas de estudio y trabajo. Señala que llegaron a Isla Mujeres y también que en la batalla de Cabo Catoche murieron veintisiete españoles. En lo esencial sigue a Bernal Díaz del Castillo.

LEÓN-PORTILLA, MIGUEL

- 1985 *Cortés y el Mar del Sur*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

Sorprende que en la referencia al viaje de Hernández de Córdoba, de unas pocas líneas, siga a Bernal Díaz del Castillo y sólo lleve la expedición hasta Campeche.

LÓPEZ DE COGOLLUDO, DIEGO

- 1954 (1688). *Historia de Yucatán*. 3 tomos. Campeche: Comisión de Historia. Véase tomo I, pp. 75-83.

Se considera la cuarta edición (antes 1688, 1842-1845, 1867-1868), en la que se han realizado “adaptaciones discretamente modernizadas”. Sigue a Bernal Díaz del Castillo.

LÓPEZ DE GÓMARA, FRANCISCO

- 1943 (1552). *Historia de la conquista de México*. Con una introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. México: Editorial Pedro Robredo. Véase tomo I, p. 50.
- 1979a *Historia de la conquista de México*. Prólogo y cronología de Jorge Gurría Lacroix. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Véase p. 12.
- 1979b (1552). *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*. Prólogo y cronología de Jorge Gurría Lacroix. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- La primera edición es de 1552 y se cree que fue escrita como introducción a la *Historia de la conquista de México*. En esta edición se incluye *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii* considerándola obra de López de Gómara, la cual, durante mucho tiempo, se catalogó como anónima o se atribuyó a diversos autores, quedando, al parecer, finalmente atribuida a este historiador. El tratamiento sobre el viaje de Hernández de Córdoba es más amplio en estos libros que en la *Historia de la conquista de México* y aporta a Mártir y a Oviedo nuevos puntos de vista sobre la *Carta-relación*, a pesar de que se acepta que sus informantes eran amigos o gente próxima a Cortés y que, por lo tanto, se apega a la *Carta-relación* y a la versión oficial asumida por Cortés y sus amigos.
- 1985 *Historia general de las Indias. "Hispania Victrix" cuya segunda parte corresponde a la conquista de México (primera parte)*. Modernización del texto de Pilar Guibelalde y notas prologales de Emiliano M. Aguilera. Barcelona: Ediciones Orbis.
- 2000 *La conquista de México*. Edición de José Luis de Rojas. Madrid: Dastin. Véase p. 47.

Dedica media docena de líneas a tratar el viaje de Hernández de Córdoba.

LUCENA SALMORAL, MANUEL

- 1988 *Hernán Cortés, la espada de Quetzalcóatl*. Madrid: Anaya.

Unas pocas líneas sobre el viaje de Hernández de Córdoba donde dice que "Velázquez intentó que aquella hueste [los españoles sin indios] se dedicara a recoger indios para esclavizarlos".

MADARIAGA, SALVADOR DE

- 1941 *Hernán Cortés*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Cinco páginas dedicadas al viaje de Hernández de Córdoba en las que sigue a Bernal Díaz del Castillo y asienta que gracias a él es posible saber cómo se hacían o no se hacían las cosas en las Indias. Hay muchos errores.

MARTÍN MERÁS, LUISA

1993 *Cartografía marítima hispana. La imagen de América.* Barcelona-Madrid: Lunwerg Editores.

Muy breve referencia a Hernández de Córdoba y a Alaminos a quien, además, sólo se le cita como responsable de haber establecido el error de que Yucatán era una isla desde que “confundi6 el extremo de la península con la parte noroccidental de la isla de Cuba en el viaje de Juan Díaz de Solís”.

MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS

1990 *Hernán Cortés.* Segunda edición corregida. México: UNAM-FCE.

Describe en pocas líneas la expedición de Hernández de Córdoba, aceptando la historia de Alaminos sobre Colón e insinúa que al cacique Moxcoboc de Champotón infligió la sangrienta derrota a los españoles “acaso adiestrado por Gonzalo Guerrero”.

1990-1992 *Documentos cortesianos 1518 a 1548.* 4 tomos. México: UNAM-FCE.

En esta recopilación sumamente útil de algo más de trescientos documentos relativos a Cortés, figuran algunos testimonios y referencias del viaje de Hernández de Córdoba.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, PEDRO

1944 *Décadas del Nuevo Mundo.* Primera edición argentina. Vertidas del latín a la lengua castellana por el Dr. Joaquín Torres Asensio quien diolas a las prensas como homenaje al cuarto centenario del descubrimiento. Con prólogo de Luis A. Arocena y bibliografía de Joseph H. Sinclair. Buenos Aires: Editorial Bajel.

1964 (1520, 1530, 1892). *Décadas del Nuevo Mundo por Pedro Mártir de Anglería, primer cronista de Indias.* 2 volúmenes. Estudio y apéndices de Edmundo O’Gorman. Traducción del latín de Agustín Millares Carlo. México: José Porrúa e Hijos, Sucesores.

1989 *Décadas del Nuevo Mundo.* Traducción de Joaquín Torres Asensio, revisada por Julio Martínez Mesanza, con introducción de Ramón Alba y bibliografía. Madrid: Polifemo.

Sobre el viaje de Hernández de Córdoba, sus principales informantes fueron Ant6n de Alaminos (piloto de la armada de Hernández de Córdoba, Grijalva y Cortés), Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero, cuando fueron recibidos en la corte española en marzo de 1520 (esta-

ban en España desde octubre de 1519), con cartas, memoriales e informes personales, más muestras de lo rescatado con los indígenas. La cuarta década, en que se trata de este viaje, fue editada en 1521.

MENA GARCÍA, MARÍA DEL CARMEN

1984 *La sociedad de Panamá en el siglo XVI*. Sevilla: Excma. Diputación de Sevilla.

Trabajo global y minucioso, que abarca el tema social, demográfico, económico y político, así como la transformación que sufre por el descubrimiento del Perú, al servir de centro para la conexión entre el Pacífico y el Atlántico en las relaciones con España.

1992 *Pedrarias Dávila o "la ira de Dios": una historia olvidada*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Trabajo que da una muy clara idea sobre el gobernador de Castilla del Oro y lo que significó su llegada y personalidad para las tierras a él encomendadas. Según Bernal Díaz del Castillo, la mayoría de soldados de Hernández de Córdoba habían estado en Panamá antes de residir en Cuba.

1998 *Sevilla y la flota de Indias. La gran armada de Castilla del Oro (1513-1514)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Trabajo esencial sobre la flota que llevó a Pedrarias Dávila y sus acompañantes hasta Panamá, entre los que viajaban Gonzalo Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo y algunos otros pasajeros que lograron pasar a la posteridad por sus actividades militares o testimoniales.

2011 *El oro del Darién. Entradas y cabalgadas en la conquista de Tierra Firme (1509-1525)*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces-CSIC.

Trabajo fundamental sobre Panamá durante la conquista y colonización, interesante para este trabajo por estar relacionado con los supuestos integrantes de la expedición de Hernández de Córdoba.

MIRA CABALLOS, ESTEBAN

2010 *Hernán Cortés. El fin de una leyenda*. Badajoz: Palacio de los Barrantes Cervantes.

2014 *La gran armada colonizadora de Nicolás de Ovando. 1501-1502*. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia.

Trabajo fundamental sobre el viaje de Ovando a la Española, con aporte de nueva información.

MIRA CABALLOS, ESTEBAN

2017 *Hernán Cortés. Mitos y leyendas del conquistador de Nueva España*. Badajoz: Palacio de los Barrantes Cervantes.

El viaje de Hernández de Córdoba como antecedente al de Cortés. La segunda edición está corregida y mejorada. Es muy buen trabajo.

MIRALLES OSTOS, JUAN

2001 *Hernán Cortés, inventor de México*. Barcelona: Tusquets.

Sigue a Bernal Díaz del Castillo en la expedición de Hernández de Córdoba agregando desde Cervantes de Salazar la experiencia de Alaminos con Colón y deduce que seguramente no iban tan a ciegas y que casi podría asegurarse que iban a tiro hecho. Cita también a Gonzalo Fernández de Oviedo y a Bartolomé de las Casas y hasta la pobanza sobre la llegada de Andrés de Tapia de 1922, sin fijarse en la edad de Alaminos.

MOLINARI, DIEGO LUIS

1971 *Descubrimiento y conquista de América. De Erik, el Rojo a Hernán Cortés*. Segunda edición. Buenos Aires: Eudeba.

Información elemental y sumaria. Mapas de las expediciones.

MOLINA SOLÍS, JUAN FRANCISCO

1943 (1896). *Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán. Con una reseña de la historia de los mayas*. Prólogo de Antonio Mediz Bolio y semblanza de Ermilo Abreu Gómez. México: Ediciones Mensaje. Véase tomo I, pp. 51-71.

MORALES PADRÓN, FRANCISCO

1990 *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Quinta edición revisada y aumentada. Madrid: Gredos.

Relación sumaria, con mapa, que incluyendo los viajes de Hernández de Córdoba, Grijalva y Cortés. Una útil bibliografía sobre estos viajes y la conquista de México figura de la página 357 a la 362.

MORLEY, SYLVANUS G.

1953 *La civilización maya*. Segunda edición. Versión española de Adrián Recinos. México: FCE.

Breve nota informativa dedicada al viaje de Hernández de Córdoba.

O'GORMAN, EDMUNDO

- 1938 (1522). "Probanza con motivo del incidente que provocó la llegada de Cristóbal de Tapia. Año de 1522". *Boletín del Archivo General de la Nación*. Tomo IX, número 2. México: Secretaría de Gobernación.

Este importante documento que contiene declaraciones de tripulantes de la expedición de Hernández de Córdoba, Grijalva y Cortés, ha pasado desapercibido en los estudios sobre los tres viajes desde Cuba a lo que hoy es México.

OROZCO Y BERRA, MANUEL

- 1978 (1880). *Historia antigua y de la conquista de México*. Tomo IV. Segunda edición. Con un estudio previo de Ángel M. Garibay K., biografía del autor y tres bibliografías referentes al mismo, de Miguel León-Portilla. México: Porrúa. Véase pp. 18-23.

Monumental trabajo de ordenamiento y exposición de la historia antigua y de la conquista de México. Sobre el viaje de Hernández de Córdoba, salvo la referencia a los tres socios y no a los ciento diez españoles como armadores de la expedición, sigue puntualmente a Bernal Díaz del Castillo.

PAVÓN ABREU, RAÚL

- 1992 *Champotón. ¿Bahía de la mala o buena pelea?* Campeche: Ayuntamiento de Champotón.

Antología de textos de Bernal Díaz del Castillo y de historiadores yucatecos, que siguen al pie de la letra al célebre cronista de la conquista de México.

PEREYRA, CARLOS

- 1941 *Hernán Cortés*. Buenos Aires: Espasa Calpe.

Seis páginas que siguen a Bernal Díaz del Castillo para la expedición de Hernández de Córdoba. Cuenta la anécdota de Alaminos y la ve como un enlace del último viaje de Colón con la expedición de Hernández de Córdoba.

PRESCOTT, GUILLERMO H.

- 1944 (1844). *Historia de la conquista de México. Con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mejicanos, y la vida del conquistador Hernán Cortés*. Traducción al castellano de José María González de la Vega,

anotada por Lucas Alamán. 2 tomos. Buenos Aires: Ediciones Imán. Véase pp. 145-146.

Reproducción, modernizada de la edición mexicana de 1844, del editor Vicente G. Torres. Trabajo pionero que hoy resulta anticuado, pero de amable lectura, y que se continúa leyendo. Su versión del viaje es breve y con errores de interpretación.

QUIROGA, ADÁN

1977 *La cruz en América*. Prólogo de Samuel A. Lafone Quevedo. Buenos Aires: Ediciones Castañeda.

Tanto el trabajo como el prólogo son de 1901, pero el análisis, la inserción de la cruz en el simbolismo universal desde la más lejana antigüedad, la relación de la cruz americana con el simbolismo acuático, plantean posibilidades de profundización en el tema, aparte de ser una lectura sugestiva.

RAMOS PÉREZ, DEMETRIO

1992 *Hernán Cortés. Mentalidad y propósitos*. Madrid: Ediciones Rialp.

Unas pocas líneas de referencia y después página y media sobre la expedición de Hernández de Córdoba, siguiendo a Bernal Díaz del Castillo y aceptando la versión sobre los ciento diez socios.

Real Academia de la Historia

1885-1898 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar*. Segunda serie. 25 volúmenes. Madrid: Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.

Me han servido de manera especial el tomo I (1885) y el tomo XI (1898).

RESTALL, MATTHEW Y FELIPE FERNÁNDEZ-ARMESTO

2013 *Los conquistadores. Una breve introducción*. Traducción de Javier Alonso López. Madrid: Alianza Editorial.

Una breve y limitada mirada a las características y costumbres de los conquistadores, sin tratar a Hernández de Córdoba, pero útil en cuanto a la idea general.

RODRÍGUEZ FREYLE, JUAN

1986 (1638, 1859). *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*. Edición de Jaime Delgado. Madrid: Historia 16.

Esta obra es la conocida como *El carnero* y se refiere a los sucesos ocurridos en lo que ahora es Colombia desde el siglo XVI (1525) hasta la mitad del XVII. Es una obra de valor historiográfico por lo que registra y por las historias costumbristas que narra.

ROSENBLAT, ÁNGEL

1954 *La población indígena y el mestizaje en América*. 2 tomos. Tomo I *La población indígena 1492-1950*, tomo II *El mestizaje y las castas coloniales*. Buenos Aires: Editorial Nova.

Un trabajo de referencia para la población de América, que se analiza también por países. Al parecer muchas de sus cantidades ya resultan anticuadas, pero la verdad es que no hay manera de saberlo.

SAUER, CARL ORTWIN

1984 (1966). *Descubrimiento y dominación del Caribe*. Traducción de Stella Mastrángelo. México: FCE.

Muy útil trabajo para comprender el contexto ambiental y social de donde partió la expedición de Hernández de Córdoba. A pesar de la brevedad de su exposición, hace comentarios interesantes, pero fundados en Bernal Díaz del Castillo y Bartolomé de las Casas, pésimas referencias.

SAVILLE, MARSHALL H.

1918 "The Discovery of Yucatan in 1517 by Francisco Hernández de Córdoba". *The Geographical Review* VI.5 (noviembre): 436-448.

Revisando a De las Casas, Cervantes de Salazar, *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii*, Bernal Díaz del Castillo y la primera carta de Cortés, llega a la conclusión de que los primeros mapas de las costas mexicanas demuestran que la armada de Hernández de Córdoba arribó a Isla Mujeres.

SECO SERRANO, CARLOS

1955 "Algunos datos definitivos sobre el viaje Hojeda-Vespucio". *Revista de Indias* XV (59): 89-107.

SOLÍS, ANTONIO DE

1992 *Historia de la conquista de México*. Edición a cargo de Luis A. Arocena. Buenos Aires: Plus Ultra. Véase pp. 184-185.

Lo trata en pocas líneas centrándose en que se había encontrado oro y la voluntad de los expedicionarios de regresar a conquistar.

TAPIA, ANDRÉS DE

- 1939 “Relación de algunas cosas de las que acaecieron al Muy Ilustre Señor Don Hernando Cortés, Marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del mar Océano”. En *Crónicas de la conquista de México*. Introducción, selección y notas de Agustín Yáñez, 41-96. México: UNAM.
- 1988 “Relación de algunas cosas de las que acaecieron al Muy Ilustre Señor Don Hernando Cortés, Marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del mar Océano”. En *La conquista de Tenochtitlán*, J. Díaz, A. Tapia, B. Vázquez y F. Aguilar, edición de Germán Vázquez, 59-123. Madrid: Historia 16.
- 2008 *Relación de la conquista de México*. Prólogo de Fernando Tola de Habich. México: Axial.
- Importante para el viaje de Hernán Cortés y para este trabajo, por lo que en su crónica puede rastrearse sobre el viaje de Hernández de Córdoba y sobre el encuentro con Jerónimo de Aguilar en 1519.

TERRAZAS, FRANCISCO DE

- 1941 (1600) *Poesías*. Edición, prólogo y notas de Antonio Castro Leal. México: Librería de Porrúa Hnos. y Cía.
- Curiosidad literaria. En su poema “Nuevo Mundo y conquista” hace una breve referencia al viaje y a los socios de Hernández de Córdoba.

THOMAS, HUGH

- 1995 *La conquista de México*. Cuarta reimpresión. Traducción de Víctor Alba. México: Editorial Patria.
- Trabajo de recopilación de información y de síntesis. Maneja y cita prácticamente todo lo existente sobre la conquista. No se había hecho un trabajo similar desde Prescott. Tiene varios errores graves sobre el viaje de Hernández de Córdoba.
- 2001 *Quién es quién de los conquistadores*. Traducción de Dolors Udina, Berta Solé, Celia Filipetto y Laureano Domene. Revisión y corrección de Cesari Lleixà. Barcelona: Salvat.
- Trabajo de recopilación biográfica de nombres de españoles y europeos que en cualquier armada y por cualquier motivo participaron de algún modo en la conquista de México, exclusivamente. Hay errores.

TORQUEMADA, FRAY JUAN DE

1975-1983 (1615). *Monarquía indiana. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*. Edición preparada por el Seminario para el Estudio de las Fuentes de Tradición Indígena, bajo la coordinación Miguel León-Portilla. 7 tomos. México: UNAM. Véase tomo II, pp. 19-21.

Da información cuidada proveniente de varias fuentes y en especial de Bernal, pero sin agregar nada nuevo.

TORRES DE MENDOZA, LUIS

1869 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas¹⁰⁴ sacados de los Archivos del Reino, y muy especialmente del de Indias*. 42 volúmenes. Madrid.

Casi todos los documentos referentes a Cortés se hallan también en los *Documentos cortesianos 1518 a 1548* preparados por José Luis Martínez. He consultado de manera especial los tomos XI, XII, XXVII, XXVIII, XXXIV, XXXV, XL.

1880 (1524, 1830). “Traslado del testamento que otorgó el Adelantado, Diego Velázquez, en Santiago de Cuba el día 11 de junio de 1524, donde falleció el dicho día o el siguiente”. En *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas sacados de los Archivos del Reino, y muy especialmente del de Indias*. Volumen 35. Madrid.

Todos los bienes, todas las deudas, todas las órdenes y algunos datos históricos sobre su mandato en Cuba, tal como los desea, los recuerda o cree.

VACA DE OSMA, JOSÉ ANTONIO

2000 *Hernán Cortés*. Madrid: Espasa.

Breve comentario sobre la expedición de Hernández de Córdoba que sigue a Bernal Díaz del Castillo.

VARELA MARCOS, JESÚS

1992a “Antón de Alaminos: el piloto del Caribe”. En *Congreso de Historia del Descubrimiento*, 49-113. Volumen 2. Madrid: Real Academia de la Historia.

¹⁰⁴ Desde el volumen XII se agrega en el título: *de América y Oceanía*.

VARELA MARCOS, JESÚS

1992b *Antón de Alaminos. (El piloto palermo descubridor de las costas del seno mexicano)*. Valladolid: Ayuntamiento de Palos de la Frontera.

1994 “La cartografía de los viajes de Antón de Alaminos”. En *V Congreso Internacional de Historia de América*, 125-150. Volumen 3. Granada: Diputación de Granada.

2005 “Las costas mexicanas en el primer mapa impreso de América”. *Revista de Humanidades*, número 19: 145-166.

Hago una referencia a este texto en la primera parte del libro, incluyendo el mapa base de ese trabajo.

2011 “Antón de Alaminos descubridor del golfo de Yucatán y la ruta de vuelta a España”. En *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América*, 133-155. Tomo II. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía.

2014 “Antón de Alaminos. Piloto y descubridor”. En *Diccionario biográfico español*. Madrid: Real Academia de la Historia. <http://www.rah.es/diccionario-biografico-espanol>.

Estos trabajos, salvo el de 2005, están destinados a demostrar que Alaminos estuvo como grumete en el cuarto viaje de Colón (1504) a partir de la anécdota contada por Bartolomé de las Casas y luego por Francisco Cervantes de Salazar, cuya veracidad queda desmentida por la declaración de la edad de Alaminos en la probanza de Cristóbal de Tapia en 1522.

VESPUCIO, AMÉRICO

1951 (1500-1507). *El nuevo mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*. Estudio preliminar de Roberto Leviller. Buenos Aires: Editorial Nova.

Sin importancia para el viaje de Hernández de Córdoba, pero como el de Colón y otros, es una referencia que se debe tener en cuenta.

WAGNER, HENRY R.

1942 *The Discovery of Yucatán by Francisco Hernández de Córdoba*. Traducción de los textos originales, introducción y notas de Henry Wagner. California: The Cortes Society.

Útil trabajo de reconstrucción que sigue las fuentes principales: la carta del cabildo, Mártir, Fernández de Oviedo, Santa Cruz, López de Gómara,

De las Casas, Cervantes de Salazar y Bernal Díaz del Castillo, de quienes reproduce los textos concernientes al viaje —traducidos al inglés— como apéndice. Mapa, itinerario y lista de miembros de la expedición. Tengo entendido que es el único libro —no artículo— que trata exclusivamente del viaje de Hernández de Córdoba.

WHITE, JON MANCHIP

1974 *Hernán Cortés*. Traducción de Neri Daurella. Barcelona: Círculo de Lectores.

Pocas líneas sobre el viaje de Hernández de Córdoba que sigue a Bernal Díaz del Castillo.

ZAVALA, SILVIO A.

1933 “Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España (estudio histórico-jurídico)”. Tesis de doctorado. Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid.

1964 *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España*. México: UNAM.

Califica de “empresa de rasgos modestos y pureza contractual admirable” la expedición de Hernández de Córdoba, siguiendo a Bernal Díaz del Castillo, la sociedad de ciento diez españoles. El análisis se fundamenta en este error, que en otros libros, corrige.

1988 *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*. Tercera edición revisada y aumentada. México: Porrúa.

Retoma la expedición de Hernández de Córdoba pero antecediendo a la versión de los ciento diez españoles la frase “de creer a Bernal Díaz del Castillo” y da la versión de la primera carta de relación del cabildo de Veracruz, haciendo ya referencia a los tres socios que la armaron. También cita que Diego Velázquez declaró que la expedición fue toda a su costa. Zavala dice que “todas las citas confirman el sentido privado de la expedición; ningún autor menciona costas aportadas por la corona. Las discrepancias sobre el verdadero empresario particular se explican por los encontrados intereses que mediaron cuando se trató de obtener el asiento real para la empresa definitiva sobre Nueva España”.

ZORITA, ALONSO DE

1999 *Relación de la Nueva España. Relación de algunas de las muchas cosas notables que hay en la Nueva España y de su conquista y pacificación y de*

la conversión de los naturales de ella. 2 tomos. Edición, versión paleográfica, estudios preliminares y apéndices de Esthelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt y José Mariano Leyva. Mexico: Conaculta. Véase tomo II, pp. 434-436.

En lo referente al viaje de Hernández de Córdoba sigue, como anuncia al comenzar la nota, a Fernández de Oviedo, López de Gómara y De las Casas, y cita una vez a un tal Juan Cano para atribuir a Velázquez el envío de la expedición a descubrir y rescatar.

Yucatán 1517.
El segundo descubrimiento de América
(Hernández de Córdoba)

editado por el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, siendo el jefe de Publicaciones Salvador Tovar Mendoza, se terminó de imprimir el 21 de noviembre de 2018 en los talleres de Gráfica Premier S. A. de C. V., 5 de febrero 2309, col. San Jerónimo Chicahualco, C.P. 52170, Metepec, Estado de México. El texto estuvo al cuidado de Salvador Tovar Mendoza e Iván Sierra Martínez. La formación (en tipos Caslon Pro, 11:13, 10:12 y 9:11 puntos) la llevó a cabo Salvador Tovar Mendoza. El tiraje consta de 250 ejemplares en tapa rústica, impresos en *offset* sobre papel cultural de 90 gramos.